



EL IMPERIALISMO DEL DOLAR

Crisis de la hegemonía
estadounidense y estrategia
revolucionaria

Maurizio Lazzarato



tinta
limón

EL IMPERIALISMO DEL DOLAR

Crisis de la hegemonía
estadounidense y estrategia
revolucionaria

Maurizio Lazzarato

EL IMPERIALISMO DEL DOLAR

Crisis de la hegemonía
estadounidense y estrategia
revolucionaria

Maurizio Lazzarato

·CH·XI·



tinta
limón
-EDICIONES-

Serie Ch'ixi. En los intersticios del trajín cotidiano, libros mínimos que meten una cuña, una falla en el continuo. Lo *ch'ixi* es la fuerza de lo heterogéneo, potencia conceptual y política de lo variopinto y abigarrado. Entran aquí todos los esfuerzos y labores de composición práctica, discontinua y problemática: destellos luminosos, adelantos de investigación, conversaciones en desarrollo.

·CH'IXI·

Lazzarato, Maurizio

El imperialismo del dólar : crisis de la hegemonía estadounidense y estrategia revolucionaria / Maurizio Lazzarato. - 1a ed.

- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tinta Limón, 2023.

272 p. ; 17 x 11 cm.

ISBN 978-631-6507-00-6

1. Política. 2. Economía. 3. Imperialismo. I. Título.

CDD 332.49

Diseño de cubierta: Diego Maxi Posadas

Traducción: Diego Picotto

Corrección: Elina Kohen

Maquetación: Florencia Ayelén Medina

Producción de imprenta: Gabriela Mendoza



© 2023, de la edición, Tinta Limón

© 2023, de los textos, Maurizio Lazzarato

www.tintalimon.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Índice

Palabras previas	13
Introducción. Guerra y moneda	15
Capítulo I	
¿Qué hacer?	31
Del imperialismo al superimperialismo	33
Continuidad y discontinuidad	44
El dólar y la guerra	47
¡La guerra ya estaba allí!	57
Las consecuencias de la guerra	63
Del imperialismo	67
El “error político” según Rosa Luxemburgo	70
El nacionalismo, un invento del capitalismo	76
Capítulo II	
El capitalismo no es neoliberalismo	81
¿Por qué el neoliberalismo no es el capitalismo? Monopolio y centralización	88
Marx y la triple centralización	91
La centralización política y militar	94
Lenin y el nuevo capitalismo: el imperialismo	98
El poder ejecutivo en la Primera Guerra Mundial	104
La supremacía del monopolio sobre la competencia	107

- El “neoliberalismo” es la época de
109| máxima centralización
114| Centralización y democracia
119| La necesidad política del monopolio
122| La guerra y el neoliberalismo
La guerra y una nueva división internacional del
125| trabajo y del poder

Capítulo III

- El neoliberalismo como prototipo del sinsentido
133| del pensamiento crítico
140| Renta y capital humano
147| Los cien pedidos
Volver a la teoría del ciclo: el ciclo político
150| conduce al ciclo económico
El neoliberalismo, ¿simplemente
153| una ideología?
El punto de inflexión de la “racionalidad” y
159| su crítica

Capítulo IV

- 167| Teorías del dinero e imperialismo del dólar
173| Marx y el dinero
182| Flujos monetarios y potencia
185| La máquina de Estado-capital
190| Capital industrial y capital financiero
Retorno al ciclo político del imperialismo: las
194| funciones del Estado y del capital
196| El imperialismo como analizador del poder

Capítulo V

Los tiempos están cambiando	213
Cómo entender la guerra	214
La nueva etapa política	224
Emancipación y revolución	231
Movimientos emancipatorios	238
Identidad de producción y destrucción	248
El nuevo sujeto y el nuevo saber	252
Muchas emancipaciones, ¿una revolución?	258

Palabras previas

En noviembre de 2022 nos visitó Maurizio Lazzarato, con quien organizamos una intensa gira de presentaciones, conferencias y mesas redondas en Buenos Aires, Rosario, Santiago de Chile, Valparaíso y Montevideo. La visita giró en torno a la publicación de *Guerra o revolución. Porque la paz no es una alternativa*, un libro breve que funcionaba como versión ligera, de propaganda, de su programático *Guerras o capital. Una contrahistoria* (2016), escrito junto a Éric Alliez (editado también por Tinta Limón, en 2021). Entre uno y otro libro, Maurizio escribió y publicó dos libros más que, desde diferentes perspectivas, abordan el mismo problema: la articulación entre capital y guerra (y el “olvido” pacificante, por parte del pensamiento crítico, de esta articulación) en el mundo contemporáneo.

En enero de 2023 Maurizio nos contó que tenía una invitación para volver en mayo a Buenos Aires y que le parecía una buena ocasión para presentar el libro que por entonces estaba escribiendo: *El imperialismo del dólar*. Le faltaba mucho por escribir, pero nos propuso definir una fecha de entrega y se comprometió a terminarlo. Aceptamos la propuesta: el desplazamiento que opera este nuevo libro sobre lo que venía publicando Maurizio lo vuelve completamente pertinente para ser editado. *Dólar* es, en la Argentina de hoy, una palabra omnipresente, por ser la codiciada mercancía en torno a la cual se organiza

la coyuntura política y económica “nacional”. Pero no solo acá es tapa de los diarios: estamos en un contexto donde la guerra acelera procesos de desenganche de la moneda del imperio. De allí que el *imperialismo del dólar* sea un concepto útil para caracterizar la actual etapa del desarrollo del capitalismo.

¿Qué es una coyuntura más allá del vértigo de las noticias? En torno a esta pregunta, tejiendo un tiempo de elaboración al interior de un tiempo urgente, producimos y ponemos a disposición nuestros libros.

Tinta Limón
Buenos Aires, 1 de abril de 2023

Guerra y moneda

I. La guerra (y todas sus variantes: guerra de clases, guerra racial, guerra sexual, guerra neocolonial, etc.) es el régimen de verdad del capitalismo. En apenas un siglo (1914-2022), el capitalismo ha llevado cuatro veces a la humanidad al borde del abismo. Y hoy son dos veces en lugar de una: la guerra entre imperialismos, pero también el desastre “ecológico”, la posibilidad muy real de que los humanos no podamos habitar el planeta.

II. El capitalismo no puede en ningún caso ser identificado con el neoliberalismo. Este último no es más que una serie de dispositivos de gestión, temporal y parcial, de un poder que abruma y domina. El enorme error de mezclarlos fue cometido por primera vez por Michel Foucault, lo que creó una confusión teórica y política catastrófica en el pensamiento crítico, que no ha hecho más que agravarse con el paso del tiempo. El capitalismo prescindió de la gubernamentalidad neoliberal, como lo había hecho un siglo antes con el liberalismo clásico, en cuyo puesto colocó –para defender los intereses de las clases terratenientes– a los populismos, a los nuevos fascismos, a las guerras civiles y, en última instancia, a la guerra.

III. Desde finales del siglo XIX, el capitalismo se ha convertido en imperialismo. Otra categoría problemática, rechazada por Negri y Hardt e ignorada por Deleuze y Foucault. Hoy ya no es el mismo imperialismo de Lenin o de Rosa Luxemburgo porque ya no es territorial, sino monetario y financiero. Es un imperialismo aún más sofisticado y depredador que, siguiendo a otros, defino como *imperialismo del dólar*, en el que la ganancia y la renta tienden a confundirse. Su acción no se limita a lo que Marx llama “capital”, sino que integra en una misma máquina de guerra al Estado, tanto en sus funciones político-burocrático-administrativas como militares.

De las cuatro características principales del concepto de imperialismo teorizado por Lenin, que encontramos muy acentuadas en el capitalismo contemporáneo –financierización, colonización, monopolios y guerra– esta última nos parece la más significativa porque constituye una novedad que *El capital* de Marx no integró como condición indispensable de la acumulación capitalista. *El imperialismo es, en pocas palabras, moneda y guerra.*

Cuando se dice que la economía se ha devorado a lo político, que las finanzas dictan las condiciones a la política, se dice algo absolutamente falso, porque la constitución del imperialismo cambió radicalmente tanto a la economía como a la política. Más precisamente, el capital y el sistema político estatal (incluida la burocracia administrativa y militar) se complementan, constituyendo una máquina que, sin embargo, no anula completamente sus especificidades. Funcionan juntos y se complementan.

IV. El imperialismo es el derecho de vida y muerte extendido a las poblaciones de todo el planeta. El poder de “hacer morir o dejar vivir” (derecho del soberano, en el vocabulario de Foucault) no ha sido reemplazado por el poder de “hacer vivir o arrojar a la muerte” (la gubernamentalidad, una fuerza no soberana, que, en lugar de reprimir, impedir, bloquear, actúa positivamente sobre la vida, favoreciendo e incrementando su desarrollo). La guerra, los imperialismos, pero también, de otro modo, los monopolios (los “soberanos”, en economía) nos recuerdan que esta oposición es falsa o ideológica.

V. El imperialismo estadounidense, a través del déficit comercial de los propios Estados Unidos, inaugura no solo la hegemonía del dólar, sino también una economía de la deuda que dota de fundamento al modelo de acumulación de la mundialización: la colosal deuda norteamericana asegura la salida a las mercancías chinas, mientras los chinos reinvierten esas astronómicas sumas de dólares acumuladas en financiación de la propia deuda (e invierten, también, en el sector financiero e inmobiliario). Es este sistema el que está puesto en discusión con la guerra de Ucrania, porque si, en el corto plazo, salvaguarda la hegemonía estadounidense y el *american way of life*, en el largo plazo, fortalece económica y políticamente al Sur global, que, por el contrario, debe subordinarse radicalmente al dólar. Al atacar esta complementariedad, Estados Unidos condena la mundialización, cuyas cadenas de valor e intercambios serán, de ahora en más, políticos, entre “aliados”.

VI. Los principios y las reglas del imperialismo del dólar son diferentes y, de hecho, contrarios a los principios y reglas del neoliberalismo. El imperialismo se constituye en la encrucijada de una triple centralización del poder en muy pocas manos: centralización económica (monopolios y oligopolios industriales, pero sobre todo monopolio de la moneda), centralización política (el poder ejecutivo desbanca al legislativo) y centralización militar (un ejército profesional). Esta triple centralización elimina o reduce a fenómenos insignificantes al mercado, la competencia, la libre empresa, el alfa y el omega del neoliberalismo. Estas tres centralizaciones no son obra de automatismos, sino de estrategias. El automatismo del mercado y la fuerza de la competencia, que deberían asegurar el equilibrio y evitar la guerra, son sustituidos por las estrategias de los grandes grupos, de las multinacionales, de los fondos de pensiones, pero, sobre todo, por la estrategia de los grandes Estados, que integran economía, política y acción militar, imponiendo relaciones de fuerza que combinan la guerra económica, la guerra tecnológica, la guerra monetaria y, finalmente, el enfrentamiento armado. Esta “competencia” no tiene nada que ver con la economía, sino con una rivalidad entre grandes poderes económico-políticos, que no está regulada por el mercado, sino por las relaciones de fuerza y por la(s) guerra(s).

VII. El neoliberalismo no es el nombre de sus propias políticas. El capitalismo siempre ha establecido una jerarquía precisa: la gubernamentalidad está

subordinada a las políticas de acumulación infinita de ganancias y de acumulación infinita de poder. La financierización, las privatizaciones, el congelamiento de salarios, la precariedad de la fuerza de trabajo, el neocolonialismo, la transformación del *welfare* –que dejó de ser política “redistributiva” para convertirse en fuente de financiación de empresas y ricos–, la prolongación de la edad jubilatoria, el racismo, el sexismo, etc., son políticas imperialistas y del imperialismo que el neoliberalismo gestiona solo por un corto período. Constituyen las condiciones para la captura, por parte del dólar, la moneda de crédito y las finanzas, del valor producido a escala mundial. El neoliberalismo se limita a gobernar los “intereses” del imperialismo financiero monetario estadounidense. Este último, como todos los vencedores, debe hacer olvidar sus orígenes, que hunden sus raíces en los abusos, las masacres, la explotación, el racismo y el sexismo, es decir, en las guerras. De hecho, debe borrarlos y mostrarse como naturaleza. Al mismo tiempo, debe neutralizar todo conflicto que amenace la naturalización de estas políticas imperialistas. Esta fue la primera tarea de la “gubernamentalidad”. Y también fue su mayor fracaso. La eliminación de la lucha de clases, del conflicto, de la confrontación ha estallado en una guerra abierta entre Estados y en abyectas guerras civiles. La gubernamentalidad funcionó solo en un momento del ciclo de acumulación, durante su fase ascendente. El neoliberalismo fue dejado de lado cuando el capitalismo/imperialismo necesitó acentuar aún más sus centralizaciones a fin de prepararse para

la guerra y las guerras civiles. Unas guerras que ya no tienen la concentración explosiva del siglo XX, porque los instrumentos económicos para aplazar la confrontación son mucho más sofisticados, pero sobre todo porque no existe un enemigo ni remotamente comparable al peligro rojo y bolchevique. Los movimientos contemporáneos de ninguna manera amenazan la existencia de la máquina capitalista.

VIII. La guerra contradice, sin posibilidad de apelación, tanto a los partidarios de la identidad entre neoliberalismo y capitalismo como a los críticos del concepto de imperialismo.

IX. La guerra actual, por lo tanto, no es una guerra local, sino un enfrentamiento entre imperialismos por un nuevo reparto del poder en el mercado mundial: hay un imperialismo global –Estados Unidos–, un imperialismo regional –Rusia–, un imperialismo que aún no logra tener una dimensión mundial –China–. Lo que le falta a este último, según los propios chinos, más que un gran ejército, es una moneda que funcione tanto a nivel nacional como en el comercio internacional. Es una de las principales razones por las que el ascenso de la hegemonía china a expensas de la norteamericana, prevista por Giovanni Arrighi, no parece posible a corto y mediano plazo. También es una de las razones por las que la guerra marca el comienzo de un período de inestabilidad, imprevisibilidad y caos que amenaza con prolongarse durante mucho tiempo.

X. La principal causa de la guerra es el progresivo debilitamiento de las economías occidentales (del 80 % de la producción mundial al 40 %) y de sus monopolios tecnológicos y científicos, que, de absolutos, pasan a ser relativos.¹ La única gran supremacía de Occidente, que se autodenomina “comunidad internacional” aunque no agrupe más que un tercio de la población mundial, está en el ejército y en la producción de armas. La exportación de los valores occidentales, en primer lugar la democracia, se ha quebrado en el gran Sur, porque representa la imposición de los intereses imperialistas, mientras que el sistema democrático y el estado de derecho están en veloz descomposición incluso en el Norte. Pero el corazón del conflicto actual es el sistema monetario y financiero basado en el dólar. Liberarse de la dependencia del dólar y de las finanzas estadounidenses es la razón fundamental del deseo de construir regímenes monetarios y financieros (regionales) que se sustraigan de la captura operada por la moneda estadounidense. Todo intento o proyecto en este sentido es una declaración de guerra a los Estados Unidos, porque debilita el mecanismo que garantiza su hegemonía y pone en peligro el “estilo de vida” norteamericano, cuyo despilfarro colosal paga el resto del mundo. A través del dólar y las finanzas, Estados Unidos opera una nueva forma de colonización a la que también se ven sometidos sus aliados (Europa, Japón, Inglaterra, etc.).

XI. Europa, como dócil colonia norteamericana, también está en guerra contra Rusia (30 mil millones en

armas suministradas a Ucrania, contra 90 mil millones de los Estados Unidos). Pero, sobre todo, está en guerra contra sí misma, porque está al servicio de los intereses norteamericanos, cuyo objetivo, entre otros, es reducir la economía europea (fundamentalmente la alemana) a las condiciones de la economía japonesa (estancamiento permanente). Políticamente, Europa ha sustituido el eje franco-alemán por Estados Unidos-Inglaterra-países del Este, con Polonia en el centro. La primera ministra italiana, la neofascista Giorgia Meloni, dijo la verdad sobre la Europa que Estados Unidos está preparando con la guerra: Polonia –el país más a la derecha, el más reaccionario, el más machista, el más homofóbico, el más familiarista, el más antieuropeo– “es la frontera moral y material de Occidente”. El Estado polaco lidera la constitución de la “Europa de las naciones de los nacionalismos”, impuesta por Estados Unidos, ante la mirada atónita de Alemania y Francia, mientras que el gobierno neofascista italiano se alinea con sus hermanos orientales, bajo el pretexto de la “guerra de la democracia contra la autocracia”. Los pueblos de Europa reaccionan a la guerra que se libra en su propia casa con indiferencia, exactamente igual a como sucede con todas las guerras llevadas a cabo por los occidentales en el Sur.

XII. El régimen político del imperialismo del dólar, de la economía de la renta y de la financierización no es la democracia, sino la oligarquía. Las tres oligarquías que dominan la economía y la política

estadounidense (el 50 % de los “representantes” del pueblo son millonarios o multimillonarios) son las grandes vencedoras de la guerra actual. La oligarquía extractivista, tras conseguir el sabotaje del Nord Stream 2, obtiene ganancias récord de la crisis energética desencadenada por la guerra. Ahora está claro que la voladura del gasoducto fue realizada por los estadounidenses, luego de que el presidente Biden y el Senado afirmaran, en 2021, que “no debía hacerse”. Mucho antes de la guerra e intentando detener a los Estados Unidos, Merkel les había comprado gas licuado, sin tener aún la tecnología para utilizarlo. Lo había hecho sin éxito, porque la voluntad de arreglar cuentas con China, tras ocuparse primero de Rusia, se expresa desde hace años en todos los documentos estratégicos estadounidenses (en progresión ascendente: Obama, Trump, Biden). La oligarquía armamentista dispara su producción (al límite de su capacidad productiva), ya que esta impulsa el crecimiento de los Estados Unidos, demostrando –como si hiciera falta– la identidad entre producción y destrucción. La oligarquía financiera, salvada por la intervención pública, inmediatamente después de 2008, se está enriqueciendo más que nunca. Los “ingenuos” que creen que Occidente lucha por salvar la democracia de la oligarquía están ciegos y sordos. Son ideales para el desastre que se avecina.²

XIII. ¿Por qué la revolución? El límite del poder soberano no es la economía política (Foucault), como el límite del capitalismo no es la esquizofrenia (la

aceleración descodificadora de Deleuze y Guattari). La “economía” en ningún caso establece un límite: es, más bien, desequilibrio, crisis, inconmensurable concentración de riqueza, producción de polarización creciente entre Norte y Sur, entre clases sociales, entre Estados. Junto con el poder soberano, que amplifica tanto los desequilibrios como las polarizaciones, conducen a la guerra. Incluso la aceleración de la dominación del capitalismo no conduce a su superación, sino que crea las condiciones para la guerra.

Los dos únicos límites verdaderos del capitalismo son la *guerra* y la *revolución*, no conocemos otros. Decir que la guerra limita la máquina de poder-ganancia (Estado-capital) no es, en realidad, correcto, porque ella es, más bien, su resultado. En todo caso, bloquea el desarrollo y abre una fase de profunda y prolongada incertidumbre. Solo la revolución logró limitar al capitalismo/imperialismo, por un corto periodo de tiempo, neutralizando su principal arma, las finanzas (“eutanasia del *rentista*”), y permitiendo, al mismo tiempo, no solo la conquista del poder en muchas colonias del Sur global, sino también derechos sociales, económicos y políticos para todos, aunque de forma diferenciada. Al desaparecer la revolución, los salarios, los ingresos, las conquistas sociales y políticas se han evaporado. Después de cincuenta años de contrarrevolución, hemos vuelto a la época presoviética; en realidad, a una situación peor, porque, durante los siglos XIX y XX, las derrotas políticas no iban acompañadas de derrotas económicas, mientras que hoy sufrimos ambas simultáneamente.

XIV. El imperialismo del dólar no solo está en el origen de la crisis financiera de 2008, que abrió la fase del enfrentamiento armado entre imperialismos y de las guerras civiles más o menos sigilosas (Estados Unidos, Brasil, Perú), sino también la de las revueltas e insurrecciones que estallaron desde 2011, especialmente en el Sur global. La desaparición política y teórica de la revolución pone en serias dificultades a estos movimientos de ruptura porque la crítica a la forma socialista de la revolución no ha producido nada similar en términos de eficacia y capacidad para establecer relaciones de poder favorables a los oprimidos. Si los Estados son conscientes de lo que está en juego en la guerra, los movimientos parecen haber sido lanzados a ella sin darse cuenta de que la situación política ha cambiado radicalmente. Parecen querer continuar las políticas de los “tiempos de paz”, cuando en realidad la guerra reduce o anula los espacios políticos que las hacían posibles.

Las revoluciones del siglo XX siempre han estado asociadas a la guerra, porque el capitalismo, al llevar al límite su mundialización y conseguir realizarla, abre brechas en su capacidad de control y reproducción del sistema. El tiempo continuo y lineal del desarrollo ha terminado y estamos entrando en un tiempo que se ha salido de sus goznes, un tiempo abierto e impredecible donde se juega el “derrumbe” del capitalismo y el futuro del mundo.

XV. Las revueltas e insurrecciones plantean el problema de la revolución en las nuevas condiciones. Su desvanecimiento y, a la vez, su urgente necesidad

plantean el problema de redescubrir una continuidad perdida entre emancipación (prácticas de libertad, cuidado, producción de subjetividad, relación con uno mismo) y cambio económico-político radical. También nos obliga a interrogarnos sobre la separación entre “revuelta” y “revolución” y sobre la discontinuidad producida después del 68 entre el saber de la emancipación y el saber de la revolución.

XVI. El imperialismo del dólar puede funcionar como un instrumento de análisis tanto del dinero como del poder. La declaración de la inconvertibilidad del dólar en oro transforma a la moneda estadounidense en un arma política que no tiene su fundamento en la economía, sino en la máquina Estado-capital del imperialismo. Esta remite directamente al nacimiento de la moneda como “moneda de crédito” para regular el pago de impuestos al poder político y religioso en la Mesopotamia, durante el Neolítico, hace cinco mil años. La moneda de crédito no surge al final del proceso de intercambio primero y de producción después (Marx), sino que los precede. El imperialismo también puede poner de manifiesto todas las limitaciones de entender el ejercicio del poder como gubernamentalidad. Foucault, al separar la verticalización y la centralización del poder en manos de unos pocos del poder difuso y local que actúa en lo social, nos dio una imagen posmoderna de su funcionamiento.

Los monopolios económicos, políticos y militares del imperialismo son la otra cara de las técnicas difusas y dispersas de gobierno y control. Si se separan las dos formas en que se ejercen y no se percibe la jerarquía

que las organiza, tendremos una imagen blanda del poder, mientras que la guerra pone en primer plano el poder soberano y su fuerza destructiva (“hacer morir y dejar vivir”) que el neoliberalismo, se suponía, había superado y reemplazado por la acción positiva de desarrollar y hacer crecer las fuerzas de las poblaciones.

XVII. La gubernamentalidad neoliberal es la realización de un proceso que también ha sido adoptado por el pensamiento crítico, que ha *optado por hacer positivo todo lo negativo, y ha acusado a este de ser un arma de la dialéctica*. El poder no es prohibir, sino incitar, solicitar, favorecer; el neoliberalismo no es represión, sino producción, aumento de la capacidad de acción de las fuerzas. Lo negativo, que nunca había desaparecido (explotación, racismo, sexismo, guerras de todo tipo), despliega todo su poder destructivo en la guerra entre imperialismos y demuestra que poco tiene que ver con la dialéctica. La guerra es la imposibilidad de la síntesis, de la conciliación. Por el contrario, debe determinar vencedores y vencidos, y solo a partir de la subordinación y sujeción de estos últimos a los primeros se puede lograr la síntesis, la conciliación, la “paz”, el pacto.

XVIII. El pensamiento crítico, que en los años 1960 quiso excluir lo negativo, lleva una guerra de atraso: no esta, sino la Primera Guerra Mundial. Durante la mundialización anterior, producción y destrucción tendían a coincidir. La Gran Guerra fue una enorme socialización de la producción y el trabajo orientada a la destrucción. Hoy, después de un siglo, producción y destrucción coinciden perfectamente y no

solo en la guerra. El anatema contra la negación es uno de los mayores contrasentidos producidos por las teorías de los años sesenta y setenta. Es la razón por la que no vimos venir la guerra y nos limitamos a constatar el desastre ecológico, cuando este no es más que *un subproducto de la identidad de producción y destrucción*, algo que los ecologistas no logran integrar. El posible “fin del mundo” para la humanidad será testigo de un medioambiente destruido, implosionado, pero tecnológicamente saturado de “novedades”, de desarrollo del capitalismo cognitivo y de plataformas, de descubrimientos científicos e innovaciones organizativas. La producción y la destrucción continuarán sus vidas paralelas y complementarias hasta el final.

XIX. “Ya no hay un afuera. Aparece así la última etapa de la globalización [...]. Inmanencia estática y compacta: sin cesuras, sin vacíos, sin líneas de fuga, sin salidas”, escribe Donatella Di Cesare. Ya no existe un afuera, habían anunciado Negri y Hardt en *Imperio*. Sin embargo, el imperialismo cruje por todos lados, se abren brechas flagrantes en su dominación/control. Se manifiestan rupturas de todo tipo: insurrecciones, revueltas, guerras civiles, guerras entre Estados. El afuera no está ya dado, pero sucede, sobreviene. Es lo inactual lo que trae la división, lo que impone la ruptura. Llega con la guerra, se actualiza con las revueltas, se encarna en las insurrecciones. La inmanencia no significa ninguna cesura posible, ninguna salida practicable. La inmanencia significa que la vía de escape debe ser creada,

que el camino de salida del capitalismo no está ya trazado, sino que se hace al andar.

XX. La afirmación, constantemente citada, de que “es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo” es falsa o irresponsable, signo de una ignorancia de las “leyes” que rigen su desarrollo. La máquina Estado-capital no está destinada a colapsar, pero nos conduce, tarde o temprano, a una situación límite: la guerra. El capitalismo llega regularmente no a su colapso, sino al fin de su mundo (de su régimen de acumulación). Estos “fines” se vienen repitiendo con regularidad desde el siglo XX. Hoy estamos inmersos en el fin del mundo nacido con el imperialismo del dólar en 1971. Lo que funcionó en ese mundo hoy ya no funciona y obliga a todos a repensar un nuevo mundo. Precisamente lo que esta calamitosa afirmación arriba referida nos invita a no hacer, es síntoma del profundo desconcierto teórico y político del pensamiento crítico.

Notas

1 Afirma Biden: “Nosotros, como nación, ya hace treinta y cinco años que invertimos el 2 % de nuestro PBI en investigación y desarrollo. Ahora esa cifra se ha reducido a la mitad. Éramos los número uno del mundo. Ahora somos los número trece. Mi gobierno está cambiando esta situación. Estados Unidos era dueño del campo de la innovación (...). Así es como se produjo el primer modelo de misil antitanque dotado de avanzados sistemas de guiado por rayos infrarrojos, que culminó en el actual

Javelin. La *Bipartisan Innovation Act* ayudará a revertir el declive de la inversión federal en investigación y desarrollo registrado durante las últimas décadas. Y también debería crear puestos de trabajo y apoyar a familias enteras, expandir la producción estadounidense y fortalecer nuestra seguridad nacional. ¿Dónde, por amor de Dios, está escrito que Estados Unidos ya no puede ser un productor líder en el mundo?”.

2 Biden, el representante comercial de la ideología occidental, se expresa así: “Las cosas están cambiando tan rápidamente que tenemos que mantener el control sobre ellas. En el mundo se está librando una batalla entre la autocracia y la democracia. Xi Jinping, el líder de China, con quien he hablado [...] dice claramente que las democracias no son sostenibles en el siglo XXI [...], porque las cosas están cambiando muy rápidamente y las democracias requieren consenso [...]. Pero este no será el caso. Si ello ocurriera, el mundo entero cambiaría. Y gracias a ustedes, en esta primera batalla [en Ucrania], por así decirlo, se determinará si esto sucederá”.

Capítulo I

Hace dos siglos, una antigua colonia europea decidió imitar a Europa. Lo logró hasta el punto que los Estados Unidos de América se han convertido en un monstruo donde las tareas, las enfermedades y la inhumanidad de Europa han alcanzado terribles dimensiones.

Frantz Fanon

¿Qué hacer?

¿Qué hacer ante la guerra? “La guerra es la continuación de la política por otros medios. Toda guerra está indisolublemente unida al régimen político del que deriva”. De esta afirmación parten los revolucionarios del siglo XX cuando releen a Clausewitz. Lo primero que ellos hicieron, y lo que debemos hacer también nosotros, es definir la “política”, las clases, el Estado y los antagonismos de ayer que continúan en el enfrentamiento armado de hoy. Como pronto veremos, esta no es una cuestión obvia: para definir la naturaleza del capitalismo contemporáneo, es necesario deshacerse de la narrativa neoliberal/biopolítica –tanto de la del régimen como de la de la crítica– porque, en gran medida, esta la distorsiona.

El ejercicio real del poder económico y político no se remonta a las categorías neoliberales de

mercado, competencia, libertad, gobernanza, iniciativa individual, capital humano, empresario de sí, etc. Gran parte de esta narrativa es aceptada por teorías críticas como parte del funcionamiento del capitalismo, es la *storytelling* del poder, constituye su “ideología”, porque el neoliberalismo nos da una imagen parcial, reducida, falsa, pacificante y pacificada del capitalismo.

Los conceptos que definen al capitalismo contemporáneo (monopolio, finanzas, renta, moneda, Estado, racismo, sexismo, centralización, imperialismo, oligarquía, guerra) se oponen radicalmente a las categorías elaboradas por el neoliberalismo y, más aún, al ordoliberalismo. Veremos más adelante la función completamente subordinada y auxiliar a la máquina Estado-capital norteamericana de lo que se define como *governance* (“gubernamentalidad”, en el lenguaje de Foucault).

Los movimientos políticos que se desarrollaron después de 1968 (feministas, ecologistas, descolonizadores y sindicales) tienen, aunque desde otro punto de vista, una visión igualmente limitada y parcial del capitalismo, lo que dificulta su “qué hacer”. Pero esto lo veremos al final, después de haber definido la naturaleza y la acción de la máquina de Estado-capital contemporánea.

Para responder a la crisis de los años sesenta, que es fundamentalmente una crisis política, cuyo actor principal es la revolución mundial, la máquina Estado-capital estadounidense no se inspirará en el capitalismo que produjo una alta productividad y cuantiosas ganancias después de la Segunda Guerra

Mundial, sino que retomará, reconfigurándolos, la hegemonía de las finanzas, la economía de la renta, el colonialismo, los monopolios, la guerra; todos elementos que habían desembocado en la Primera Guerra Mundial y en el fascismo.

El capital tiene una tendencia natural a financierizarse, es decir, a convertirse en renta y, sobre todo, a hacer de la guerra un elemento estructural y estratégico de sus políticas. El neoliberalismo tiene la función de narrar otra historia, con otros conceptos, alejados del ejercicio real del poder del que depende: el imperialismo del dólar.

Del imperialismo al superimperialismo

Para tratar de comprender las razones de la actual guerra en Ucrania, mucho más útil que los empobrecidos análisis políticos contemporáneos (Balibar, Dardot, Laval, Žižek y los medios de comunicación y expertos occidentales) es seguir esta indicación de Lenin: “No debemos tomar ejemplos individuales, casos aislados [Ucrania y Rusia, los motivos de aquella y de esta]. No, debemos tomar la política global de todo el sistema de Estados europeos en sus mutuas relaciones económicas y políticas si queremos comprender cómo la actual guerra ha surgido, fatal e inevitablemente, de este sistema”.

Para no limitarnos al enfrentamiento Rusia-Ucrania, debemos partir de las relaciones de clase y de las relaciones entre Estados, pero, sobre todo, de las relaciones que se ejercen a nivel del mercado mundial.

Tanto en la época de Marx como en la de Lenin, es a partir del mercado mundial que se abre la posibilidad de ruptura y superación del capitalismo, pero de formas diferentes, que evidencian un cambio profundo entre las dos épocas. Para Marx, es en el mercado mundial donde emerge la *crisis*, que con su violencia destructiva abre la posibilidad de ruptura. Para Lenin, es en el mercado mundial donde emerge la *guerra* con su violencia destructiva y abre la posibilidad de la revolución.

Es del pasaje del primero al segundo que la confrontación estratégica que tiene como escenario el mercado mundial toma el nombre de “imperialismo”.

¿El imperialismo sigue nombrando hoy la lucha en torno a la cual se juega la hegemonía mundial (y posiblemente la ruptura revolucionaria en ella)? ¿Y el escenario del mercado mundial sigue siendo el punto de partida desde donde tratar de comprender la actual guerra? Muchas teorías que se desarrollan siguiendo el despliegue del capitalismo contemporáneo lo ponen en duda. Esas dudas no se refieren a la centralidad de la “economía mundial”, sino a la pertinencia de la categoría de “imperialismo”, que consideran ligada a una época definitivamente pasada y, por tanto, inútil.

Yo, en cambio, me concentraré en lo que se ha denominado “imperialismo norteamericano del dólar”, analizando las continuidades y discontinuidades con el imperialismo que se desarrolló entre finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Pues la causa principal del desencadenamiento del conflicto

entre potencias se encuentra, justamente, en la crisis de la hegemonía que hasta hace una década garantizó la supremacía política estadounidense sobre el planeta y una enorme captura, a través del dólar y de las finanzas, de la riqueza producida en el resto del mundo, condición indispensable para la reproducción del *american way of life*.

El imperialismo, tal como lo definieron Lenin, Rosa Luxemburgo y todos los revolucionarios de la primera mitad del siglo XX, ya no existe. Pero no porque haya sido reemplazado por dispositivos no soberanos y transnacionales que manejan una gubernamentalidad neoliberal a escala mundial (“Imperio”), sino porque se ha convertido en un “superimperialismo”. Precisamente, *Superimperialismo* es el título de un libro de un joven economista, Michael Hudson, publicado en 1972. El título pertenece al editor, el autor hubiera preferido “Imperialismo monetario” o “Imperialismo del dólar”.

El nuevo imperialismo que aquí analizo es, por tanto, financiero y monetario; un imperialismo aún más radical y feroz en su centralización del poder económico, político y militar que, como el imperialismo que le precedió, conducirá inevitablemente a la guerra. Al mismo tiempo, entonces, son muy diferentes y muy similares.

La definición más sintética de este imperialismo está dada por la acción del binomio *moneda y guerra*: ambas constituyen su principal y más temible arma. El imperialismo es la forma que ha tomado el capitalismo desde la época de Lenin y, desde entonces, no ha hecho más que perfeccionar, profundizar y

generalizar tanto el uso de la moneda como el uso de la guerra. El término *imperialismo* para definir el capitalismo puede funcionar como una distinción: las teorías críticas desarrolladas en el Norte por los pensadores blancos prácticamente lo han excluido de su vocabulario, mientras que en el Sur del mundo, y en el pensamiento anticolonial, sigue muy presente. Lo mismo se puede ver en el feminismo: prácticamente ausente en el feminismo blanco, pero muy utilizado en el *Black Feminism*.

La actual hegemonía del imperialismo del dólar tiene sus raíces, como todo lo que pasó en el siglo XX y sigue pasando en el XXI, en la Primera Guerra Mundial. Una vez terminada, Estados Unidos queda en una posición financiera dominante, porque todas las potencias victoriosas están fuertemente endeudadas con él. Estados Unidos cancela solo una parte de las deudas de los países aliados, relativa a las armas y demás material suministrado durante el período de su participación en la guerra. Las deudas contraídas antes de que los estadounidenses entraran en guerra deben ser pagadas. Será una de las principales causas de la crisis financiera de 1929 y del estallido de la Segunda Guerra Mundial, porque Inglaterra y Francia se verán obligadas a pedir a Alemania enormes resarcimientos por la guerra, para poder pagar sus colosales deudas con Estados Unidos.

Se manifiesta inmediatamente la voluntad “imperial” de la economía, que ya se siente dominante. La Segunda Guerra Mundial establece el traspaso definitivo del bastón de mando mundial de Inglaterra

a Estados Unidos. Durante los acuerdos de Bretton Woods, Estados Unidos impuso el dólar como moneda de comercio internacional, y rechazó el Banco de Keynes. Así se inaugura la asimetría de poder de la moneda norteamericana que funciona, a la vez, como moneda nacional e internacional: esta será la característica principal del imperialismo del dólar.

Durante las negociaciones con Inglaterra, Estados Unidos impuso un “libre mercado” a todo el comercio con la pérfida Albión y sus colonias, y abolió todos los aranceles y protecciones especiales que el Imperio Británico había impuesto a la Commonwealth. Estados Unidos sostiene, contundentemente, que el libre mercado debe ser la regla para todos, excepto para él, que puede imponer derechos, aranceles e impuestos a su antojo. Los *lords* ingleses quedan asombrados: “Nos tratan como a Alemania, como si hubiéramos perdido la guerra”. Inmediatamente se evidencia la relación con los aliados, reducidos a vasallos y a vasallos de vasallos, dependientes económica y militarmente. Lo que queda claro es quién manda y quién obedece. Y qué se entiende por liberalismo: una simple función de geometría variable del imperialismo.

Después de la guerra, el dólar es la moneda hegemónica, pero, desde el punto de vista estadounidense, todavía hay una falla en el sistema monetario porque sigue vinculado al oro. Todo déficit en la balanza de pagos se convertirá en una salida del oro de Estados Unidos que, al final de la guerra y en los años inmediatamente posteriores, poseía las tres cuartas partes de la disponibilidad mundial.

Debido a los gastos en que se incurrió para financiar las guerras de Corea y Vietnam, la balanza de pagos estadounidense, a partir de 1951, será siempre deficitaria (excepto por un período muy corto, bajo la presidencia de Clinton, y evidentemente ahora, debido a la guerra).

Los intercambios comerciales estuvieron equilibrados a lo largo de las décadas de 1950, 1960 y 1970. El déficit proviene, exclusivamente, del gasto militar de las guerras que Estados Unidos libra contra el “tercer mundo” (en realidad, contra la revolución mundial conducida por los partidos comunistas). El oro sigue saliendo de las reservas norteamericanas porque Francia –que todavía tiene colonias en el sur de Asia, por donde circulan muchos dólares a causa de los conflictos–, pide –igual que Alemania– convertir en oro los dólares que tiene en sus arcas al punto de afectar el porcentaje que Estados Unidos debe garantizar, un 25 %, según los acuerdos establecidos en Bretton Woods.

En el 68, se suspende la convertibilidad del dólar en oro. Y en el 71, Nixon declara la inconvertibilidad.

La no convertibilidad del dólar será una oportunidad para reafirmar su supremacía mundial, que ya venía amenazada desde finales de los años 1960. Treinta años después del final de la guerra, el poder económico de Estados Unidos, que en 1945 aún no había sido cuestionado, fue corroído año tras año, principalmente por Alemania y Japón. El imperialismo del dólar que surgirá de la decisión de la inconvertibilidad se dirigirá inmediatamente contra sus aliados: Europa y Japón. Este último cederá

rápidamente; Europa (en realidad, el objetivo siempre fue Alemania) lo hará de forma progresiva pero vergonzosa y completamente suicida, en ocasión de la guerra de Ucrania.

Veamos cómo se construyeron los mecanismos de este imperialismo y cómo funcionan.

El libro de Michael Hudson es interesante porque se publica en un momento en que Estados Unidos tenía serias dudas respecto de qué estrategia adoptar. Hudson demuestra que la gestión del liderazgo mundial, a partir de una posición de “deudor” –y no de “acreedor”, como había sucedido hasta entonces–, puede traerle a Estados Unidos muchas ventajas. La relación entre Estados es siempre entre acreedores y deudores, pero la potencia dominante basará entonces su supremacía en su rol como banquero mundial, en la deuda y no en el crédito.

Que Estados Unidos tenga la balanza de pagos en déficit implica que el mundo esté inundado de dólares (la globalización será una *dolarización*), que se utilizan para sostener el gasto estadounidense (importaciones, pero sobre todo gastos e inversiones militares) y el comercio exterior (con el dólar como moneda internacional).

Desde que el dólar se volvió inconvertible, todos los activos y créditos estadounidenses hacia el resto del mundo han aumentado un 15 % anual y, por lo tanto, la dolarización ha aumentado en la misma proporción.

Los bancos centrales de otros países comienzan a acumular dólares como moneda de reserva. ¿Qué

pueden hacer con estos dólares que ya no pueden convertir en oro? Solo comprar bonos del Tesoro estadounidense, es decir, deuda del gobierno estadounidense con otros países; una deuda que, como se declara de entrada, nunca será pagada.

La atención de los norteamericanos se centra en el hecho de que el valor de cada producto se expresa en dólares y de que cada transacción se realiza en su moneda. Cuando la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) eleva el precio del petróleo cuatro veces, los funcionarios estadounidenses vuelan a Riad. Les dicen a sus aliados en la OPEP que pueden subir los precios tanto como quieran, siempre y cuando estén expresados en dólares y que reutilicen esa enorme cantidad de dólares, producto del aumento del crudo, en los propios Estados Unidos (cerrando así el círculo de los petrodólares, algo que se repetirá más adelante con otras monedas –euros, yenes, rublos y, sobre todo, con la moneda china–).

La negociación no es solo económica, la fuerza del Pentágono también cuenta, directa o indirectamente. Los vendedores de petróleo acumulan dólares con los que no pueden comprar empresas ni segmentos enteros de la economía estadounidense (compras que Estados Unidos consideraría una “declaración de guerra”), sino solo acceder a participaciones minoritarias, mientras que el grueso debe invertirse en la compra de bonos del tesoro norteamericano (reconocimiento de una deuda no reembolsable y cuyo interés es inferior al 1 %).

Los países acreedores tampoco pueden comprar libremente tecnología e innovación, incluso cuando

se produce gracias a su “financiación”, porque la venta está estrictamente controlada por el Pentágono, que practica la verdadera “libertad de mercado”, según los casos y las circunstancias: un liberalismo de tamaño variable, que ya no depende de “razones de Estado”, sino de la “seguridad nacional” estadounidense.

De esta forma, partiendo de su posición de deudor universal, Estados Unidos puede aumentar, teóricamente, su deuda al infinito, con el simple procedimiento de imprimir dinero. Los países acreedores financian el déficit de su balanza de pagos y el déficit federal. Los recortes de impuestos a los ricos los paga el resto del mundo, como el resto del mundo paga los gastos militares de las 734 bases estadounidenses distribuidas a lo largo y ancho del planeta, con las que mantienen a sus acreedores en jaque y bajo presión.

Así, la continuidad y discontinuidad con el imperialismo clásico –el británico, por ejemplo– se establece fácilmente. La India, colonia británica, garantizó un ejército que Inglaterra utilizó, sobre todo, en las guerras que libró en el sur. Un ejército pagado en su totalidad por la colonia. Hoy, todos los países del mundo, aliados y no aliados –pero todos atrapados en el sistema monetario de pagos internacionales y en la financierización mundial–, cargan con los gastos delirantes del ejército estadounidense, que también dirige y administra la investigación y la innovación para todas las empresas estadounidenses.

El sistema monetario funciona, entonces, con un sistema de *doble rasero*, que es un régimen de

doble poder. Los países deficitarios deben someterse imperativamente a las “leyes” económicas de reducción y repago de la deuda: elevar las tasas de interés, bloquear el desarrollo económico (recesión y austeridad) y vender las empresas más productivas para pagar a los acreedores; privatizar, por las mismas razones, los monopolios estatales para convertirlos en monopolios privados, cuya primera consecuencia es la explosión de los precios de los servicios que se transforman en productores de rentas para los particulares.

El deudor universal (Estados Unidos), en cambio, no está sujeto a ninguna de las reglas que “el mercado” impone a los demás. Los acreedores no pueden intervenir, como suele ocurrir, en el comportamiento de los deudores porque el deudor universal es una nación “excepcional”, guiada por la mano de Dios. Es decir, que tiene la economía y el ejército más fuerte del planeta y puede imponer sus reglas. El mercado, la libre competencia, las leyes de la economía valen, en primer lugar, para los países subordinados, para los perdedores del enfrentamiento económico-militar, pero no para ellos. Cualquier país que solicite financiamiento del Fondo Monetario Internacional (FMI) debe someterse a ciertos principios (austeridad, privatización, etc.), mientras que Estados Unidos recibe la “ayuda” continua y automática del funcionamiento del dólar.

El capitalismo que surgió en la época de Lenin asocia –como él señala con perspicacia– financiación y colonización. El imperialismo del dólar marca el comienzo de un nuevo modo de dominación del centro (Estados Unidos) sobre la periferia

(el resto del mundo). Continúa y agudiza la clásica extorsión colonial (de los siglos XIX y XX) que afectaba a países en los que aún no existía el desarrollo capitalista, países “en desarrollo” o “subdesarrollados”. En la inmediata posguerra, el imperialismo “alimentario” estadounidense obligó a los países “subdesarrollados” a comprar productos agrícolas norteamericanos y les permitió desarrollar una agricultura solo para la exportación, sin asegurar su propia autonomía alimentaria y reproduciendo su dependencia de los países industrializados e hiperproductivos.

A la depredación histórica que dura cuatro siglos se suma la depredación del nuevo imperialismo que atañe a todos los países del mundo, incluidos los países del centro (especialmente Europa y Japón), que son considerados por Estados Unidos aliados a “exprimir”, incluso más que a los otros, porque son más ricos. La colonización del nuevo imperialismo se fortalece todavía más y se generaliza, en comparación con la colonización histórica, porque se extiende por todo el planeta, incluido el hemisferio norte.

Al capitalismo no le basta la moneda, la técnica y la ciencia, así como tampoco le es suficiente el trabajo asalariado para producir ganancia: debe operar continuamente una depredación del trabajo y de los recursos gratuitos o mal pagados. Las formas del colonialismo pueden cambiar, pero su necesidad estructural permanece.¹ Esta es otra confirmación de la relevancia de la categoría de imperialismo.

Continuidad y discontinuidad

Entre el imperialismo clásico y el imperialismo del dólar hay muchas continuidades, pero también muchas diferencias significativas.

Gérard Duménil y Dominique Lévy, confirmando el análisis realizado hasta el momento, señalan las novedades que introducen los norteamericanos con respecto al capitalismo analizado por Lenin y Rosa Luxemburgo. El imperialismo clásico se basó en una sobreproducción de mercancías y de capitales que, necesariamente, debían exportarse a regiones que aún no habían sido investidas por el desarrollo capitalista. El imperialismo estadounidense contemporáneo, en cambio, mientras exporta mercancías y capital —como el imperialismo clásico—, debe importar más mercancías de las que exporta (déficit presupuestario) y atraer más capital del que exporta (superávit de cuenta de capital). Estados Unidos impone “al mundo la exportación de sus bienes y de sus capitales, importando simultáneamente masas de bienes superiores a sus exportaciones, y permitiendo la entrada de capital extranjero para financiar sus gastos”, sostienen Duménil y Lévy.

Este nuevo fenómeno no era observable en el imperialismo clásico, pues es solo con la supremacía del dólar que su funcionamiento ocurre a partir de una balanza de pagos deficitaria que inaugura otra novedad que caracteriza nuestro presente desde hace cincuenta años: la economía de la deuda.

Paul Sweezy, cuya deuda directa con Kalecki y, por tanto, indirecta con Rosa Luxemburgo, es alta

—como él mismo reconoce—, capta las nuevas posibilidades que se le ofrecen al capital para solucionar el problema de la realización del excedente,² más allá de la colonización y de los “mercados exteriores” del imperialismo clásico. Nuevas posibilidades que requieren una intervención aún más fuerte del Estado. Seguimos lidiando con el imperialismo y los monopolios, pero —a diferencia de la era de Lenin— el *consumo* y el *gasto público* en los países centrales pueden funcionar como “mercados externos” y representar contratendencias muy efectivas al estancamiento (y a la caída de las ganancias) que los monopolios inevitablemente producen. En la “sociedad de la opulencia”, estos gastos tienen una “colosal capacidad de generar derroches privados y públicos” con enormes consecuencias negativas sobre la habitabilidad del planeta. Sweezy va más allá, anticipando una función de finanzas/crédito que no existía en la época del imperialismo clásico: a mediados de la década de 1960, el gran endeudamiento del Estado y de las empresas y, sobre todo, a partir de mediados de la década de 1970, el *endeudamiento de las familias, de los trabajadores y también de los pobres* permitió asegurar la creación de plusvalía, al congelar los salarios sin recortar el consumo.

En la lucha capital/trabajo se inserta el *interés* (el interés producido por el dinero), que desplaza a ambos, pero solo destruye al segundo, porque es una forma superior y más abstracta del primero (moneda de crédito). La política de endeudamiento masivo —y, por tanto, también de los pobres— encontrará su máxima expresión en las hipotecas *subprime*,

causantes del quiebre del sistema financiero en el origen de la guerra actual. La efectividad de las contratendencias hacia el estancamiento genera, a su vez, una radicalización de las contradicciones.

El gasto militar, por otro lado, sigue siendo siempre un recurso en manos del Estado para evitar el colapso económico del capital, tanto en la era de Lenin y Kalecki como en la actualidad.³ De hecho, el último presupuesto del Pentágono es el más alto de la historia: 885 mil millones de dólares.

Las guerras son, junto con las innovaciones revolucionarias (máquina de vapor, ferrocarriles, automóviles, etc.), estímulos externos fundamentales contra el estancamiento propio de las economías dominadas por los monopolios. “Desde el punto de vista de las consecuencias económicas, las guerras deben dividirse en dos fases: la fase de la guerra y la de las consecuencias. Ambos implican un trastorno de la economía que es tanto más radical cuanto más larga y total es la guerra. Es por ello que las grandes guerras como las de 1914-1918 y 1939-1945 son, desde el punto de vista económico, similares a las innovaciones revolucionarias”.⁴

El arma estratégica del imperialismo del dólar no es la “empresa corporativa” (ordoliberal) y menos todavía “el empresario de sí mismo” (Becker/Foucault), sino el crédito que le permite hacer (y tener) *antes* lo que sin él debería hacer (y tener) *después*. La deuda le permite a *todos* comprar tiempo invirtiendo el antes y el después. Como dice Jean-François Lyotard: “El crédito de consumo (destinado al comprador) nos permite adelantar el tiempo de

disfrute, el crédito a la circulación (destinado al comerciante) nos permite adelantar el tiempo de pago (de proveedores), el crédito de inversión (destinado al empresario) permite anticipar el tiempo de producción, el crédito al crédito (destinado al banquero) permite anticipar el tiempo de pago de la deuda del deudor". El Estado (Banco Central, *welfare*) y las finanzas distribuyen este tiempo que se activa en toda la sociedad –que nada tiene que ver con el tiempo de trabajo marxiano– para evitar el tiempo de la explosión de las contradicciones, para posponer la catástrofe y la guerra, que, sin embargo, llegan. Todos ganan tiempo y así también la máquina Estado-capital, que trata de esa manera de retrasar el momento del enfrentamiento entre clases y entre Estados, para aplazar su siempre posible implosión.

El imperialismo de Lenin ya no era solo territorial porque las finanzas jugaban un papel central. Pero en el imperialismo contemporáneo, el dinero y las finanzas operan una mayor desterritorialización. La moneda de crédito es el verdadero instrumento de mando sobre el trabajo (asalariado y no asalariado) y sobre la renta en el mercado mundial.

El dólar y la guerra

El superimperialismo del dólar no funciona sobre la base de las reglas marcadas por el neoliberalismo y el ordoliberalismo, el mercado y la libre competencia, sino a partir de relaciones de fuerza económico-políticas, que incluyen también el uso de la fuerza armada y de la guerra. Los economistas nunca

introducen la guerra en sus teorías, por lo que esta queda como un fenómeno exógeno.

“Antes del conflicto mundial de 1914-1918, la costumbre de los economistas de considerar las guerras como meras perturbaciones” de la economía “puede haber estado plenamente justificada”. Pero, durante el siglo XX, cambiaron por completo su rol y función. En palabras de Sweezy, estas ya no son meros accidentes de un proceso económico pacífico: “Nadie en su sano juicio argumenta que, sin las guerras, la historia económica del siglo XX habría sido lo que realmente fue”.

Nos encontramos en una situación en la que se ha hecho realidad la tendencia enunciada por Lenin: no es posible distinguir los planos económico, político y militar, tal como era posible en los tiempos de Marx.

Para investigar la relación entre el imperialismo del dólar y la guerra, me remito a la obra del general chino Qiao Liang, uno de los dos autores del afortunado *Guerra sin restricciones*,⁵ quien, tras el éxito del libro, comenzó a estudiar finanzas para comprender el mecanismo que permite a Estados Unidos imponer su supremacía sobre el mundo. Incluso si sus elaboraciones (“El arco del imperio, con China y Estados Unidos en los extremos”) son demasiado deterministas y fascinadas por el poder del sistema del dólar, pueden ser útiles en su “simplificación” para comprender la naturaleza y la acción de los dispositivos del nuevo imperialismo y su colonización sin precedentes.

Quizá en sintonía con el sentir de las esferas militares del Ejército Popular de Liberación y del

Partido Comunista de China, Qiao Liang expresa así el meollo del problema estratégico: “Lo que debe enfrentar China no es tanto la hegemonía militar como la financiera. Durante casi cuatro décadas, Estados Unidos ha usado su cetro monetario para crear un ciclo del dólar capaz de engullir la riqueza global, abriendo y reduciendo periódicamente el flujo de liquidez monetaria”.

¿Por qué Estados Unidos hace la guerra todo el tiempo?, se pregunta el general chino. No primordialmente por el petróleo, ni fundamentalmente para apropiarse de materias primas o mano de obra barata, sino para imponer y salvaguardar el dólar, que le permite procurarse recursos materiales y humanos a través de dispositivos más “abstractos” (financieros y monetarios), pero cuyo funcionamiento implica necesariamente la guerra.

El general señala que, en el imperialismo del dólar, si la balanza de pagos debe estar continuamente en déficit, la cuenta de capital debe, en cambio, estar continuamente en superávit.

Para que se arraigue el sistema de “explotación financiera” (Lenin) y la colonización mundial, el país deudor debe exportar continuamente dólares importando productos de otros países, invirtiendo en el exterior, desarrollando gastos militares, etc. Pero estos dólares y capitales (deuda emitida por el Tesoro estadounidense, inversiones extranjeras) deben regresar a los Estados e invertirse en sus tres mercados: bonos del Tesoro (deuda), futuros y títulos. Los Estados Unidos necesitan 700 mil millones al año, que no producen ellos mismos, para reproducir su

poder y la forma de vida que Bush definió como “intocable” durante la segunda guerra del Golfo.

Qiao Liang da algunos ejemplos muy claros para explicar el mecanismo de captura de la riqueza producida a nivel mundial y expropiada por el imperialismo del dólar. Liang calcula que, en los últimos cuarenta años, la Reserva Federal norteamericana (la Fed), habiendo elevado las tasas de interés cinco veces y reducido cinco veces, provocó así crecimiento y recesión/austeridad en el resto del mundo.

El imperialismo estadounidense, al manipular el costo del dinero, abre y cierra el ciclo del capital, proporcionando alternativamente la liquidez necesaria o, por el contrario, sustrayendo la disponibilidad de dinero. Al controlar el flujo y el reflujo de los dólares y las inversiones, provoca el crecimiento o la recesión del mercado mundial y controla el desarrollo de la economía mundial. Gracias a este control, se apropia de gran parte de esta producción (depredación y renta imperial). Entre una apertura y un cierre de liquidez, entre una salida y una repatriación de capitales, cosecha extraordinarios beneficios organizando espantosas crisis financieras en todas partes, pero sobre todo en América Latina y en el Sudeste Asiático, donde la guerra juega un papel fundamental.

Los países de América Latina fueron los primeros que, en los años setenta y ochenta, supieron “lucrar” con esta disponibilidad de liquidez e inversiones creada por la dolarización para desarrollar sus economías. “Una nación como la Argentina durante cierto tiempo rozó incluso el umbral de los países más desarrollados”, sostiene Qiao Liang.

Pero, cuando la inflación aumenta en Estados Unidos y amenaza con convertirse en hiperinflación, la *Fed* decide subir las tasas de interés, lo que algunos economistas llamaron “el golpe de la Fed” o “el golpe de Volcker”: la drástica subida de la tasa directriz que pasó del 11 % en 1979 al 20 % dos años después, con consecuencias dramáticas –recesión, desempleo, congelamiento de salarios–, pero sobre todo el lanzamiento mundial de la economía de la deuda. El dólar comienza a fortalecerse y los capitales empiezan a salir de América Latina y son invertidos en los mercados financieros norteamericanos.

Pero este primer retorno de capital aún no es significativo. Lo será con la Guerra de Malvinas, en 1982, entre Argentina e Inglaterra. Entonces se hace evidente una regla general: una convulsión política, un “accidente financiero”, un conflicto militar empuja a los inversores fuera de las economías en deterioro hacia mercados estadounidenses más seguros y rentables.

Al huir, el capital, se lleva consigo la riqueza producida durante el desarrollo, ahora cristalizada en los dólares que fluyen de regreso a Estados Unidos. A esta primera versión de la máquina de captura financiera, se suma otra: con la entrada de capitales, los norteamericanos compran porciones enteras de las economías de los países que la retirada de inversiones puso en grave crisis.

Una enorme riqueza es, así, doblemente apropiada y transferida a Estados Unidos a medida que América Latina se hunde en la crisis. Países como

Argentina pasan rápidamente de ser parte de los países “desarrollados” a integrar el grupo de los países “en desarrollo”, o incluso “atrasados”. Entre “octubre de 1978 y febrero de 1985, el dólar se apreció entre un 50 % y un 100 % según diferentes cálculos, lo que provocó una crisis de deuda en todo el continente causada por este aumento del dólar”.

La razón de la liberalización de capitales —que en Europa fue organizada por los Estados gracias a los gobiernos de centroizquierda y en Estados Unidos por los demócratas— está enteramente contenida y explicada por la necesidad, para la captura de la riqueza mundial, de la salida y la entrada de capitales a Estados Unidos.

El mismo mecanismo se activó en el Sudeste Asiático, aunque la crisis y la consiguiente fuga de capitales no fue provocada por la guerra, sino por el ataque de George Soros a la moneda filipina. En 1987, el mercado de valores estadounidense se derrumbó, la *Fed* se vio obligada a hacer un “recorte de emergencia de las tasas” y a abrir las compuertas del dólar. Esta vez, las inversiones fueron dirigidas hacia el Sudeste Asiático. El desarrollo de los “cuatro tigres asiáticos” fue muy rápido, pero ya en 1994, la *Fed* subió las tasas del 3 % al 8 % mientras Soros obligaba a la moneda filipina a devaluarse, abriendo la crisis de la deuda en la región.

El *boom* económico de los tigres se convierte en capital y toma el camino de Estados Unidos, mientras que, con los capitales repatriados, los estadounidenses intentan comprar las economías del Sudeste Asiático. Prácticamente adquieren todas las

empresas más rentables de estos países, con el trabajo y la producción, e incorporan el capital que se ha fugado a Estados Unidos. Nuestro general está fascinado con el dispositivo, aunque escribe: “El mundo seguramente recordará a las madres coreanas que se quitaban los anillos, pulseras y collares de oro, y los donaban al gobierno coreano, para obtener más divisas y evitar que las famosas empresas coreanas fueran compradas y convertidas en activos norteamericanos”.

En esta crisis, los estadounidenses intervienen directamente, sin siquiera la mediación del FMI.

Es sobre todo esta “esquila”, que pasa indiferente por encima de la producción –material o inmaterial, cognitiva o biopolítica, industrial o de servicios, desarrollada o subdesarrollada–, lo que justifica la descentralización de las producciones fuera del Norte del mundo, y no solo la importación de mercancías a bajo costo, incluso si esta produce grandes ganancias. La importación de mercancías del Sur global es un dispositivo más de captación del dólar (el cuarto, junto con la libre financiación de los déficits estadounidenses, la devolución de capitales inflados por el *boom* económico y la compra de empresas de países en crisis), que se apropia de inmensas fortunas sin mover un dedo (más allá de quien transcribe las transacciones en una computadora): “En 2011, por ejemplo, Estados Unidos gastó 433.400 millones en importaciones de China. En su mayoría, se trataba de productos de gama baja, como camisetas o juguetes, que nunca costaban más de dos dólares. Pero cuando los estadounidenses los pusieron

en sus góndolas, multiplicaron su precio” generando “billones que luego se acumularon en el PBI de Estados Unidos”. El general chino se pregunta: “Mientras el mundo envidiaba la riqueza de Estados Unidos, ¿alguien se encargó de hacer cuentas? (...) Alguien podría decir que no se trata de saqueo ni de explotación, sino solo de economía de mercado”.

En realidad, es una depredación encubierta de la economía de mercado que no requiere “un sometimiento descarado de otros pueblos para disfrutar de sus riquezas materiales”. Alcanza con la moneda, respaldada y defendida por el ejército estadounidense. La moneda y la guerra son las divisas del imperialismo estadounidense, como dijimos antes. Y el mismo trato depredador está reservado no solo para el Sur global, sino también para países “aliados”, como Europa y Japón. De hecho, cuanto más ricos sean, más abundantes serán las incursiones. El método utilizado es extraeconómico: negociaciones sobre la base de relaciones de fuerza en las que la fuerza armada juega un papel central.

El 22 de septiembre de 1985, Estados Unidos convocó al Grupo de los Cinco (G5) para decidir una apreciación del yen: Japón se estaba convirtiendo en un competidor económico demasiado peligroso. Concretamente, obliga a Japón, Inglaterra, Alemania y Francia a comprar una parte de su propia deuda, que explotaba, e impone a Japón una apreciación del yen: de 250 a 82 yenes por dólar. La economía japonesa nunca se recuperará de ese impacto y quedará estancada desde entonces. Los japoneses podrían haber comprado una parte de Estados Unidos con esa

apreciación de su moneda, pero Estados Unidos hubiera considerado tal comportamiento como un “acto de guerra”. Fue la segunda gran derrota de Japón ante los estadounidenses después de Hiroshima.

Partiendo siempre del supuesto de que la guerra es la causa más importante para determinar “un empeoramiento del clima de inversión”, Estados Unidos utilizó la guerra de Yugoslavia para atacar al euro, puesto que podía convertirse en un serio competidor del dólar. Solo unos meses después de la introducción del euro, los norteamericanos –a través de la OTAN y aprovechando la vocación suicida de las clases dominantes europeas– impulsaron la guerra en Yugoslavia. El bombardeo de Belgrado convenció definitivamente a los “mercados” de que no había “clima favorable para la inversión” en Europa. Retiraron 400 mil millones de dólares, pero solo la mitad regresó a Estados Unidos, la otra mitad fue a China. En ese contexto, los norteamericanos bombardean “por error” la embajada china en Belgrado.

Paradójicamente, China es el país que más contribuyó a la afirmación del mecanismo del dólar, produciendo colosales superávits comerciales durante años, que se reinvertieron en letras del Tesoro estadounidense. China constituyó la “fábrica” que Estados Unidos necesitaba para operar su imperialismo monetario perpetuamente deficitario y para suministrar los productos baratos necesarios para el congelamiento de salarios en Estados Unidos, algo que fue sucediendo desde la década de 1970.

Después de la crisis de 2008, el Partido Comunista Chino (que a diferencia de los vasallos europeos nunca

ha aceptado la liberalización de los movimientos de capital, bloqueando el saqueo estadounidense) se dio cuenta de que las finanzas estadounidenses podían destruir en un día billones de dólares y notó el peligro de la dependencia y subordinación de China a las decisiones de la Fed / Wall Street. Se inició así el proceso de desdolarización y el proyecto, mucho más difícil, de crear un sistema financiero y monetario fuera del dólar. Lo que significó, de hecho, una declaración de guerra a Estados Unidos, o al menos así lo interpretaron.

La acción militar es la otra cara del imperialismo del dólar. El Estado y las fuerzas armadas son actores estratégicos en los mercados mundiales. La acción económica sin acción armada –en este marco global en el que el enfrentamiento no es solo con otros capitales y otras economías, sino también con otros Estados– no tiene eficacia.

El fin de la Unión Soviética y la victoria del liberalismo y la democracia, en lugar de marcar el comienzo de una era de paz y prosperidad, han producido un resurgimiento de la actividad militar estadounidense. El Pentágono y el Ejército de los Estados Unidos se han involucrado en una impresionante serie de guerras: Panamá (1989); Irak (1990-1991); Kuwait (1991); Somalia (1993); Bosnia (1994-1995); Sudán (1998); Afganistán (1999); Yemen (2002); Irak (1991-2003); Irak (2003-2015); Afganistán (2001-2015/2021); Pakistán (2007-2015); Somalia (2007-2008, 2011); Yemen (2009-2011); Libia (2011, 2015); Siria (2014-2015).

Los informes del Servicio de Investigación del Congreso enumeran 100 operaciones militares en

el extranjero entre 1945 y 1999 y 184 entre 1999 y 2021, prácticamente el doble en la mitad del tiempo. Sin mencionar los cientos de operaciones encubiertas realizadas por la CIA con personal y fondos no militares.

El general italiano Fabio Mini escribe: “Como un imperio, Estados Unidos tiene colonias de ultramar, desde ellas hace la guerra por todo el mundo, saquea abiertamente los recursos, impone su propia política y esclaviza a los pueblos subyugados”. Distingue entre “nuevas colonias” (los llamados “territorios” como Samoa, Guam, las Islas Marianas del Norte, Puerto Rico y las Islas Vírgenes estadounidenses) y “colonias al viejo estilo”, países dominados por el antiguo colonialismo. Las “nuevas colonias” forman parte de las más de 700 “bases militares en el extranjero, dentro de las cuales rige la autoridad estadounidense; hacia el exterior influyen política y económicamente en los Estados ‘anfitriones’ que siempre han sido ‘vasallos’; y de allí parten las fuerzas y armas con las que mantener y fortalecer el imperio”.

¡La guerra ya estaba allí!

La actual guerra en Ucrania contiene muchas guerras en su interior. No menos importante es la que los estadounidenses llevan años librando contra Europa; algo que la mayoría, deslumbrados por el titánico enfrentamiento entre democracia y autocracia, no ve.

Europa ha vuelto a convertirse, bajo el fuego de los cañones, en un terreno desfavorable para las

inversiones, que en efecto huyen y permiten a Estados Unidos completar lo que había comenzado con la guerra en Yugoslavia y el estallido de las hostilidades en Ucrania en 2008. El inicio de la guerra en Dombás, y la anexión de Crimea, fue otra ocasión para empujar a los capitales a huir del “clima de no inversión” europeo, pero China todavía tiene la tasa de crecimiento más alta del mundo y los capitales que huyen se dirigen hacia Hong Kong. Cuando los estadounidenses ven la dirección que estos capitales están tomando (no hablamos de migajas, sino de 1000 billones de dólares), se dan cuenta de que la guerra contra China es inevitable y deben acelerar su implementación. Que, con puntualidad, llegará.

El suicidio de Europa encuentra su realización completa en la guerra actual, que se verá obligada a pagar en su totalidad con otra degradación económica. Una “guerra que nunca ha sido declarada”, pero que está transformando su economía (no la de Estados Unidos) en una economía de guerra. Europa pagará por la energía entre 7 y 9 veces lo que paga Estados Unidos, se ve obligada a subir las tasas de interés (a 0,75, el tipo de interés más alto desde que existe el euro, tras subirlo 0,50 un mes antes) y su moneda sigue perdiendo valor: el euro ya ha llegado a 0,99 por dólar. Tendrá que hacer frente a la inflación, que no es causada principalmente por la guerra, sino por la acción de los monopolios que, como siempre, salen fortalecidos de años de luchas libradas contra ellos por las autodenominadas políticas neoliberales de libre competencia.

Europa ya no puede exportar a Rusia y tendrá cada vez más dificultades para hacerlo a China, que

es la salida “natural” para su comercio –por ahora, le compra a China y a India el petróleo ruso más caro—. Esta situación constituye un suicidio en el altar de la reproducción del imperialismo, que ha estado desangrando y bloqueando a Europa por décadas, como ya sucedió con la economía japonesa.

Desde el punto de vista de los norteamericanos, “aliados” quiere decir vasallos obedientes con quienes contar para satisfacer todas sus voluntades, a costa, como le sucede ahora a Europa, de decretar su propio fin. ¿Qué es Europa hoy? El conjunto de países del Este con centro en el más reaccionario, conservador, machista y proatlántico país, Polonia, más Estados Unidos e Inglaterra (el Brexit parece haber sido programado, pero en cualquier caso llegó en el momento adecuado). El eje franco-alemán ha sido completamente derrotado. Se erige como gestor de las consecuencias de la enésima derrota de una Europa que se está convirtiendo en una gran Puerto Rico.

Alemania es ya la gran derrotada de una guerra que aún continúa, porque el eje que venía construyendo desde hace décadas con China, pasando por Rusia y Asia Central –que en los últimos años se consolidaba a nivel de intercambios tanto económicos como tecnológicos y asumía un peso cada vez más relevante–, está bloqueado “para siempre” (piensan los norteamericanos) por la guerra de Ucrania, cuyo verdadero objetivo (para los norteamericanos) es impedir su estabilización y fortalecimiento. Sin este bloqueo económico y político, el Este constituía un riesgo que ponía en serio peligro

la hegemonía estadounidense y podía derrocar su ya maltrecho imperialismo monetario.

Las clases dirigentes europeas no solo son suicidas porque han aceptado sin luchar el sabotaje de sus economías, sino que están volcando sobre sus subordinados la violencia que sufren a manos del imperialismo estadounidense, contra el que no saben cómo rebelarse. El mecanismo de expropiación por deuda es aplicado por los vasallos europeos a sus vasallos y a los vasallos de sus vasallos. Así es exactamente como los alemanes y los franceses actuaron en la crisis de la deuda de Grecia, incluso si aquí la relación entre los Estados europeos y el Estado griego es, más clásicamente, una relación entre acreedores y deudores.

James Galbraith, asesor del ministro de finanzas griego Yanis Varoufakis, a quien se le preguntó si las “instituciones (FMI, Comisión Europea y Banco Central Europeo) tendrán que salvar a Grecia indefinidamente”, respondió: “No hay rescate, no hay refinanciamiento, no hay reforma en marcha. Realmente necesito insistir en este punto, porque estas palabras se deslizan en nuestros discursos porque han sido colocadas por los acreedores para que los imprudentes las usen, pero no se corresponden con lo que está pasando. Lo que está sucediendo es una expropiación de activos en poder del Estado griego, empresas griegas y hogares griegos, que no tiene nada que ver con la recuperación de la economía griega o con el bienestar del pueblo griego”. En efecto, el remedio para caballos impuesto a las “cigarras” griegas falló estrepitosamente, el déficit público de Grecia se

disparó hasta el 200 %. No se habla de esto porque es el fracaso evidente de las políticas de austeridad.

Es por esto que cuando usamos el vocabulario feudal para describir la expoliación que el “soberano” estadounidense practica regularmente sobre el resto del mundo y que, a su vez, los vasallos europeos infligen a sus vasallos, no es solo un uso metafórico. La economía de la renta tiene mucho que ver con la extracción que la aristocracia operaba sobre la sociedad feudal. La “noche de la abolición de los privilegios” (4 de agosto de 1789) es todavía un programa político por poner en agenda y es la medida de hasta dónde nos ha hecho retroceder la iniciativa del capital.

En septiembre de 2022, el diario *Le Monde* publicó este balance de la moneda estadounidense: “Si el dólar confirma su hegemonía, es simplemente porque no hay nada que pueda reemplazarlo. ¿Qué comprar en su lugar: euros, cuando el Viejo Continente sufre el azote de la guerra de Ucrania y el shock energético; libras esterlinas, que no están mucho mejor tras el Brexit? ¿Yenes, que están en caída libre, aunque Japón mantenga sus tasas en cero? ¿La moneda china, mientras el país está en problemas con una crisis inmobiliaria, al margen de que representa un riesgo geo-económico mayor, bajo el mando neomaoísta del presidente Xi Jinping? ¿O el bitcoin, cuyo valor puede verse tan volátil como una nueva empresa tecnológica en el Nasdaq?”.

El balance parece describir una posición de fortaleza del dólar y de Estados Unidos, pero, en realidad, tanto uno como otro, muestran una gran

debilidad interna y externa. Estados Unidos estaba en un aprieto, precisamente, porque el imperialismo del dólar, que había impuesto desde 1971, comenzaba a mostrar grietas y un creciente rechazo a su dominación por parte de las naciones del Sur y de Rusia. La supremacía mundial basada en el asalto financiero ya había comenzado a mostrar sus límites cuando Rusia se deshizo de las oligarquías “estadounidenses” y creó la propia. La división internacional del trabajo, necesaria para que funcione el mecanismo del déficit estadounidense (la “fábrica” al sur de Estados Unidos), había fortalecido a países como China, India, etc., que empezaban a buscar espacios de autonomía e independencia del unilateralismo impuesto por el imperialismo norteamericano. Pero es la guerra la que demuestra la impotencia de Estados Unidos porque es prácticamente la única opción que le queda para tratar de oponerse a los signos evidentes del declive de su hegemonía. *Guerra* significa que la dominación pasa por el uso directo de las armas, significa fragmentación política de la mundialización que Estados Unidos creía dominar tras la caída de la URSS y obliga a saquear las economías aliadas (exprimir una y otra vez a Japón y terminar de desestructurar Europa).

Pero el síntoma más claro del fracaso del imperialismo del dólar es la guerra civil interna, que manifiesta la pérdida de control, no solo sobre el mundo, sino también sobre su propia población. Las incursiones y saqueos financieros han pasado por encima de la cabeza del proletariado estadounidense (en 2007, los salarios reales, ajustados por

inflación, eran un poco más bajos que en 1973). Las polarizaciones ferozmente buscadas han dividido a la población en líneas de clase que pueden desembocar en una guerra civil en cualquier momento.

Las consecuencias de la guerra

La guerra solo puede acelerar estos procesos que han estado ocurriendo durante años. La *Organización de Cooperación de Shanghái* (OCS), fundada por los chinos en 2001, que se reunió el pasado 15 y 16 de septiembre en Samarcanda, incluye el “grupo de los cinco” (China, Rusia, Kazajistán, Tayikistán, Kirguistán), Uzbekistán –que ocupó la presidencia *pro tempore*–, Pakistán e India. Presentes como “observadores” están Irán, Afganistán, Mongolia y Bielorrusia. Como países “asociados en el diálogo” se suman Sri Lanka, Turquía, Camboya, Nepal, Azerbaiyán, Armenia, Egipto y Qatar, a los que ahora se agregan también Baréin, Maldivas, Kuwait, Emiratos Árabes Unidos y Myanmar. Juntos representan el 45 % de la población mundial y el 30 % del PBI mundial. Una cooperación comercial y económica, pero también la construcción de un orden mundial que pasa por el fin de la hegemonía del dólar; lo que significa el declive seguro y acelerado de Estados Unidos.

Los ensayos de un sistema de pagos que no se exprese en dólares, que es lo que estos países están tratando de construir, es muy difícil de implementar. Pero el hecho de que ya se esté hablando de eso y de que después del estallido de la guerra en Ucrania se haya acelerado el proceso, es muy significativo. Ese

es el mayor peligro para Estados Unidos. La democracia, como la autocracia, no tienen nada que ver con esta historia.

Luego de la victoria de Lula Da Silva, Brasil inició conversaciones con el presidente argentino con la idea de construir una moneda común para América del Sur. Una moneda que no reemplazaría a las nacionales, como hizo el euro, sino que sería utilizada únicamente para intercambios comerciales y financieros. El propósito declarado –común a todo el Sur– es siempre el mismo: reducir la dependencia del dólar.

Apenas unos meses después del inicio de la guerra, las verdaderas causas del actual conflicto emergen cada vez con mayor claridad: el papel que Occidente se ha reservado durante siglos, decidiendo y comandando los destinos del mundo, encuentra una resistencia creciente en aquellas partes del globo que fueron sus antiguas colonias, donde el colonialismo del dólar continúa haciendo estragos.

Si la OPEP (Organización de Países Exportadores de Petróleo) está en el origen del orden monetario y político del imperialismo norteamericano a través del lavado de petrodólares “acordados” con los mismos norteamericanos, hoy, con la guerra en Ucrania, asistimos a un espectacular vuelco de las alianzas mediante las que los Estados Unidos fundaron su poder. En octubre de 2022, la OPEP decidió recortar fuertemente la producción en contra del consejo de Estados Unidos, cuyo presidente, Joe Biden, había volado a Riad para pedir la colaboración de Arabia Saudita contra Rusia, que, en

cambio, se puso del lado de la reducción drástica de la producción, agravando la posibilidad de recesión, especialmente para la primera víctima de la guerra en curso: la desafortunada Europa. El precio del petróleo lleva a especular que seguirá alimentando la inflación y la suba de tasas de interés que la *Fed* impondrá a todo el mundo. Que Arabia Saudita acepte que los intercambios con Rusia no se realicen en dólares también es simbólicamente significativo porque es un incumplimiento de los acuerdos establecidos hace cincuenta años, al inicio del sistema imperial del dólar, cuando acordó expresar toda la producción de petróleo en la moneda estadounidense.

La OPEP no puede, ni quiere, aceptar que el Norte del mundo pueda decidir el precio del petróleo y fijó un techo para sancionar a Rusia. Es otra señal importante del aislamiento de Occidente, de su debilidad “material”, del hecho de que no posee todas las claves, tanto económicas como políticas, para gestionar el poder global. Su relativa decadencia y la imposibilidad de imponer unilateralmente su voluntad pueden verse cada vez con mayor claridad. El Sur global, que no se puso del lado de Occidente durante la guerra, tiene chances de salir fortalecido del conflicto mundial en curso.

Incluso la identidad del “enemigo principal” emerge con mayor claridad de los documentos estratégicos del imperialismo estadounidense. Partiendo de la “OTAN global” –brazo armado del imperialismo a escala planetaria–, el Estado norteamericano y el Pentágono están rediseñando

las cadenas de valor para después de la guerra. El capital está subordinado a las necesidades de la estrategia económica militar de confrontación Occidente/China. Las cadenas de valor serán rediseñadas políticamente.

El 7 de octubre de 2022, justo antes de la celebración del Congreso del Partido Comunista de China, la balcanización de la mundialización cruzó otro umbral. Las 135 páginas de productos que Estados Unidos prohíbe exportar a China presagian un agravamiento de las relaciones entre los dos países. La venta de semiconductores, indispensables para el desarrollo tecnológico, está vedada a todas las empresas, no solo estadounidenses, acompañada de amenazas de represalias económicas ante la más mínima violación de esta prohibición.

Thomas Friedman, periodista de asuntos exteriores del *New York Times*, dice al respecto: “Por si no te has dado cuenta, déjame advertirte sobre el espectacular giro de los acontecimientos: Estados Unidos está ahora simultáneamente en conflicto con Rusia y China”. “Ya no hay ninguna posibilidad de reconciliación”, dijo una fuente china anónima citada por el canal de noticias de negocios Bloomberg.

Samir Amin hablaba de una reorganización del imperialismo después de la Segunda Guerra Mundial, a la que definió como un “imperialismo colectivo”; es decir, una alianza entre Estados Unidos, Europa y Japón, que bajo el mando norteamericano debían dividirse la renta/producción mundial. Esta alianza ha beneficiado, principalmente, a los

estadounidenses, que, si nunca han ganado una guerra en el Sur global, han obtenido una victoria tras otra contra sus aliados.

Entre la década de 1970 y hoy, ha habido un cambio en el “enemigo” estratégico, económico/político de Estados Unidos. A medida que se desarrolla la globalización, el “enemigo” cambia de identidad: no es, sin duda, el “terrorismo” como creía ingenuamente Estados Unidos, sino el crecimiento del Sur global, del cual China representa el punto más avanzado.

El Departamento de Defensa estadounidense difundió, en el mes de octubre, su “Estrategia de Defensa Nacional 2022”, en la que afirma que “el desafío más completo y serio a la seguridad nacional de los Estados Unidos es el esfuerzo coercitivo y cada vez más agresivo de la República Popular China para remodelar la región del Indo-Pacífico y el sistema internacional para satisfacer sus intereses y tendencias autoritarias”. Mientras China trata de evitar el enfrentamiento, consciente de su inferioridad militar, Estados Unidos lo busca por todos los medios, consciente de que no puede demorarlo demasiado, so pena de encontrarse en una situación desfavorable.

Del imperialismo

La mundialización, a caballo entre los siglos XIX y XX, cambia radicalmente el capitalismo porque, entre otras cosas, se establece en su interior una nueva relación entre Estado y capital. El concepto de

imperialismo captura perfectamente este punto de inflexión: la acción soberana, la acción administrativa y la acción militar son absolutamente necesarias en esta nueva etapa para la vida y el desarrollo del capital (como también para el desarrollo de la tecnología y la ciencia).

Carl Schmitt resume ya en los años 1920 el nuevo papel del Estado, forjado durante la mundialización/colonización y consolidado por la Gran Guerra: intervención sobre los salarios, sostén de la renta de segmentos enteros de la población, al tiempo que garantiza “gigantescos subsidios a los diversos sectores de la economía” y la actividad legislativa en todos los aspectos de la vida social y económica. Este amplio espectro de acciones ya entonces requería que el 53 % del producto nacional pasara por su administración. Es aquí donde nace la máquina Estado-capital. Los desarrollos posteriores solo confirmaron esta “alianza”, en la que, según las fases, sobresalen el capital o el Estado, la acumulación o la guerra.

Las dos últimas mundializaciones (la que se está fragmentando ahora y la que llevó a la guerra de 1914) han sido hegemonizadas por el capital financiero. Durante la primera, Nikolái Bujarin había afirmado que la hegemonía del capital financiero implica necesariamente el imperialismo, porque la exportación de capital, así como de mercancías de las que el capital tiene una necesidad vital, sólo podría hacerse bajo estas condiciones.

Pero la definición de capital financiero corre el riesgo de ser ambigua si no se la asocia a la acción del Estado, los monopolios y al uso de la fuerza

militar. Esto es absolutamente evidente en el caso de Estados Unidos, donde la fuerza extraeconómica forma parte de cada decisión “económica” relativa a la función del dólar en el mercado mundial y entra allí como su presupuesto: entonces debemos hablar, más bien, de un dispositivo de fuerzas, donde la acción de Wall Street (capital financiero propiamente dicho) es inseparable de la acción monetaria de la *Fed* (Estado norteamericano) y del Pentágono (fuerza militar y, lo más importante, fuente de financiamiento, de investigación y de producción tecno-científica). Y para tener un cuadro completo y preciso se debe agregar la estrategia de las empresas financierizadas, de las que una parte de las súperganancias –en aumento constante– son rentas monopólicas que, a su vez, no paran de crecer. De hecho, es el Estado norteamericano, y su despliegue de fuerzas armadas en todo el mundo, el que juega un papel fundamental en el cambio de los modos de acumulación entre los años 1960 y 1970, como lo fue antes durante las dos guerras mundiales. En lugar de ser un “proceso sin sujeto”, la acumulación es el resultado de una estrategia político-militar.

Rosa Luxemburgo define al imperialismo como el dispositivo que mantiene unidas la acción económica y la acción político-militar. El estadio final del capital, “¿puede ser alcanzado en la realidad?”, se pregunta. Y agrega: “Se trata, en verdad, de una ficción teórica, porque la acumulación de capital no es solo un proceso económico, sino político”.⁶

Y cierra Rosa Luxemburgo: “En realidad, la violencia política es también instrumento y vehículo del

proceso económico (...). El capital no solo está ‘chorreando sangre y lodo’ en su nacimiento, sino a lo largo de su expansión por el mundo”.

Si Marx a veces parece conceder la existencia de automatismos económicos y monetarios movidos por leyes autónomas (como los “fetiches”, que, creados por la mano del hombre, están animados por su propia vida), con el imperialismo, la posibilidad de un “proceso” sin voluntad política y sin la estrategia de un sujeto colectivo es inconcebible.⁷

El imperialismo es la forma moderna que asume el capitalismo inmediatamente después de la muerte de Marx y que nunca ha abandonado, más bien se ha perfeccionado continuamente para alcanzar la forma sofisticada del imperialismo monetario y financiero que utiliza, sin distinción, la violencia indirecta de la moneda y la violencia directa del uso de la fuerza.

Es la imagen tercermundista del imperialismo, ocupado en colonizar el mundo entero *según la lógica del desarrollo desigual*, la que ha funcionado como repelente para el pensamiento crítico (partiendo del obrerismo). Como si la “colonia” no fuera tan moderna como las fábricas de Inglaterra o las de Detroit. Y como si la dominación del imperialismo del dólar no fuera una nueva forma de colonialismo que perfecciona las técnicas de expropiación colonial (aunque no territorializada).

El “error político” según Rosa Luxemburgo

Siguiendo a Rosa Luxemburgo, llamamos “error” teórico-político a la falta de elaboración de conceptos

capaces de captar la naturaleza del nuevo imperialismo por parte del “pensamiento del 68”; error que se reproduce en los años del cambio de siglo, que, en lugar de ignorarlo, como hicieron la mayoría de estas teorías “críticas”, algunas directamente proponen eliminar dicho concepto por irrelevante (Negri y Hardt).

Rosa Luxemburgo no se deja intimidar por la autoridad de Marx y discute frontalmente su concepto de capital: “Marx había desarrollado su análisis de la acumulación en un momento en que el imperialismo aún no había surgido en el escenario mundial; la hipótesis sobre la que descansaba el análisis marxiano es que la hegemonía definitiva y absoluta del capital en el mundo excluye *a priori* el proceso del imperialismo”.

Luxemburgo habla de un “error” de Marx, pero subrayando la diferencia entre sus errores –mayormente fructíferos–, y los “vulgares de sus seguidores”, entre los que podemos incluir a muchos teóricos contemporáneos que asumen el “dominio exclusivo y general del capital” como potencia inmanente que no conoce límites, sino solo obstáculos que continuamente plantea y supera. En ese progreso incesante, los Estados pasarían a ser meros componentes, subordinados a una máquina económica mundial supranacional. En cambio, es dentro de la mundialización, estudiada y criticada por Rosa Luxemburgo, que el capital demuestra que no puede ejercer “una dominación absoluta y exclusiva”: necesita del Estado y de sus sistemas administrativos y militares para sobrevivir y prosperar.

Rosa Luxemburgo subraya la imposibilidad de acumulación en las condiciones señaladas por Marx, porque requiere la explotación de nuevas “regiones” no capitalistas, explotación que no puede llevarse a cabo solo con sus armas económicas. El imperialismo surge del problema de la realización de la plusvalía, necesita la exportación de mercancías y de capitales a países y regiones que aún no están completamente sometidos a la producción capitalista y debe vencer la resistencia de los pueblos de las colonias ocupadas y la competencia de otras máquinas imperialistas. Programa que requiere el uso masivo de la fuerza extraeconómica.

Sin la acción del Estado, el capital no puede sobrevivir ni económica ni políticamente, ni dentro de su territorio ni en el mercado mundial.

Dentro de sus fronteras, el capital tampoco puede enfrentar solo la lucha de clases, que ha alcanzado niveles de enfrentamiento muy altos en las revoluciones del siglo XX. Revoluciones que, incluso habiendo sido derrotadas, sedimentaron “demandas” de ingresos, salarios y beneficios que el capital no puede garantizar sin las políticas fiscales y de bienestar aseguradas por el Estado. Externamente, en el mercado mundial, la competencia no es solo económica, también es entre potencias políticas y potencias militares.

El Estado, por su parte, no puede sostenerse dentro de su territorio, ni fuera de él en el mercado mundial, sin el aporte del capital. Su legitimidad ya no puede derivar de la “preservación de la vida” hobbesiana que, en cambio, debe ser asegurada por

el empleo, los salarios, los ingresos, el bienestar. Su potencia militar y política en el mercado mundial depende directamente de la cantidad y calidad de su “producción”.

El capitalismo se mueve dentro de nuevas contradicciones que Marx no podía prever, tensionadas entre los dos polos, el Estado y el capital.⁸ Ambos apuntan a una acumulación sin fin, el primero de potencia, el segundo de ganancia, razón por la cual no pueden identificarse, sino que persiguen fines relativamente heterogéneos, constituyendo una sola máquina de guerra. Esto es particularmente cierto para los grandes Estados contemporáneos, como Estados Unidos, China, Rusia, etc., que ejercen su soberanía sobre “grandes territorios”. Solo por ellos podemos hablar de imperialismo. Los Estados europeos que lo inventaron ya no pueden practicarlo porque no tienen los números demográficos, espaciales y económicos para imponerlo.

El capital es la expresión de una doble dinámica absolutamente contradictoria: por un lado, tiende continuamente a mundializarse, a expandir su producción y su financierización en el mercado mundial. Es una fuerza de desarraigo que también parece atacar las fronteras, los confines de los Estados. Por otro lado, no puede completar esta mundialización, porque para realizar la plusvalía, para sostener la competencia en el mercado mundial y para garantizar la paz interna, debe estar anclado a un Estado, a una moneda que solo puede ser nacional y a un monopolio legítimo de la fuerza que solo puede estar vinculado a una nacionalidad. No hay, por

definición, ningún Estado mundial que pueda acompañar el devenir mundial del capital.

La “líquidez” del capital debe “solidificarse” cada vez, en la propiedad, reterritorializarse en la Nación, en el racismo, en el sexismo, en el Estado y en su armamento. La “sociedad líquida” es solo ideología, narración, *storytelling* del poder.

Esta contradicción está perfectamente expresada por la “moneda” del imperialismo norteamericano, al mismo tiempo moneda nacional de Estados Unidos y moneda internacional utilizada para los intercambios en el mercado mundial, que, sin embargo, debe servir a los intereses del país que controla su creación/destrucción.

El dólar siempre ha sido la moneda norteamericana, solo que desde 1971 los norteamericanos le han dicho al resto del mundo: “Es nuestra moneda y su problema”. Y, durante mucho tiempo, pareció que el dólar podía cumplir la función de moneda internacional y servir a los intereses de “todos”. Pero la crisis de 2008 desmintió esta falsa evidencia de una mundialización “feliz”, favorable a todos los Estados, y la moneda se volvió ferozmente “norteamericana”. La guerra también hace que se vuelvan “nacionales” las producciones. Estados Unidos trata desesperadamente de repatriar la producción que había reubicado (400 mil millones de dólares en concesiones, subsidios para empresas que regresan y se instalan en suelo estadounidense). Como desde hace cincuenta años el capitalismo estadounidense tiende a mundializarse pero, inevitablemente, partiendo de la base del Estado

norteamericano, al que tiende a volver cuando la mundialización se atasca.

El imperialismo se mueve continuamente dentro de esta tensión entre polos opuestos. La contradicción no se puede resolver, no se puede reconciliar en una síntesis. Solo puede ser gestionada, regulada, gobernada por una estrategia político-militar, a mil kilómetros de la “gubernamentalidad” (Foucault) y de la gobernanza *mainstream*.

Los críticos del concepto de imperialismo, ante la imposibilidad manifiesta de un orden imperial supranacional, se aferran desesperadamente a la mundialización: la consideran un hecho incontrovertible, resultado que no tiene vuelta atrás, como si la mundialización no estuviera siempre socavada por una multiplicidad de mundializaciones, producidas y gestionadas por diferentes máquinas de Estado-capital que tienden, cada una, a expandirse sin límites, en detrimento una de otra y en competencia entre sí. En la fase ascendente del ciclo, parecían complementarse armoniosamente (Estados Unidos-China, sobre todo). Pero en realidad, tienen intereses divergentes y persiguen objetivos distintos que, con motivo de la primera gran crisis (2008), se manifiestan abiertamente, y que estallan luego en guerra (2022).

La mundialización se está reconfigurando según lógicas políticas (entre máquinas de Estado-capital aliadas y contra otras máquinas-Estado hostiles), como en realidad siempre ha sido. La guerra pone claramente de manifiesto el papel del Estado en el funcionamiento del “mercado” y la economía. En la

crisis y sobre todo en la guerra, la relación constitutiva de la máquina bicéfala Estado-capital se inclina a favor de la primera. Es el primer término el que se apodera violentamente del segundo.

No es el mercado el que distribuye los recursos según las leyes de la economía, sino el Estado el que decide qué, quién y a quiénes se puede exportar, dónde y cómo se produce, cómo y cuánto se debe gastar (priorizando las inversiones en armamentos, reduciendo los gastos y derechos sociales, etc.) según las leyes de la política y de la potencia. Así, también las mercancías, y sobre todo la tecnología y la ciencia, descubren que tienen una “patria”.

El nacionalismo, un invento del capitalismo

El capital está atrapado en otra terrible contradicción política que se manifiesta plenamente con el imperialismo, haciéndolo oscilar entre el cosmopolitismo y el nacionalismo.

El concepto de “capitalismo nacional”, que desde el punto de vista del “gobierno exclusivo y general del capital” (el capital de Marx) es una contradicción en los términos, es la realidad del capitalismo perfectamente expresada por el concepto de Imperialismo.

El “nacionalismo” no es un fenómeno externo al funcionamiento del capitalismo, no es una reacción a su desterritorialización, a su desarraigo productivo. Es, en cambio, un componente fundamental de su funcionamiento, porque el Estado y su fuerza armada, indispensables para este funcionamiento, son siempre nacionales.

Las afirmaciones de Marx contenidas en el *Manifiesto* (“Las separaciones nacionales y los antagonismos de los pueblos están desapareciendo cada vez más con el desarrollo de la burguesía, con la libertad de comercio, con el mercado mundial, con la uniformidad de la producción industrial y las correspondientes condiciones de ‘existencia’”) han sido contradictorias en la práctica porque el capital, al actuar siempre en conjunción con el Estado, no puede salirse de esta relación. Marx es, aquí, traicionado por la tarea universalizadora y revolucionaria que atribuye al capitalismo. Con el imperialismo y su bicéfala máquina de Estado-capital, hemos entrado en otra era en la que la universalización parece ser, todavía, el objetivo, al tiempo que se evidencia como un problema insuperable.

Las contradicciones del imperialismo no tienen solución, porque está atrapado en una doble imposibilidad: la imposibilidad de volverse mundial completando la mundialización (“Tendiendo a convertirse en una forma mundial, se rompe a causa de su incapacidad para ser esta forma mundial de producción”); pero también la imposibilidad de nacionalizarse, de replegar la producción/financierización dentro de las fronteras del Estado cuando estalla primero la crisis y luego la guerra.

Cuando la imposibilidad de la globalización se manifiesta a través de polarizaciones de clase dentro de la Nación y polarizaciones entre Estados en el mercado mundial, el nacionalismo es la solución política obligatoria pero siempre peligrosa. La territorialización fascista y nazi es el peligro que se cierne sobre todo nacionalismo. A pesar de estas

experiencias desastrosas, la máquina Estado-capital se ve obligada a deshacer la mundialización que había ayudado a construir con otros imperialismos.

El repliegue de la universalidad del capital, de la moneda, de la tecnología, de la ciencia, del territorio y de la identidad de una nación es siempre la promesa de una violencia interna y externa cuya gubernamentalidad no puede ser asegurada por el neoliberalismo, sino por nuevas formas de fascismo, autoritarismo, populismo. La creencia en la universalidad de la moneda, del capital, del mercado genera monstruos (la guerra). Las contradicciones y las oposiciones existen, no las inventó Hegel, quien, al contrario, las apaciguó; no son solo máscaras de las diferencias. Son muy *reales* y producen guerras de todo tipo.

El capitalismo realmente existente ve en su centro el poder del imperialismo del dólar, mientras que el pensamiento dominante nos ha impuesto la centralidad del neoliberalismo. Antes de ver concretamente cómo esta política imperial en el espacio del mercado mundial genera una guerra en Ucrania y antes de comprender cómo los movimientos contemporáneos se desarman frente a la nueva etapa política, intentaremos analizar la relación del nuevo imperialismo con el neoliberalismo, y la confusión, los malentendidos, los límites del pensamiento crítico a partir de su concentración exclusiva en el segundo, ignorando prácticamente al primero.

Notas

1 Para un análisis en profundidad de este tema, me permito referirme a mi libro *¿Te acuerdas de la revolución? Minorías y clases* (Eterna Cadencia, Buenos Aires, 2022).

2 Los “mercados externos” (colonias) de Rosa Luxemburgo, las “exportaciones internas” de Kalecki (gasto público financiado por déficit, consumo privado, también definido por Sweezy como “colonización interna”) y la inversión en armamento sustentan la demanda efectiva y, por lo tanto, la creación de plusvalía y su crecimiento. Permiten que las ganancias se eleven por encima del nivel determinado por la inversión privada y el consumo de los capitalistas (de todos modos, incapaces por sí mismos de realizar el excedente producido).

3 En *Guerra o revolución. Porque la paz no es una alternativa* (Tinta Limón, Buenos Aires, 2022) traté brevemente las posiciones de Kalecki.

4 Dicen Paul Sweezy y Paul Baran en *El capital monopolista. Ensayo sobre el orden económico y social de Estados Unidos* (Buenos Aires, Siglo XXI, 1982): “Durante la fase en que se libra la guerra, la demanda militar se dispara naturalmente (...) mientras que la demanda civil se reduce. En el caso de bienes duraderos de uso civil, la producción puede incluso cesar por completo (...). Las plantas existentes se reconvierten a producción de guerra”. Las consecuencias: “La conversión de fábricas de guerra en producciones de paz”, que implica la demolición de muchas plantas, “desemboca en inversiones con capacidad de absorber grandes cantidades de excedentes durante muchos años seguidos”.

5 Qiao Liang y Wang Xiangsui, *Guerra sin restricciones*, Buenos Aires, Círculo Militar, 2021.

6 Digo entre paréntesis que es un poco ridículo descubrir hoy que el capitalismo es político cuando siempre lo ha sido, pero

sobre todo desde finales del siglo XIX, algo de lo que tanto Lenin como Rosa Luxemburgo fueron perfectamente conscientes. La fórmula de matriz weberiana “capi-talismo político” (que interconecta lo político y lo económico) ignora evidentemente las teorías de los revolucionarios de la primera mitad del siglo XX y, de hecho, la interconexión entre “lo eco-nómico y lo político” es una simple variante de la geopolítica que, como el capitalismo político, no conoce la lucha de clases. Y por *político* no debemos entender solo la intervención administrativa y jurídica del Estado, sino también su acción militar y soberana.

7 No hay poder que no se ejerza a través de objetivos y estrategias, pero esto no significa que estos últimos resulten de la elección y decisiones de un sujeto individual (o de un comité central de empresarios). El imperialismo del dólar se define por la acción de una multiplicidad de sujetos (económicos, políticos, militares), no necesariamente coordinados, con intereses incluso diferentes; es el fruto de una estrategia que se fabrica haciéndose, a través de aciertos y errores, victorias y derrotas, que permiten modificar, reconfigurar, calibrar el “proyecto” mientras se ejecuta. Pero partiendo de un objetivo clave, de una voluntad fuerte: derrotar a la revolución, derrotar al enemigo político que acecha en ella. “Acción intencional y no subjetiva” (no de un sujeto, no individual), diría Foucault. En el imperialismo del dólar, en suma, el factor determinante no es la relación entre dinero y deseo (Keynes retomado por Deleuze y Guattari), sino entre dinero y estrategia, entre el dólar y la “voluntad política” estadounidense.

8 Se podría reservar el término “capital” para la definición marxiana del proceso productivo, y el término “capitalismo” para la máquina Estado/ capital/fuerza militar y para la multiplicidad de sujetos que actúan en ella, una vez más descritos por Marx en el *Dieciocho brumario*.

Capítulo II

Los pocos siempre fueron ministros de los
pocos y de los más poderosos.
Nicolás Maquiavelo

El capitalismo no es neoliberalismo

Es difícil imaginar cómo pudo creerse alguna vez que existía la posibilidad de la constitución de un Imperio supranacional y no soberano (Negri y Hardt), capaz de sustituir al imperialismo unilateral del dólar. Estados Unidos destruirá, con la fuerza de las finanzas o de las armas, cualquier intento de independización de este sistema financiero unilateralmente constituido y unilateralmente dirigido, sin el cual su decadencia ya no sería relativa, sino absoluta. Puede, además, amenazar a cualquiera con la exclusión del sistema monetario y financiero: “Si no acepta financiarnos gratis, terminará como Cuba, Venezuela, Irán o, peor, como Sadam Huseín y Gadafi”.

Pero partiendo del imperialismo del dólar, podemos preguntarnos qué es realmente el neoliberalismo. Porque hay una enorme discrepancia entre el funcionamiento de la máquina económico-política imperialista, centrada en el régimen del dólar, y las categorías *ordoliberalismo* y *neoliberalismo*,

obsesivamente agitadas por los intelectuales, medios de comunicación y políticos centrados en la competencia y el mercado. Incluso, se podría decir que actúan exactamente de manera opuesta.¹

El pensamiento crítico contemporáneo ha seguido, sin dudar, a Michel Foucault y sus lecciones sobre el ordoliberalismo y el neoliberalismo, que contienen una problemática definición del capitalismo contemporáneo. Los límites del pensamiento filosófico-político de los años 1960, y en especial de los 1970, que tuvieron una gran influencia en el desarrollo teórico posterior, están incluidos en sus conceptos de *capital* y *capitalismo*, que han sido desmentidos por el desarrollo de los últimos cincuenta años, porque todas estas teorías expulsan de su definición al concepto de imperialismo.

Es significativa la particular “revisión” foucaultiana del concepto de *capitalismo* porque se asume como un punto de vista crítico cuando, en realidad, se subordina a la iniciativa político-ideológica de la máquina Estado-capital de los años 1970 y 1980. Su punto de vista sobre la biopolítica y el neoliberalismo se puede tomar como un ejemplo de estas dificultades, sin mencionar el fracaso del pensamiento crítico, incapaz de comprender el surgimiento de la contrarrevolución del capitalismo imperialista y su relación con el Estado, con la guerra y, más en general, con las luchas de clases.

El juicio que hace Foucault del capitalismo, compartido también por muchos marxistas, no capta su profunda transformación, operada entre finales del siglo XIX y principios del XX, y que sigue siendo

la matriz de nuestra actualidad. De aquí derivan malentendidos y confusiones (sobre todo, de los conceptos de *biopolítica* y *neoliberalismo*), que han afectado profundamente lo que suele definirse como *pensamiento crítico o revolucionario*.

En *La voluntad de saber*, Foucault declara que la apropiación de la riqueza por parte de la aristocracia en la era del feudalismo, que considera como el ejercicio de un *poder negativo*, ya no es operativa. En la sociedad feudal “el poder se ejercía esencialmente como instancia de deducción, mecanismo de sustracción, derecho de apropiarse de una parte de las riquezas, extorsión de productos, de bienes, de servicios, de trabajo y de sangre, impuesto a los súbditos”. Derecho de dominio sobre las cosas, el tiempo y la vida. Ahora, con el advenimiento del capitalismo, estos dispositivos *negativos* de captura pasarían a ser marginales, porque serían reemplazados por relaciones de poder *positivas*, “de incitación, de reforzamiento, de control, de vigilancia, de aumento y organización de las fuerzas”. En lugar de prevenir, prohibir, bloquear las fuerzas, el capitalismo las hace crecer, las fortalece, las produce.

Es una concepción que podría ser compartida por la economía clásica que había librado una dura batalla contra la renta y los “rentistas”. También le debe mucho a Marx y a su insistencia en el capitalismo como una revolución de la producción contra las fuerzas del Antiguo Régimen. Ahora bien, el capitalismo contemporáneo no es solo, ni principalmente, un capitalismo de producción, porque son las oligarquías, en las que renta y ganancia se confunden,

las que son hegemónicas y dirigen. Para usar las propias palabras de Foucault, el imperialismo del dólar funciona precisamente como “impuesto, mecanismo de sustracción, derecho de apropiarse de una parte de las riquezas, extorsión de productos, de bienes, de servicios, de trabajo y de sangre, impuesto a los súbditos”.²

Foucault consideraba a Lenin poco más que un político, sin embargo, es a través de él (como a través de Rosa Luxemburgo y de los demás revolucionarios de la primera mitad del siglo XX) que hay que leer el capitalismo. Sobre todo, porque en su época se produce un cambio radical en el “modo de producción”, que manifiesta todas sus novedades en la Primera Guerra Mundial: los bolcheviques captan perfectamente estos cambios que Foucault ignora por completo (su concepto de *guerra*, utilizado en la primera parte de los años 1970, se detiene ante el advenimiento del imperialismo y las guerras totales, y su concepto de *guerra civil*, antes del surgimiento de la guerra civil mundial).

El cambio se puede expresar de manera muy simple: la fórmula marxiana del capitalismo como “producción para la producción” se convierte en “producción para la renta”, en la que se superponen la ganancia y la renta.

Foucault hace que la función del poder (incluso económico) sea absolutamente positiva precisamente cuando la hegemonía de la renta es un síntoma de que la función “revolucionaria” (Marx), la función productiva del capital, si alguna vez existió, se está agotando. No en el sentido de que la

producción desaparezca: es evidente que el aumento de la producción y de la productividad es vertiginoso. Pero también es vertiginosa la destrucción que acompaña a este “crecimiento” (después de la guerra, los ecologistas llamarán “gran aceleración” a la destrucción que acompaña al formidable “crecimiento” debido a las reconstrucciones de las economías destruidas por la guerra). Con la reversibilidad de la renta y la ganancia, también la producción y la destrucción se vuelven reversibles. Cuanto más aumenta la producción, más aumenta la destrucción, los saltos de productividad son saltos de destrucción. “De ser progresista, el capitalismo se ha vuelto reaccionario”, decía Lenin ya en 1915.

Por lo tanto, el papel *negativo* del poder, en lugar de desaparecer, crece proporcionalmente a la función positiva, productiva, del poder mismo. Las primeras víctimas de esta concepción *positiva* del poder que va en contra de su ejercicio real son las guerras y las luchas de clases, consideradas expresiones de un “negativo” ya superado. Por otro lado, lo negativo, tanto de la lucha de clases como de la destrucción que produce el capital, corroe continua y obstinadamente lo positivo desde adentro, proceso que termina en la guerra.

La fase ascendente del ciclo del capital, donde la producción y la destrucción van de la mano, termina rápidamente y es la segunda la que finalmente supera por completo a la primera: destrucción de la guerra, destrucción de las sociedades donde hay una guerra civil más o menos progresiva, destrucción ecológica del planeta. Lo negativo concatena

estas diferencias internas, llevando la destrucción a un nivel aún desconocido para la humanidad.

El ordoliberalismo y el neoliberalismo serán leídos a través de esta concepción positiva del poder, mientras se ignoran las funciones *negativas* de la renta, de las finanzas, de los monopolios y de las guerras encarnadas por el imperialismo del dólar. La contradicción será resuelta por el ordoliberalismo y el neoliberalismo, ya no rindiendo cuentas, sino enmascarando conscientemente, bajo el mercado y la competencia, el funcionamiento de la máquina imperialista –u, otra posibilidad, ignorándola inconscientemente: este parece ser el caso de Foucault, pero también de todos los críticos de izquierda del neoliberalismo (Dardot, Laval, Wendy Brown, Colin Gordon, Barbara Stiegler, etc.)–. La ceguera no es una justificación, de hecho, no ver es una consecuencia de puntos de vista teóricos y políticos.

El imperialismo del dólar es uso de la fuerza, dominación arbitraria, cínica, que utiliza las relaciones de fuerzas determinadas por las guerras (mundiales y de otro tipo): una lucha por la hegemonía planetaria, el derecho de “vida o muerte” sobre poblaciones y naciones enteras del planeta.

Parece que, el día de su toma de posesión, Alan Greenspan pronunció estas palabras: “Señores, ahora soy el presidente de la Reserva Federal. Durante mi mandato, en esta sala, siempre pueden hablar de lo que quieran, solo hay un tema del que les pido que no hablen, y es el dólar”. No sé si será verdad, pero una cosa es cierta, y es que todas las teorías que han querido criticar al neoliberalismo han seguido al pie

de la letra este “consejo”: ignorar completamente el dólar y hablar, chismosear, divagar sobre el mercado y la libre competencia, el capital humano, la libertad, la libre iniciativa, etc. Empezando por Foucault y siguiendo por una interminable lista de críticos de izquierda. Tratándose del liberalismo, o del ordoliberalismo, hablaban de todo, han hablado de las nuevas formas de relación entre lo económico, lo jurídico y lo político; de los dispositivos de gubernamentalidad y sus nuevas formas de sujeción; de la centralidad de lo jurídico; de las normas; de las reglas; de la “constitución económica”; del concepto de “capital humano”, descuidando escrupulosamente el trato con el poder monetario/financiero, que invalida mucho de lo que escriben y sin el cual no se entiende nada de la contrarrevolución activa desde 1971, ni del neoliberalismo, ni de la guerra actual.

Foucault introdujo la mala costumbre de criticar al neoliberalismo partiendo no del ejercicio real del poder, sino de la forma en la que los teóricos del neoliberalismo hablaban de este en sus libros. Ayer como hoy, de esta forma, uno se convierte en un apéndice ideológico de lo que quería criticar. En *El nacimiento de la biopolítica*, texto de Foucault que lamentablemente hizo escuela en el pensamiento crítico, no hay ni siquiera uno de los rasgos que caracterizaron al capitalismo de la época de Lenin y que siguen caracterizando –incluso aún más acentuados– la máquina de guerra Estado-capital contemporánea: finanzas, moneda, monopolio, depredación, renta, colonización, centralización, soberanía, guerras (de clase, raza, sexo). La agresividad y violencia de las capturas

monetario-financieras y de las guerras impulsadas por el imperialismo para salvaguardar el dólar quedan reducidas al *soft power* de la “gubernamentalidad”.³

En cambio, el neoliberalismo y la biopolítica deben ser juzgados a la luz del “régimen de verdad” de la guerra; de la guerra civil y de las luchas de clases, que son las “verdaderas” tramas de poder en las que el neoliberalismo se limita, por un breve período, a funcionar como una gubernamentalidad pacificadora.

Ya en el siglo XIX, la fuerza desequilibrante del capital –que se desarrolla pasando de crisis en crisis, destruyendo y creando siempre nuevas configuraciones– se concatenaba con la fuerza del Estado, que a su vez expresa su potencia librando una guerra tras otra, de conquista en conquista, sea colonial o continental. Esta conjunción de potencia, cuando fue necesario, barrió al liberalismo clásico con el fascismo y la guerra. Ahora está expulsando, después de haberlas empujado hacia una gubernamentalidad cada vez más autoritaria, incluso a las formas ordoliberales o neoliberales, con nuevas formas de fascismo y nuevas formas de guerra. *Lo que prueba, por si fuera necesario, que el capitalismo (imperialismo monetario/financiero) y el neoliberalismo no son lo mismo.*

¿Por qué el neoliberalismo no es el capitalismo?

Monopolio y centralización

El neoliberalismo se presenta como una forma de poder nueva y autónoma, cuando está subordinada jerárquica y políticamente al imperialismo y a sus

instituciones (la moneda, la deuda, la guerra, las finanzas, la mundialización-dolarización), que no funcionan según *principios diferentes, sino opuestos*.

Las ideologías neoliberal y ordoliberal se han construido sobre dos pilares fundamentales: uno, la negación de la guerra, de la violencia y del uso de la fuerza y su reemplazo por la acción económica y, dos, la doble afirmación de que la competencia funciona, por un lado, como su pacífico y pacificador sustituto y, por otro, como motor del mercado a través del cual lograr el equilibrio. El mercado y la competencia, al producir equilibrio, impiden la formación de centros de poder, que son los que originan desequilibrios, polarizaciones, diferencias, presagio de conflictos.

El funcionamiento real del capitalismo nos muestra una realidad completamente diferente: el mercado y la competencia producen, siempre y necesariamente, el monopolio. El mercado y la competencia determinan siempre la centralización del poder económico en pocas manos, es decir, construyen enormes centros de poder desequilibrantes, polarizadores, diferenciadores, que originan, en ese orden, el conflicto, la crisis, la guerra. El buen capitalista evita la competencia asegurándose posiciones de monopolio. Esta es, desde el principio, la historia del capitalismo que se confirmará, también y sobre todo, en el neoliberalismo.

Para captar la manera absolutamente diferente en que actúa el imperialismo, que implica establecer una clara distinción entre capitalismo y neoliberalismo, nos centraremos, primero, en el concepto

de *competencia* y, luego, en el concepto de *guerra*. El primero juega un papel fundamental en la teoría liberal y neoliberal, como también recuerda Foucault. Para él, como para los ordoliberales y los neoliberales, el binomio mercado/competencia constituye un verdadero “régimen de veracidad”, porque es capaz de producir la “verdad” del proceso de formación de precios y el equilibrio del mercado.

“La esencia del mercado está en la competencia y no en el intercambio”, nos asegura Foucault, que, al describir el punto de vista ordoliberal, parece apreciarlo, si no compartirlo plenamente. Continúa: “La competencia pura debe y no puede ser más que un objetivo, un objetivo que supone, por consiguiente, una política indefinidamente activa. La competencia es un objetivo histórico del arte de gobierno, no es un dato de la naturaleza a respetar”. No sé si Foucault se da cuenta, mientras escribe *El nacimiento de la biopolítica* (quizás los neoliberales más cínicos y más políticos lo sabían), de que *la competencia pura, perfecta y sin distorsiones significa ganancias cero*, por lo tanto, la muerte del capitalismo.

Un emprendedor de Silicon Valley, Peter Thiel, desmantela en dos líneas, y con la arrogancia habitual del capitalista de barricada, todo el sistema teórico-político –es decir, la ideología– del mercado y de la competencia: “Después de todo, el capitalismo y la competencia son antagonistas. El capitalismo se basa en la acumulación de capital, pero, en una situación de competencia perfecta, se anulan todas las ganancias. La lección para un emprendedor es clara, la competencia es cosa de perdedores”.

Los perdedores son los capitalistas que no logran escapar de la competencia y asegurar una posición de monopolio.

La intervención “infinitamente activa” del Estado, para hacer posible la competencia, descrita por Foucault e invocada por ordoliberales y neoliberales, solo puede favorecer la centralización, la concentración del poder en pocas manos y, por tanto, el creciente desequilibrio de todas las dimensiones económicas (renta, patrimonio, bienes muebles e inmuebles). La acción de la competencia no solo produce desequilibrio, sino también el resultado aparentemente paradójico de suprimirlo. La competencia y el mercado, en vez de regular, perturban, haciéndonos pasar de las crisis a las guerras.

Marx y la triple centralización

En el análisis del capitalismo, es necesario mantener firme como régimen de verdad al imperialismo (del dólar) porque une capital, Estado y fuerza militar. El principio de centralización y monopolio opera sobre estas tres fuerzas. Sin la centralización política del Estado, tanto administrativa como militar, y sobre todo sin la centralización del poder ejecutivo, el imperialismo (pero también el “Capital” de Marx) sería imposible. Esta triple centralización, que converge en el imperialismo, no conoce interrupción, ni cambio de tendencia (mucho menos por parte del neoliberalismo); de hecho, no hace más que acentuarse para conducir a la guerra.

La breve reconstrucción de los procesos de centralización y monopolio que proponemos comienza con Marx.

La competencia como elemento central en la construcción de los monopolios ya había sido destacada por Marx: la “lucha de la competencia (...) termina siempre con la derrota de los muchos capitalistas pequeños, cuyos capitales son engullidos por el vencedor, o desaparecen”.⁴ El resultado de la acción de la competencia es la centralización, la absorción de los pequeños capitalistas por los grandes o la salida del mercado de los primeros. Pero la verdadera fuerza centralizadora es el “sistema crediticio”, que constituye –siempre según Marx– “un inmenso mecanismo social para la centralización de los capitales”, porque el crédito brinda “un poder absoluto dentro de ciertos límites de disposición sobre capital ajeno y propiedad ajena, que es también, por tanto, un poder de disposición sobre el trabajo ajeno”.

En el libro III de *El capital*, Marx identifica dos procesos de centralización, uno industrial y otro, más importante, financiero. En ambos casos los procesos de centralización operan a través de la expropiación (renta). El éxito o el fracaso de las empresas capitalistas “conduce, al mismo tiempo, a la centralización de los capitales y, consecuentemente, a la expropiación (...) [que] se extiende aquí desde el productor directo hasta el modesto y mediano capitalista. Esta expropiación constituye el punto de partida del régimen capitalista de producción; llevarla a cabo es su meta”.

En el sistema capitalista, esta “expropiación aparece como la apropiación de la propiedad social por

unos pocos individuos, y el crédito atribuye a estos pocos el carácter de puros y simples caballeros de la fortuna”. La naturaleza abstracta del crédito permite una centralización aún más poderosa, una apropiación por parte de un número aún menor de empresas y un control aún más generalizado de la economía. Porque “la propiedad existe aquí bajo forma de acciones, cuyo movimiento y cuya transferencia son, por tanto, simple resultado del juego de la Bolsa, donde los peces chicos son devorados por los tiburones y las ovejas por los lobos bursátiles”.

Con el crédito, a fines del siglo XIX, se da un salto cualitativo en la construcción de monopolios bancarios que determinarán una hegemonía del capital financiero y de la renta que Marx solo alcanza a captar parcialmente. “El desarrollo del crédito y la enorme concentración de préstamos de dinero en manos de los grandes bancos” es una acumulación que surge de la “acumulación real”, pero que, al mismo tiempo, se diferencia de ella y se desarrolla de manera autónoma, con leyes y comportamientos propios. Las ganancias y pérdidas “como resultado de las oscilaciones de precio de estos títulos de propiedad y de su centralización” en manos de unos pocos “serán cada vez más el resultado de la especulación que se presenta, en lugar del trabajo, como la forma original de adquirir capital, y toma también el lugar de la violencia directa”.

Marx todavía tiene la ilusión –que podemos encontrar también en los marxistas contemporáneos– de que la acción de la moneda pueda sustituir el uso de la fuerza, y de que la violencia directa se incorpore a la

economía y se transforme en el ejercicio de la violencia indirecta. El imperialismo, y sobre todo el imperialismo del dólar, se encargará de demostrar el carácter estructural de la función de fuerza de las políticas monetarias y fiscales. No hay sustitución, sino complementariedad y concatenamiento de dos fuerzas: moneda y uso de la fuerza; finanzas y poder militar.

Engels vivió más que Marx y pudo ver la evolución de la centralización económica con más madurez que su compañero. Ya en 1894 afirmaba que la competencia no es el principio regulador del mercado, sino lo que lo hunde, su sepulturero. La “célebre libertad de competencia” ha tenido su oportunidad y debe “anunciar su evidente y escandaloso fracaso”, porque en “todos los países, los grandes industriales de determinados sectores se reúnen en cárteles con el fin de regularizar la competencia en la producción... Así, donde el nivel de la producción lo permite, llegamos a la concentración de toda la producción de este sector en una sola gran sociedad por acciones con una única dirección”. En la producción británica de amoníaco, “que es la base de toda la industria química, la competencia ha sido por lo tanto reemplazada por el monopolio, y se prepara así, para nuestra gran satisfacción, la futura expropiación por parte de toda la sociedad, por parte de la nación”.

La centralización política y militar

Marx no analiza solamente la centralización económica, sino que en el *Dieciocho brumario* describe perfectamente los mecanismos de centralización política

que *preceden*, y *por mucho*, el proceso de concentración del poder económico en pocas manos. Esto último, sin lo primero, sería imposible. La centralización del poder estatal (soberano, administrativo y militar) comienza con la monarquía absoluta, se acelera con la Revolución Francesa y se profundiza con las represiones ejercidas contra las revoluciones proletarias del siglo XIX. “Este poder ejecutivo, con su inmensa organización burocrática militar, con su compleja y artificiosa maquinaria de Estado, un ejército de funcionarios que suma medio millón de hombres, junto a un ejército de otro medio millón de hombres (...) surgió en la época de la monarquía absoluta, de la decadencia del régimen feudal”.⁵

La Revolución Francesa (“con su misión de romper todos los poderes particulares locales, territoriales, municipales y provinciales”) es la otra importantísima etapa en la construcción de esta “máquina de Estado” centralizadora que Napoleón “llevó a la perfección”. A esta centralización, Marx le hace corresponder un proceso que parece ser su opuesto, una multiplicación y difusión de los dispositivos y técnicas de gobierno y control, porque los “grupos sociales” involucrados directa o indirectamente en la producción aumentan con su expansión. El Estado organizaba “una mayor división del trabajo, que crecía a medida que la división del trabajo dentro de la sociedad burguesa creaba nuevos grupos de intereses y, por tanto, nuevo material para la administración del Estado”.

Debemos enfatizar fuertemente este análisis de Marx, porque encontraremos también en el

imperialismo este doble movimiento de centralización y difusión, de concentración y descentramiento. Marx no cae en la ingenuidad (de Foucault y de los críticos de izquierda que le siguieron) de oponer la soberanía y la centralización del Estado a la multiplicación y difusión de los centros de poder, de las técnicas de control. El poder reside en los procesos de centralización (en las centralizaciones) que mandan, deciden, controlan una multiplicidad social y política amplia y radicalmente subordinada.

Marx también explica los instrumentos del fortalecimiento continuo del poder ejecutivo, la policía y el ejército como parte de la lucha del Estado contra la revolución: “Finalmente, la república parlamentaria, en su lucha contra la revolución, se vio obligada a fortalecer, junto con las medidas represivas, los medios y la centralización del poder del gobierno. Todas las revoluciones perfeccionaron esta máquina, en vez de destruirla. Los partidos que luchaban alternativamente por la dominación consideraban la toma de posesión de este inmenso edificio del Estado como el botín principal del vencedor”.

La tercera centralización opera sobre el uso de la fuerza armada (difusa como centro de poder en la época feudal) y conduce al establecimiento del “monopolio legítimo de la fuerza”. Generalmente, el énfasis está en la “legitimidad”, mientras que el punto de partida, aquí como en economía, es el monopolio. Solo quienes tienen el monopolio de la fuerza, es decir, los más fuertes, ven legitimada su fuerza. Es, entonces, el monopolio el que produce la legitimidad y no al revés. Internamente, el

monopolio de las armas legitima solo la “violencia pública” ejercida por el Estado; la “violencia privada” debe ser regulada no por las armas, sino por los tribunales.

El monopolio de la fuerza neutraliza la violencia dentro de la sociedad y la empuja hacia las fronteras donde se ejerce contra un enemigo externo. La pacificación interna se materializa en “sistemas electorales” que constituyen una forma ejemplar de “juego político” y, por tanto, de “guerra limitada interna” (con “vencedores” y “vencidos” compitiendo por salarios, bienestar, poder, etc.) que, sin embargo, siempre puede convertirse en una verdadera guerra, es decir, en una guerra civil como sucedió a lo largo del siglo XX. El monopolio de la fuerza se ejerce entonces contra un enemigo interno del que el bolchevismo ha constituido un modelo.

A partir del siglo XVII, para el ejercicio legítimo de la fuerza, se configuraron ejércitos regulares, que luego la Revolución Francesa transformó en *ejércitos populares* y que jugaron un papel decisivo en los procesos de constitución de monopolios económicos en la segunda mitad del siglo XIX, a través de las conquistas coloniales y las dos guerras mundiales, así como con la masacre de las revoluciones decimonónicas. En 1933, Simone Weil señaló que en 1792, durante la guerra revolucionaria en Francia, “la técnica militar estaba todavía lejos de haber alcanzado el mismo grado de centralización que tenemos hoy; sin embargo, con Federico II ya era fuerte la subordinación de los soldados encargados de realizar las operaciones al mando central”.

La guerra, incluso revolucionaria, da nacimiento a un aparato de mando centralizado que seguirá fortaleciéndose. De manera más general, tanto la guerra como la producción siguen un camino paralelo: no hacen más que “poner cada vez más brazos o vidas de las masas a disposición de los dispositivos de mando”. La producción y la guerra se vuelven cada vez más “colectivas”, mientras que la centralización de las funciones de mando y decisión están en manos de un número cada vez más reducido de personas.

A la centralización de la producción y a la centralización de los títulos de crédito se suma otro proceso fundamental de centralización: el de los seres humanos. Un salto más en la centralización militar se dará con el desmantelamiento de la conscripción (servicio militar obligatorio) y la formación de ejércitos profesionales que conjuren el peligro de los “soviets de soldados”, preocupación constante de la burguesía y el Estado por la función que han ejercido en todas las revoluciones.

Lenin y el nuevo capitalismo: el imperialismo

Estos procesos se fortalecen enormemente tras la muerte de Marx porque el capital financiero se vuelve hegemónico y porque el Estado, su fuerza armada y administrativa, juegan un papel decisivo en la acumulación interna y la depredación colonial externa. Con la mundialización y con la Primera Guerra Mundial, el capitalismo dará un salto de calidad que los revolucionarios de la época denominan “imperialismo”.

La matriz del capitalismo contemporáneo no se encuentra en el capitalismo posterior a la Segunda Guerra Mundial, que fue un brevísimo paréntesis (de 25 años) de su larga historia, sino en la máquina de Estado-capital imperialista analizada y criticada por Rosa Luxemburgo, Hilferding, Trotsky, Lenin, etc.

Solo se puede hablar verdaderamente del mercado mundial a partir de Lenin: “Justamente se atribuye a Lenin el mérito de haber advertido el pasaje de la competencia al monopolio, de la exportación de mercancías a la exportación de capital, en una representación teóricamente significativa” capaz de captar, al mismo tiempo, la “tendencia al desarrollo del mercado mundial y las contradicciones que eso crea”. Las críticas formuladas a las posiciones de Lenin por parte del obrerismo de Luciano Ferrari Bravo no impiden reconocerlo como “el último gran esfuerzo teórico creativo del marxismo”, que, en todo caso, hay que atravesar para captar la naturaleza del “imperialismo moderno” o “neoliberalismo” norteamericano. De nuevo, según Ferrari Bravo, es solo a partir de Lenin que emerge un punto de vista obrero del desarrollo mundial del capital y se lo fija “como rechazo”.⁶

Los pobres de espíritu (¡y hay muchos!) consideran a Lenin un “perro muerto”. Nosotros, en cambio, lo consideramos un teórico no solo de la revolución, sino también del capitalismo, porque con el concepto de *imperialismo* –a pesar de todas las debilidades teóricas que en este puedan encontrarse– enuncia con certeza política cuatro características que hoy también se pueden hallar en el sofisticado imperialismo del dólar.⁷

1. *Hegemonía del capital financiero*. A partir de finales del siglo XIX, el capital industrial perdió su supremacía en favor del capital financiero, hecho cuyo significado es necesario explicar inmediatamente. La hegemonía del capital financiero significa que es la economía y las clases rentistas las que dominan y controlan la ganancia, hasta el punto de confundir ambas categorías, ganancia y renta. Para Inglaterra y Francia, los dos Estados e imperios coloniales más importantes de la época, la renta jugaba un papel fundamental. De naturaleza esencialmente colonial, se extrae a través del imperialismo, es decir, a través de la acción conjunta y coordinada del Estado y el capital.

Lenin cita un periódico francés de la época que nos revela otra realidad del capitalismo que aún se muestra vigente: la hegemonía de las finanzas, la confusión entre renta y ganancia, no corresponde al sistema político de la democracia, sino al de la oligarquía. “La República Francesa es una monarquía financiera... es una oligarquía financiera... es el usure-ro del universo”.

2. *Colonización*. La colonización es, después de la financierización/renta, la segunda característica del nuevo capitalismo. “Inglaterra, Estado que es dueño de la mayor parte del globo. Estado que ocupa el primer lugar por sus riquezas amasadas no tanto por el esfuerzo de sus obreros como por la explotación de un infinito número de colonias”. En las colonias, el saqueo de los recursos y la exportación de las mercancías y capitales, sin los cuales el capital no podría reproducirse, son inseparables de la intervención militar.

3. *Centralización*: La tercera característica del imperialismo está dada por los procesos de centralización que se han profundizado aún más desde el análisis de Engels. El imperialismo es el encuentro de dos formidables procesos de centralización: el más antiguo y político del Estado y el más reciente y económico del capital, que no son idénticos porque uno se centra en la ganancia y el otro, en el poder.

La “fuerza desmesurada” de este capitalismo está dada por la concentración del poder económico en manos de “un grupo de bancos gigantes, insignificante por su número –tres, cuatro o cinco– (...). Este capital alcanzó tales proporciones a finales del siglo XIX y principios del XX que trasladó su actividad mucho más allá de los límites de cada país, formando un grupo de bancos gigantes con una riqueza inaudita (...), que envolvió al mundo entero con una red de centenares de miles de millones de rublos (...) no hay un trozo de tierra en todo el globo en el que este capital no haya clavado su pesada garra, no hay un trozo de tierra que no esté envuelto por miles de hilos del capital inglés”.

A la fortísima centralización económica (monopolios) corresponde una igualmente poderosa centralización política (Estado), que además ha permitido y hecho posible la primera: “El capitalismo de la época de la libre competencia se convierte en el capitalismo de los *trusts* (...) producto de la fusión de fuerzas gigantescas como el capitalismo y el Estado en un mecanismo único”. Este mecanismo “único” no produce una identificación de Estado y capital, sino que los mantiene unidos en su diferencia. La hemos llamado máquina de Estado-capital.

El Estado interviene directamente en el funcionamiento del capital financiero, del capitalismo industrial, de la sociedad, de la competencia; su acción es decisiva en las conquistas coloniales, en las guerras necesarias para controlar partes crecientes del mercado mundial. El mercado mundial está a su vez centralizado, es decir, tiene su propio centro de poder (Inglaterra), pero en continua disputa imperialista con centros de poder establecidos (Francia) o en vías de afirmarse (Alemania).

4. *La guerra.* En este nuevo capitalismo, la guerra juega un papel fundamental, tanto desde el punto de vista económico como político. No constituye una realidad extrínseca, un “accidente” con el que la acumulación tiene que lidiar ocasionalmente. La gran socialización de la producción en los países del Norte (fenómeno que los obreristas llamaron, en la década de 1960, “sociedad fábrica”) tuvo lugar durante la Primera Guerra Mundial, cuando toda la sociedad se activó (“movilización general”) para producir materiales para la guerra, *para que la producción esté marcada para siempre por la guerra.* La otra gran novedad que traerá la socialización de la producción en función de la guerra será la identidad y reversibilidad de la producción y la destrucción.

El “intelecto general” (la producción depende en manera creciente del desarrollo de la ciencia, la tecnología, la comunicación, el conocimiento, etc.) nació militarizado porque se desarrolló durante y gracias a las dos guerras mundiales. La subsunción de la sociedad al capital y el desarrollo del *general intellect* nacen en y de la guerra, y quedarán marcados por ella

para siempre. Ya no será posible separar lo económico, lo científico y lo tecnológico de lo militar.

La eliminación del imperialismo significa la exclusión de la guerra, de los monopolios y del Estado del funcionamiento del capitalismo. Los monopolios y la competencia entre imperialismos, con la consecuente carrera armamentista, constituyen, en cambio, los procesos de centralización del mando sobre el trabajo en el mercado mundial. Pero el imperialismo es, ante todo, una nueva fase del conflicto de clases, la fase de la revolución mundial, en la que los “pueblos oprimidos” –y ya no la clase obrera– juegan un papel central. Hay un doble salto con respecto a Marx: uno refiere al capitalismo y el otro, a la revolución.

Sweezy señala enérgicamente que el trabajo de Lenin sobre el capitalismo monopolista “fue un avance decisivo en la teoría marxista”. Marx era consciente de la existencia de monopolios en la Inglaterra que había elegido como modelo de funcionamiento del capital. Pero, al igual que los economistas clásicos que le precedieron, no los vio como elementos esenciales del capitalismo, sino como lo que quedaba de las economías feudales y mercantilistas, de las que era necesario abstraerse para captar la verdadera naturaleza del capital. “Marx conoce perfectamente los procesos de concentración y centralización inherentes a la competencia entre capitalistas”, afirma Sweezy, pero no trató de investigar cómo habría sido un capitalismo dominado por monopolios y por las centralizaciones políticas y militares. El análisis marxiano “se basa en el supuesto de una economía competitiva”, porque el material empírico para

elaborar una teoría de los monopolios aún no era suficiente, sugiere el marxista norteamericano.

Con el pleno despliegue del imperialismo, la guerra constituye la fuerza principal que determina la división internacional de la producción y el trabajo en el mercado mundial. Su acción debe estar, como el Estado que la organiza, incorporada al concepto de *capital*, que cambia así de naturaleza respecto a la definición marxiana.

El poder ejecutivo en la Primera Guerra Mundial

El poder ejecutivo juega un papel fundamental en la Primera Guerra Mundial al acentuar las características que Marx ya había puesto en evidencia. Retomo aquí un análisis que realizamos con Éric Alliez,⁸ a partir de un trabajo de Nicolas Roussellier.

Con el estallido del conflicto mundial, los gobiernos –y no los mandos del ejército– resultan ser los más idóneos para movilizar a la nación, a la población, para la guerra total. Es una “guerra de gobiernos” antes que una “guerra de ejércitos”, porque el conocimiento y manejo de los recursos que deben activarse corresponden al poder civil y, de manera particular, al poder ejecutivo. La guerra será, de ahora en adelante, una “guerra en profundidad”, capaz de involucrar a la población, al trabajo, a la industria y a la opinión pública, más que la tarea de un destacamento armado de una nación. La guerra industrial requiere una reconfiguración del poder ejecutivo que no termina con el fin de las hostilidades, sino que continúa hasta el día de hoy. “Al aprender a dirigir

a una nación en guerra, el ejecutivo ha allanado el camino para el retorno de los 'militares' en la definición misma de la naturaleza y funciones del poder político. El retorno de la forma de hacer la guerra a la forma de concebir y organizar el poder ejecutivo abre el camino a una forma de pensar y organizar un ejecutivo de carácter 'político-militar' o político-militar-industrial”.

Si la Primera Guerra Mundial puso en crisis un modelo militar fundado en la separación entre la toma de decisiones por parte del Estado Mayor del Ejército y su ejecución en el campo de batalla, “en la esfera política constitucional, la separación entre legislación y ejecución es igualmente puesta en duda”.

Inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial, el nuevo poder ejecutivo continuó su labor de destitución del poder legislativo y, en general, de la democracia. La necesidad de un método de acción política más rápido y eficaz se siente en todas partes. Carl Schmitt denomina esta nueva práctica gubernamental impuesta por un ejecutivo centralizador como el “legislador motorizado” o “la motorización creciente de la máquina de legislar”.

La dinámica centralizadora del poder ejecutivo no será cuestionada ni siquiera por las democracias surgidas de la guerra contra el nazi-fascismo. Los “decretos” que habían constituido la legislación impulsada durante la República de Weimar son retomados por el De Gaulle de la “France libre”. En Italia, se verifica el mismo fenómeno, incluso en los Treinta Años Gloriosos, con una inflación de decretos-leyes.

El imperialismo norteamericano confirmó y continuó esta organización del mando en la que los poderes económico, ejecutivo y militar están profundamente entrelazados, mientras Europa se engañaba, con Francia e Inglaterra, de que todavía tenían una dimensión imperial, negada clamorosamente cuando, en el *affaire* del Canal de Suez, son regañados como rateros atrapados *in fraganti* por Estados Unidos y la Unión Soviética. Por su parte la articulación de lo ejecutivo, lo económico y lo militar en estas potencias de segundo grado se desplegará con ferocidad contra las luchas de liberación nacional (Vietnam, Argelia, Indonesia, donde los británicos matarán a 500.000 “comunistas”), de las que saldrán derrotados.

En el presente la presidencia de Biden –después del intento de Steve Bannon, durante la presidencia de Trump, de reducir el poder central de los Estados Unidos, que fue rápidamente desestimado– continúa este proceso de centralización del poder ejecutivo. La necesaria subordinación de la cadena de valor a la estrategia político-militar (“OTAN global”) requiere de una mayor centralización del ejecutivo, que en dos años ha emitido 106 “órdenes ejecutivas” (que no necesitan ser convertidas en leyes) y 177 “memorandos” (procedimientos necesarios para aplicar las leyes, pero que muchas veces contradicen las propias leyes, asegurando un poder creciente en manos del presidente).

La supremacía del monopolio sobre la competencia

En 1973 James O'Connor⁹ hace un balance de la economía estadounidense inmediatamente antes del advenimiento del llamado neoliberalismo y el muy real “superimperialismo” y muestra una relación entre monopolio y competencia que proporciona un excelente ejemplo de la coexistencia de centralización (economía monopolista) y de la difusión/descentramiento (economía competitiva), pero según una férrea y precisa jerarquía.

O'Connor describe la economía estadounidense dividida en tres sectores: una economía controlada por el Estado, una economía de los monopolios y una economía de la competencia; es decir, una nueva versión del proceso no contradictorio entre la concentración del poder económico en pocas manos y una producción difusa organizada por la competencia y rígidamente subordinada al primero. Cada uno de estos sectores emplea alrededor de un tercio de la mano de obra, pero con un peso y un poder muy diferentes. El sector de los monopolios se caracteriza por una alta productividad; de hecho, su principal objetivo es su continuo crecimiento. Emplea a una clase trabajadora bien educada y bien organizada en sindicatos, que aceptan aumentos continuos en la productividad a cambio de salarios altos. Produce plusvalía relativa, por lo que se trata de empresas intensivas en capital. El Estado interviene financiando y produciendo, a través de la acción del Pentágono, la innovación tecnológica necesaria para su desarrollo.

En la segunda mitad del siglo, durante el fordismo, los monopolios, en lugar de reducirse, se fortalecen aún más en relación con el capitalismo de Lenin. El proceso de monopolización de la economía, de integración del Estado y el capital, no se revirtió ni siquiera durante el “fordismo”, por el contrario, a partir de la década de 1960, se profundizó y fortaleció. El único monopolio que se regula, por poco tiempo, es el de las finanzas (había causado demasiados estragos, desembocando en las guerras mundiales, el fascismo y el nazismo), pero rápidamente retoma su proceso de concentración, volviendo al centro de las estrategias capitalistas inmediatamente después de la declaración de no convertibilidad del dólar en oro.

El sector competitivo, en cambio, basado en la producción de plusvalía absoluta, se caracteriza por una baja intensidad de capital y una alta explotación de la fuerza de trabajo, que se manifiesta a través de la prolongación de la jornada laboral y de las débiles inversiones en capital fijo. Las ganancias solo pueden crecer manteniendo bajos los salarios, imponiendo malas condiciones de trabajo y horas extras. La clase trabajadora empleada no tiene una buena formación ni tampoco un buen nivel de organización sindical. En la economía competitiva, las nuevas empresas entran y salen del sector con relativa facilidad porque la competencia es fuerte, pero la productividad es baja.

El modelo de mercado en el que opera la “ley” de la oferta y la demanda, y de la competencia, que neoliberales y ordoliberales proclaman como “régimen

de verdad” de la economía, está constituido, en realidad, por un capitalismo andrajoso, pobre, no competitivo a nivel internacional, que *nunca* tuvo la posibilidad de imponerse como el guía de la economía nacional estadounidense.

A principios de la década de 1970, el sector monopólico es la fuerza conductora y rectora de la economía, mientras que el sector donde hay competencia ocupa un papel secundario, subordinado a la lógica e intereses del primero. Incluso en el fordismo, no solo la soberanía estatal no es puesta en crisis por la economía, como cree Foucault, sino que esta, a su vez, nunca deja de soberanizarse a sí misma, intensificando inexorablemente el monopolio y la centralización.

El “neoliberalismo” es la época de máxima centralización

Mientras el llamado *neoliberalismo* –y su supuesta lucha contra los monopolios y contra toda concentración de poder que impida el ejercicio de la libre competencia y la libre iniciativa– hacía estragos, el capital operaba una centralización del poder económico y del poder político que empujaba al de la mundialización precedente.

La nueva configuración (llamada *neoliberal*) de la economía siempre ve al monopolio en el centro, de dos formas diferentes: el monopolio de la máquina imperial norteamericana, que centraliza y planifica el mando sobre la moneda como nunca antes en la historia de la humanidad, y la centralización financiera

que alcanza alturas impensables, mientras que la “producción” puede extenderse por todo el mundo y todo tipo de actividades pueden subordinarse a la lógica de la ganancia.

El *monopolio* contra el que se oponen los ordoliberales y los neoliberales se ha fortalecido aún más a través de la moneda. Solo la Fed *decide*, en complicidad o en tensión con Wall Street y las empresas monopólicas financierizadas, las tasas de interés, la disponibilidad de liquidez, la cantidad de moneda emitida, todas decisiones que tienen efectos inmediatos sobre las economías del mundo.

Ninguna competencia puede desafiar el dispositivo del dólar como moneda internacional, bajo pena de chocar con el Pentágono. Cualquier sistema financiero/monetario alternativo al dólar, capaz de funcionar como medio de pago en el comercio internacional y como reserva del Banco Central, es una declaración de guerra contra Estados Unidos.

No son *el mercado y la competencia* los que fijan los precios de los bienes estratégicos. Los más importantes, los precios del dinero y el crédito, que deciden sobre el desarrollo o la recesión, son prerrogativas del Gran Gobierno de Wall Street y del Pentágono, es decir, de la máquina combinada Estado/capital estadounidense. El precio del dinero y el crédito no depende *de la ley de la oferta y la demanda*. Son, en cambio, establecidos sobre la base de relaciones entre fuerzas dominantes y fuerzas dominadas. El Estado, los bancos y las grandes empresas se defienden por todos los medios de la competencia, porque esta es la causa principal de la caída

de la tasa de ganancia, y, en cambio, trabajan duro y en conjunto para reducirla y/o eliminarla.

Un grupo de economistas marxistas (Brancaccio, Giammetti, Lucarelli), después de un largo y encomiable trabajo de investigación –limitado, sin embargo, a la economía–, concluyó que en Estados Unidos el 80 % de las acciones pertenecen a menos del 2 % de los tenedores de valores. La centralización afecta a todas las máquinas imperialistas, y no solo a Estados Unidos. También según este estudio, China supera a Estados Unidos en el proceso de centralización.

El enorme mercado de derivados está controlado por una serie de bancos que recuerdan a los que refería Lenin, solo que aquí el valor de los títulos controlados es astronómico. El 95,35 % del comercio de derivados es administrado por solo cinco bancos de inversión, enumerados según la importancia del monto controlado: JP Morgan Chase Bank, Goldman Sachs Bank, Citibank, Bank of America y Wells Fargo Bank.

El mismo proceso de centralización se produce en la investigación e innovación: el “mercado” tecnológico está estrictamente controlado por el Pentágono, que lo construyó impulsado por las dos grandes guerras mundiales. Sus decisiones no dependen en modo alguno de la oferta y la demanda, sino de la “seguridad nacional”, un problema que es tanto económico como político. A la centralidad del monopolio monetario se suman nuevos y poderosos monopolios industriales. Todas las nuevas empresas que se consideran estratégicas (informática, comunicación,

producción de armas) son monopolios contruidos gracias a la intervención del Estado, que las transforma inmediatamente en dispositivos productores de renta.

Ciertos monopolios controlados por el Estado durante el fordismo fueron luego privatizados, pero las privatizaciones no impulsaron el régimen competitivo, fortalecieron los monopolios privados. El Estado, liberado de prestar servicios a la población, puede dedicarse a perfeccionar su participación en la máquina de guerra con el capital.

Lo que se recupera y reproduce de la era fordista es el capitalismo “andrajoso”, en el que sí rige la competencia, sobre todo en la gestión de una fuerza de trabajo empobrecida y precarizada. La competencia se aplica de pleno y se generaliza únicamente en la gestión de los oprimidos, que en sus pares solo pueden ver competidores.

Cincuenta años de dominio de la autodenominada libre competencia, del mercado y de la ley de la oferta y la demanda no han hecho más que producir monopolios, cada vez más fuertes y agresivos. La economía capitalista no se ha vuelto competitiva con el neoliberalismo (la única gran competencia concebida, diseñada, construida enfrenta a los trabajadores de la industria deslocalizada del gran Sur contra los trabajadores del gran Norte). Desde este punto de vista, el capitalismo funciona siempre concentrando el poder económico y político, determinando –como lo hizo recientemente– el aumento unilateral de precios.

Dentro de las penurias causadas por la crisis del Covid-19 y por los vientos de guerra, el hecho de

que el sector monopólico se encuentra aún más cómodo fijando los precios no a partir de la relación entre oferta y demanda, sino desde su poder unilateral. También se ha acuñado el término *pricing power* para expresar la relación de fuerzas que los grandes grupos tienen a su disposición para imponer los precios eludiendo las relaciones de competencia, lo que constituye, entre otras cosas, la principal causa de la inflación.¹⁰

La actual guerra nos permite completar la “ley” de la centralización enunciada por Marx (en realidad, no existe una ley, porque no existe ninguna ciencia de la economía política, como no existe ninguna ciencia de su crítica). De la misma manera que la mundialización, la totalización y la centralización no pueden alcanzar su plenitud, tampoco pueden realizarse plenamente. En el mercado mundial, nadie logra erradicar a todos los demás competidores mediante la economía y la acción administrativa del Estado en tiempos de paz. El poder soberano del Estado y la “soberanía” (monopolio) del capital pueden crecer, pero no convertirse en poderes absolutos.

El capital, como el Estado, son centros de poder siempre relativos, pero que pueden volverse “absolutos” a través de la guerra. Los procesos de globalización, de centralización, de totalización que no pueden completarse en tiempos de paz pueden encontrar su realización a través de la guerra. La competencia económica encuentra su cumplimiento en la “competencia” bélica. La guerra es la forma en que el imperialismo, la máquina de Estado-

capital, supera sus contradicciones internas, sus imposibilidades: la imposibilidad de llevar a cabo la mundialización, la imposibilidad de volver a las fronteras del Estado-nación. Donde no llega la fuerza económico-política, llega la guerra. En el marco teórico esbozado por la economía política, pero también por Marx, el poder monetario/financiero no tiene a su disposición la opción de la guerra y, por lo tanto, permanece dentro de los límites de la acción económico-política. En cambio, en el imperialismo del dólar, cuando la máquina político-económica ya no funciona de acuerdo a sus expectativas (no opera la captura de valor necesaria para su reproducción), este no duda en desatar, hoy como ayer, guerras de todas clases y tipos.

Centralización y democracia

En las sociedades occidentales, el sistema político de la contrarrevolución es la *democracia estadounidense* que nace, como “república”, de la conquista de las tierras “libres” (la famosa “frontera” del oeste), del genocidio de los indígenas que las habitaban y del trabajo gratuito de los esclavos africanos. A principios del siglo XX, esta república racial se convirtió, también, en una “democracia social” basada en una sociedad de bienestar (solo para blancos). Más que en realidades institucionales, tanto la democracia como su libertad se fundamentan en el consumo, la mercancía, el consumidor y el *welfare* (consumo socializado, “público”). Prácticamente en el mismo periodo, la “república” de la conquista se

transforma en imperialismo hegemónico, por lo que la “democracia” y el imperialismo antidemocrático se desarrollan juntos, según una jerarquía precisa, quedando la primera subordinada a la segunda, de la que es su contracara.

A partir de los años setenta, en el Occidente capitalista, el sistema político de partidos y el Estado del *welfare* de los Treinta Años Gloriosos se ven atrapados en este doble estrangulamiento estadounidense. Por un lado, se desarrolla el poder “absoluto, meticulado, sistemático, providente y suave” (Tocqueville) del consumo que, a través de la privatización del *welfare*, transforma también los servicios sociales (sanidad, educación, etc.) de “públicos” en consumo privado e individual. Por otra parte, el imperialismo se convierte en imperialismo monetario y financiero, que regula y controla el consumo ya no a partir de los salarios, sino de la deuda privada y pública, cuya financiación deberá pasar por los mercados para desarrollar una renta fuera de toda medida.

Es una democracia de la “circulación” en la que los trabajadores y la producción desaparecen como en la época de Marx, después de haber funcionado como idea reguladora de la política durante un corto período de treinta años. La democracia de partidos y el compromiso capital-trabajo son fácilmente derrocados por los binomios imperialismo-consumo/deuda-democracia. Los dispositivos que comandan esta democracia son manejados por la centralización norteamericana, organizada por las oligarquías de los diversos monopolios (financiero, industrial, militar). Los Estados aliados (sobre

todo Europa y Japón) pierden la soberanía política y monetaria, que es transferida al extranjero: el Banco Europeo es un perrito faldero de cuya correa la Fed tira o afloja a voluntad. La democracia social, consumación de la despolitización de la democracia de clases y de los partidos que las representaban, ya no tiene mucho sentido político y es justamente ignorada (mediante la abstención) por los electores, conscientes de que las decisiones se centralizan en otra parte (en la Fed, Wall Street, el triángulo del Pentágono) y la participación se reduce al consumo de mercancías, imágenes e información. El Estado, como quería Schmitt, ya no es rehén de la lucha de clases por los salarios, los ingresos, el *welfare*, sino que es libre de actuar para la imposición de la contrarrevolución en la que, con sus burocracias administrativas y militares, desempeñará un papel central y decisivo.

La democracia social no se funda en un pacto político (Hobbes, Rousseau, etc., incluso el compromiso capital-trabajo), sino, para decirlo sucintamente, en el carro de compras. Esta es la razón principal de los fracasos de la exportación de la democracia a los países del Sur. Los estadounidenses no pueden garantizar este modelo específico de democracia social (cuesta demasiado) y su expoliación sigue siendo la condición de la democracia.

La producción de libertad no depende del liberalismo, ni siquiera del neoliberalismo (Foucault), sino de un capitalismo convertido en imperialismo desde hace más de un siglo. Esto es cierto solamente para el 20% de la población del centro, porque

para el resto de la población mundial lo cierto es el proceso de empobrecimiento previsto por Marx.

La profundización sistemática de las polarizaciones de la renta, la riqueza y el poder hace saltar por los aires la “democracia social” y su pretendida “igualdad”, también en el centro. En consecuencia, la gubernamentalidad será cada vez más centralizada, jerárquica y autoritaria, hasta desembocar en la gestión de los nuevos fascismos y en la guerra.

La hegemonía del capital financiero/monetario y sus centralizaciones, como en la mundialización anterior, producen sistemas políticos oligárquicos (la otra cara de la democracia social). Esto es particularmente evidente en Estados Unidos, que, tras el derrumbe de la Unión Soviética, con los Wall Street Boys, lo impusieron también en Rusia.

A lo largo del período del triunfo del mercado y la libre competencia, se establecieron tres principales monopolios/oligopolios, gestados por grupos oligárquicos que, tomando el control del Congreso, el Senado y el Departamento de Defensa de los Estados Unidos, comandan el funcionamiento de la economía norteamericana con métodos, artilugios y procedimientos que deberían hacer reflexionar a todo buen ordoliberal y neoliberal: el grupo oligárquico que maneja el complejo militar-industrial –también llamado “capitalismo del Pentágono”– y que empuja desde hace años a la guerra contra los nuevos enemigos de Norteamérica (Rusia y China); la oligarquía de la renta extractiva del petróleo, el gas y la minería –que ejerció una enorme presión, aparentemente exitosa, para “bloquear” Nord Stream 2–, y el grupo

oligárquico quizás más importante constituido por la simbiosis de finanzas, seguros y sector inmobiliario –normalmente, se subestima el enorme poder económico del sector inmobiliario cuando el 80 % de los préstamos bancarios se emiten para la compra de viviendas– que, coordinándose maravillosamente bien, causó la mayor crisis financiera desde 1929: la crisis de las hipotecas *subprime*, que abrió la fase actual de la guerra entre Estados y una progresiva guerra civil.

No es que la labor de los *lobbies* de las oligarquías para imponer sus intereses al sistema político estadounidense sea muy complicada: los representantes del pueblo forman parte de ella.

La aceleración de los procesos de centralización que tuvieron lugar durante el neoliberalismo limitó progresivamente la democracia hasta el punto de que, en todo el mundo, nuevos fascismos llegaron al gobierno. El nuevo fascismo no necesita ni del “escuadrismo”, ni tampoco asumir la forma de una revolución reaccionaria, como entre las dos guerras mundiales, porque no existe el peligro bolchevique, no hay revolución que amenace a las clases acaudaladas. Los movimientos políticos, una vez perdida la estrategia revolucionaria, son impotentes, no inquietan ni amenazan el orden existente. Las sociedades están divididas, las polarizaciones están alcanzando los niveles del siglo XIX, pero no existe una teoría o práctica revolucionaria capaz de transformar estas divisiones en una alternativa política.

El epílogo de las presidencias de Trump y Bolsonaro son signos claros de cómo una parte del

gran capital, de la administración, del ejército no tiene interés, por el momento, en llevar a fondo la hipótesis fascista porque –de nuevo, por el momento– no corre ningún riesgo, salvo por la voluntad de poder y lucro de los capitalistas y del propio Estado. Sin embargo, el crecimiento de los nuevos fascismos es una señal de que la guerra está llegando, o de que ya está entre nosotros. Fascismo = guerra, decían los revolucionarios, y hoy sigue siendo cierto.

Las políticas de la máquina Estado-capital pueden tener diferentes modos de gobierno: fascista, liberal, populista, oligárquico, democrático, dictatorial, según las situaciones y coyunturas. Es el concepto de *gubernamentalidad* el que está errado porque lo identifica con el viejo y el nuevo liberalismo, siendo solo uno de los métodos posibles de control y gestión.

La necesidad política del monopolio

Ninguna política neoliberal podrá obligar al imperialismo norteamericano a volver a la “competencia” y al “mercado” –al que deben someterse los Estados vasallos, que a su vez exigen a sus súbditos el respeto a la competencia y al mercado– *porque el monopolio es una necesidad política, más que económica, del capital*. Michael Kalecki nos enseñó un principio que sigue vigente hoy y que es aplicado con rigor por el imperialismo e ignorado por los críticos del neoliberalismo: antes del “ciclo económico” (producción, mercado y competencia) viene el “ciclo político”. La lucha de clases precede y ordena la acumulación.

El monopolio privado y público de la época leninista era ya una respuesta a la lucha de clases, a la concentración de la producción y el trabajo, un arma para enfrentar la amenaza de la revolución a través de la racionalización; es decir, a través de una reestructuración productiva basada en el trabajador “no calificado”, que era lo opuesto a la vanguardia del “trabajador profesional”. El monopolio absoluto de la moneda y la mayor integración del Estado-capital en la máquina de guerra contemporánea todavía actúan contra la amenaza de la revolución, pero esta vez en todo el mundo. Una estrategia adecuada a la dimensión planetaria de la revolución que se desarrolló a lo largo del siglo XX y que se implementa desde 1971, es decir, inmediatamente después de la revolución vietnamita.

La tarea del Estado, ayer como hoy, no es apoyar la competencia y el mercado, sino apoyar el monopolio que expresa la fuerza política y económica del capital y de la máquina estatal. En lugar de hacer de la *competencia* y del *mercado* el “régimen de verdad” del capitalismo, como hace Foucault, se trata de captar su función absolutamente subordinada a la estrategia de los monopolios (centralización), incluso en la época del neoliberalismo.

En el imperialismo del dólar, la multiplicidad y la diversidad productiva no se oponen a su centralización en los monopolios, la multiplicidad de centros de poder no se opone a la centralización del ejecutivo, la multiplicidad de técnicas de gobierno y control de las clases e, incluso, de la población, no se opone a la “soberanía”, tanto económica como estatal. Es la

gran diferencia con el análisis del poder de Foucault que opone los dos procesos, como si uno expulsara al otro. Por el contrario, son simultáneos y coexisten. La centralización significa, ante todo, la concentración del control y del poder de decisión sobre el valor, no necesariamente sobre sus fuentes; o, mejor aún, la concentración de las producciones estratégicas y de alto contenido de valor y descentralización de producciones de baja intensidad de valor, donde el “trabajador” puede ser pomposamente definido como un “empresario de sí mismo”.

El máximo de centralización se alcanza en el capital financiero, mientras se desarrolla otro proceso, no contradictorio pero funcional al primero: una política de microcrédito de difusión masiva, capilar, penetrante. En los países del sur, casi todos los trabajadores pobres son también trabajadores endeudados mediante políticas de microcrédito: microdeudas que, en la crisis, son utilizadas por los trabajadores pobres para no morir de hambre. La deuda les garantiza el “tesoro” que no pueden obtener a través del trabajo. La difusión del crédito se filtra por todos los poros de la sociedad siguiendo vidas individuales. Los dos procesos son contemporáneos, pero el mando, las decisiones, las elecciones están en manos de unos pocos.

Captar solo un aspecto, ver solamente la descentralización omnipresente, la difusión horizontal de dispositivos y técnicas, significa identificar poder y capitalismo con la “gobernanza”, la “complejidad”, la “gubernamentalidad”, es decir, con la ideología “postmoderna” del imperialismo del dólar que enmascara el funcionamiento de la oligarquía.

La guerra y el neoliberalismo

Lo que ilumina la centralidad del imperialismo y las funciones subordinadas ejercidas por el neoliberalismo es la guerra. Al igual que el liberalismo clásico, el ordoliberalismo y el neoliberalismo, después de una existencia corta y turbulenta, se ven obligados a rendirse al “régimen de verdad” de la lucha de clases, de las guerras civiles y de las guerras entre Estados que, así como en su momento aniquilaron al liberalismo clásico, pasan ahora sobre el cuerpo del ordoliberalismo y del neoliberalismo, sin ningún escrúpulo.

El neoliberalismo y el ordoliberalismo problematizan la relación guerra/economía según los cánones clásicos del liberalismo, manteniéndose fieles a una concepción que entiende la economía como una alternativa a la guerra. En cambio, especialmente desde el siglo XX, cada punto de inflexión, cada reestructuración de la producción económica y cada cambio del poder político en el mercado mundial ha sido determinado no por nuevas racionalidades, no por “revoluciones” tecnológicas o productivas, sino por la guerra; y nuevamente, no por la crisis, como en Marx, sino precisamente por las guerras como viene ocurriendo desde los tiempos de Lenin.

Son la Primera y la Segunda Guerra Mundial –y las guerras civiles revolucionarias– las que reconfiguran por completo el mercado mundial y las potencias que en él operan (el derrumbe de los imperios europeos y coloniales, el paso de la hegemonía de Inglaterra –libra esterlina– a Estados Unidos

–dólar–, el surgimiento del polo socialista). Son las guerras de Corea y Vietnam las que obligan a Estados Unidos a la inconvertibilidad y al superimperialismo. Es la guerra civil en América Latina, en la década de 1970, la que allana el camino para el neoliberalismo como continuación de la guerra civil por otros medios.

La reorganización del imperialismo en torno al dólar y a una economía de deuda pasa por la guerra civil librada en situaciones en las que el nuevo proyecto hegemónico norteamericano corre el riesgo de suscitar fuertes resistencias.

La primera señal muy clara de un cambio de fase política –preludio de una reorganización histórica del mercado mundial– la emite en América Latina con el Plan Cóndor (tal el nombre que le dio la CIA) organizado por el imperialismo norteamericano. El programa neoliberal puede operar en Chile y en gran parte de América Latina, solo después del golpe de Estado de Pinochet (en Argentina será igual, si no más feroz y sangriento). La eliminación física de los revolucionarios allana el camino para el sometimiento general a los principios del mercado, la deuda y la competencia.

Ya a principios de los años 1970, se afirmaba la relación jerárquica entre las dos formas de ejercicio del poder: el imperialismo manda, decide, *ejerce el poder de vida o muerte* y solo una vez sembrada la destrucción y “normalizada”, intervienen Friedman, Hayek y los economistas neoliberales que “*gobiernan la vida*” junto a los militares. Que Foucault pueda afirmar que el poder de “dar muerte” se reconfigura

en un poder de “gestionar la vida” es un insulto a los miles de militantes asesinados en el altar del imperialismo en toda América Latina. La “gestión de la vida” presupone “dar la muerte” como su condición política, porque la “vida” solo puede gestionarse una vez derrotada la revolución. Esta vida disminuida y mutilada, integrada a la producción y al consumo y que continúan su sometimiento por otros medios, solo puede imponerse después de que las luchas de clases hayan sido abolidas por el uso de la fuerza. El funcionamiento de los “mecanismos positivos” del poder presupone la acción de lo “negativo”, que Foucault intenta, por todos los medios, no ver.

El ordoliberalismo es también una política cuya eficacia solo puede manifestarse tras la derrota de la clase obrera alemana a manos del nazismo. El debate sobre cuál de los ordoliberales fue nazi no es de gran interés (aunque los ha habido). Reiterar, en cambio, que sus políticas requieren la victoria sobre el movimiento obrero alemán me parece fundamental. El neoliberalismo nace prácticamente en el mismo período que el nazismo, como una feroz crítica a la República de Weimar, pero solo se convertirá en una política eficaz después de que el nazismo, al aniquilar la subjetividad del movimiento obrero más importante de Europa, vuelva posible su integración en el desarrollo capitalista. Otra derrota, en los años 1970, la de la revolución mundial —que en Europa no es tan sangrienta como en Latinoamérica y en otras partes—, hará posible una amplia extensión de las políticas ordoliberales fuera de Alemania, en Europa.

Frente a las benditas e inofensivas teorías críticas del neoliberalismo, la relación entre imperialismo y neoliberalismo debe entenderse en el sentido de que el primero impone sus condiciones, transformando al segundo, a partir de sus conveniencias políticas, en una gubernamentalidad cada vez más autoritaria, hasta desautorizarlo.

La guerra y una nueva división internacional del trabajo y del poder

La reorganización productiva de la división internacional del trabajo nunca la decide el mercado, ni la competencia, ni la acción de los emprendedores, ni la innovación tecnológica. El actual enfrentamiento armado en Ucrania ejemplifica la verdad porque obliga a todos a reestructurarse. Con el imperialismo, los grandes virajes productivos y políticos están determinados por las guerras (Lenin) y ya no por las crisis (Marx).

El primer perdedor de la guerra es Europa, en especial Alemania, que la domina. Esta última ya había iniciado su Ostpolitik en 1970. El modelo económico germano-europeo basado en la energía barata (de Rusia) y el comercio con Oriente (con China) ha sido bombardeado y ya no existe. Con todo respeto al neoliberalismo y a Foucault, no ha sido derrotado por la competencia económica ni por el mercado, sino por las armas. Alemania, si tiene éxito, tendrá que inventar otro modo de producción, al igual que todos sus satélites subproveedores europeos. Los norteamericanos están desmantelando su economía, como ya hicieron

en los años 1980 y 1990 con Japón a través de su acción sobre el yen.

Rusia tendrá que hacer cambios estructurales en su economía, y de hecho ya está reorganizando la venta de sus materiales energéticos a otros países del sur. Privada de las últimas innovaciones tecnológicas por el embargo estadounidense y cada vez más obstaculizada en sus exportaciones, China se ve obligada a repensar su modelo de desarrollo interno y externo. Es todo el hemisferio sur, la mayor parte de la población mundial, pero también Europa, los que necesitan reestructurarse. Evidentemente, también Estados Unidos tendrá que adaptar su producción al desastre planetario que ha impuesto.

Son los ejércitos, los enfrentamientos armados geopolíticos, los que configuran el espacio económico y, en su interior, lo local, el territorio, lo micropolítico. Una vez establecido quién manda y quién obedece en una nueva arquitectura de poder mundial, habrá mercado, competencia, innovación tecnológica, iniciativa empresarial. Nunca al revés.

Es por estas razones, ahora visibles incluso para los ciegos, que la guerra debe incorporarse al concepto de *capital*: porque es la fuente principal de la división en el mercado mundial. Solo a partir de sus resultados se podrá definir un “orden mundial” de la producción. En cambio, tanto los marxistas como los economistas de todas las escuelas se obstinan en separar guerra y economía, y en hacer de esta última una alternativa a la primera.

Pero incluso en tiempos de “paz”, las relaciones entre la potencia imperialista dominante y sus vasallos

están estructuradas por la amenaza de guerra o por su ejercicio real. La reproducción del superimperialismo requiere guerras continuas para defender al dólar y eliminar a cualquiera que amenace su supremacía cuando las finanzas no bastan.

En la breve fase del ciclo ascendente de acumulación (décadas de los 1980/1990), la función de las teorías ordoliberal y neoliberal fue la de pacificar el equilibrio de poder que, en la década de 1970, se volcó a favor del capital por iniciativa del imperialismo, tratando de imponer una visión positiva y productiva del poder que incite, solicite, en lugar de solo reprimir. Es el concepto de *poder neoliberal* que Foucault capta como propio de esta fase, pero modificado por su presupuesto, la guerra civil, y que se extiende abusivamente, convirtiéndose así en una fuerza que desarrolla, expande, hace crecer la “vida”, a diferencia del liberalismo clásico que, a través de la economía, pone límites (función negativa) al poder del Estado.

El neoliberalismo es efectivamente una técnica de gobierno, pero que debe intervenir para ordenar, controlar, gestionar, neutralizar las polarizaciones, los desequilibrios, las asimetrías de clase que provoca la acción del dólar, tratando de anticipar guerras civiles, rupturas revolucionarias, divisiones de clase que el superimperialismo monetario necesariamente suscita. *Se trata ciertamente de gobernabilidad, pero del nuevo imperialismo*; interviene después de que la guerra ha determinado a los vencedores y a los vencidos y funciona como *el gobierno de los perdedores*.

La política neoliberal es la continuación de la guerra de clases, de la guerra de conquista, de la

guerra de sometimiento, de la guerra entre estados que libra el imperialismo, que debe estabilizar, consolidar, aumentar el poder de los vencedores. Debe extenderse, en toda la sociedad, una vez que la situación es normalizada a la fuerza, la lógica de la producción de ganancia/renta/deuda, transformando todas las relaciones sociales al preparar las subjetividades vencidas para que estén disponibles y dóciles para ser capturadas por las finanzas.

El neoliberalismo afirma que sus políticas son totalmente autónomas, que no dependen de ningún otro poder que no sea el que ellos mismos ejercen y que es el único que gobierna y dirige la política, la economía y la sociedad. En cambio, existe una rígida jerarquía de poder entre el imperialismo del dólar y las políticas neoliberales. El primero manda sobre el segundo y dispone de las modalidades de la gubernamentalidad, transformándola progresivamente en una gestión autoritaria, populista, neofascista y belicista, más adecuada para tratar de contener y reprimir las resistencias a mayores centralizaciones y polarizaciones que impone el fin de la mundialización “feliz”.

Notas

1 Llegados a este punto, también debemos preguntarnos qué es realmente la biopolítica, un concepto más que inflado en el uso que de él hacen las teorías críticas. “Estudiar el liberalismo como marco general de la biopolítica”, sugiere Foucault. Si seguimos esta indicación, surge con claridad que los límites del concepto de *neoliberalismo* se encuentran todos, sin exclusión, en el

de biopolítica, cualquiera sea la versión adoptada (Foucault, Agamben, Esposito, Negri).

2 Ejemplo de una renta que se multiplica infinitamente a partir de cualquier tipo de deuda: la deuda pública de Italia era de 2762 billones de dólares en 2022. Con los intereses que paga desde los años 1980, Italia ya pagó más de los 2762 billones que debe a los acreedores. En realidad, casi 4000 billones, sin que se haya saldado la deuda, que, al contrario, sigue aumentando. Los acreedores tienen una renta asegurada que consiste en la simple extorsión, gracias a sus “títulos”, de una riqueza inimaginable en el feudalismo. Este robo descarado fue posible y legitimado por el Estado, al que el imperialismo del dólar (no el neoliberalismo) impuso la obligación de no financiar más su deuda a través del Tesoro, sino recurriendo a los mercados financieros privados. La norma había sido impuesta porque se suponía que, a través de la regulación de los mercados, se reduciría la deuda, pero esta, en cambio, se transformó en una fuente inagotable de ingresos para los acreedores. El caso más brutal del fracaso de la austeridad sigue siendo Grecia.

3 Foucault, Michel, *Nacimiento de la biopolítica: curso en el Collège de France: 1978-1979*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007.

4 Marx, Karl, *El Capital. Crítica de la Economía Política. Tomo I*, México, FCE, 2013.

5 Marx, Karl, *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte. Cronología de la Revolución Francesa*, Buenos Aires, Polémica, 1971

6 Luciano Ferrari Bravo cita un pasaje de Lenin –diciendo estar “completamente de acuerdo”– que este, a su vez, toma de John Hobson, con el propósito significativo de señalar los límites en el análisis de la capacidad de transformación e innovación del capitalismo: “La mayor parte de Europa Occidental podría adquirir entonces el aspecto y el carácter que tienen actualmente

ciertas partes de los países que la componen: el sur de Inglaterra, la Riviera y los enclaves de Italia y Suiza frecuentados por los turistas y que son residencia de gente rica, a saber: un puñado de ricos aristócratas que perciben dividendos y pensiones del Lejano Oriente, con un grupo algo mayor de personal profesional y comerciantes, y un gran número de sirvientes y de obreros ocupados en el transporte y en la industria que trabajan en el acabado de productos manufacturados. Las ramas principales de la industria desaparecerían y los productos alimenticios básicos y los bienes semielaborados provendrían, como un tributo, de Asia y África (...). Pero las tendencias que dominan en la actualidad el imperialismo de Europa Occidental se mueven en esa dirección y, a menos que encuentren resistencia o sean desviadas, avanzarán hacia tal consumación del proceso". Ahora bien, lo extraordinario de este pasaje es que pinta un cuadro prospectivo, que corresponde casi perfectamente a la evolución del capital. El agotamiento del ciclo de acumulación, cada vez diferente, conduce siempre a su "putrefacción", cada vez diferente. Hoy, con la "crisis" ecológica, su fase "final" es prácticamente irreversible. Es el capitalismo industrial de los "Treinta Años Gloriosos" (la subordinación política de las finanzas al desarrollo) el que ha sido un brevísimo paréntesis y es, en cambio, el imperialismo del dólar el que vuelve a proponer, exasperadas, las definiciones de Lenin consideradas problemáticas: "putrefacta", porque la renta se hace enorme, comandando y subordinando la ganancia, porque producción y destrucción coinciden, presagiando un *no future* para la humanidad; porque la globalización ha centralizado al mismo tiempo el capital en pocas manos y construido la relación descrita más arriba por Hobson entre Norte/Asia-África, que ahora se vuelve contra ella. En un intento de bloquear esta inversión de las relaciones de fuerza, Occidente, una vez más, nos lleva al umbral de un posible y real nuevo "colapso" (cada tipo de acumulación corresponde a

un tipo diferente de “colapso”). Las cosas empeoraron, pero siguiendo aquellas intuiciones visionarias: el empobrecimiento general de “empleados”, trabajadores domésticos, “obreros”, “comerciantes” al servicio de rentistas cada vez más ricos; la figura del turista como modelo de subjetivación del europeo/occidental (nuevo colonizador “pacífico” del mundo y de las culturas), pero también el cierre de Europa como una fortaleza ilusoria frente a todos los miedos que ella y los Estados Unidos han creado con su imperialismo (las migraciones, el Islam político, el peligro amarillo, la oligarquía rusa, etc.); el resurgimiento de sus demonios militaristas a instancias de los estadounidenses, la decadencia de Occidente. La gran diferencia con el pasaje citado es que las tendencias de desarrollo no encuentran fuerza capaz de “desviarlas” o de combatir las. (Véase su “Introducción” a *Imperialismo e classe operaia multinazionale*, Feltrinelli, Milano, 1975).

7 Lenin, como los revolucionarios de la época, deben ser estudiados y utilizados también por otra razón. La miseria del pensamiento crítico contemporáneo se ve obligada a remitirse a la “geopolítica” para tratar de comprender lo que sucede a nivel del mercado mundial con la guerra. La geopolítica es una disciplina institucional que reduce el capitalismo a las relaciones entre Estados, despojándolas de su naturaleza de lucha entre clases y lucha entre Estados a partir de la acumulación de capital y la acumulación de potencia. Para escapar de los límites de la geopolítica y volver a las estrategias que organizan, dentro de la mundialización, las luchas de clases, Lenin todavía puede ser muy útil.

8 *Guerras y capital. Una contrahistoria*, Tinta Limón, Buenos Aires, 2021.

8 O'Connor, James, *La crisis fiscal del Estado*, Barcelona, Ediciones Península, 1981.

9 La estrategia de *pricing power* se traduce directamente en márgenes de ganancia. El sector del lujo lleva años registrando

cifras que marean a todos los inversores: sus márgenes oscilan entre el 20 y el 30 %, incluso el 47 % para Hermès. Pero, ahora, también los grupos industriales están registrando márgenes de dos dígitos, sin precedentes, superando el 15 %. El grupo Legrand, fabricante de material eléctrico, ha explotado su *pricing power*, con el que insiste mucho en su presentación: esto le ha permitido incrementar su margen operativo en más de un 19 %. Essilor Luxottica, un fabricante de lentes ópticos y monturas para anteojos, vio aumentar su margen operativo a más del 18 %. Aún más elocuente es el caso de Saint-Gobain, especialista en materiales de construcción. En una larga presentación, el grupo explica todos los factores que contribuyeron al aumento del 15 % de la facturación en el primer semestre. Aunque sus volúmenes de venta cayeron un 0,3 %, todavía pudo aumentar sus precios de venta un 15,3 %.

El neoliberalismo como prototipo del sinsentido del pensamiento crítico

El doble régimen de poder que permite el funcionamiento del imperialismo –que ya vimos operar en el capítulo anterior– impone una diferencia en el análisis que ni el neoliberalismo ni la biopolítica pueden ofrecer, porque estos reconocen solo la gubernamentalidad, pero no dicen qué la conduce, la mantiene viva y la hará desaparecer con la guerra y los nuevos fascismos.

El doble estándar es un ejercicio diferenciado de poder a través del cual debemos interpretar los fenómenos económicos y políticos. El imperialismo afirma dos conceptos diferentes de soberanía: una soberanía verdadera, al mismo tiempo económica y política, ejercida hoy por los grandes Estados (Estados Unidos, China, Rusia, etc.) y una soberanía limitada, ejercida, por ejemplo, por los pequeños Estados europeos.

Con la economía viene, según Foucault, una “nueva mecánica del poder, absolutamente incompatible con la soberanía”. En realidad, es absolutamente necesaria para la estabilización y la consolidación de un poder imperial “soberano” que combine Estado y capital; un poder soberano sobre un territorio (Estados Unidos) y un poder que quisiera ser soberano sobre todo el planeta, inaugurando un nuevo y singular concepto de soberanía.

La “soberanía” debe redefinirse doblemente porque, por un lado, su ejercicio solo puede juzgarse midiéndose a escala mundial y, por otro lado, no debe estar referida, como en la tradición política europea, únicamente al Estado, sino a la máquina de guerra Estado-capital, en la que no se puede separar lo político de lo económico ni de lo militar.

Todo esto ya había sido claramente establecido por la anterior fase hegemónica del capitalismo financiero. El imperialismo del dólar *reconfigura la soberanía del Estado-capital de los Estados Unidos*, reforzándola. No asistimos a una crisis del Estado-nación, sino a su diferenciación. En los grandes Estados, la conjunción de la fuerza del capital y la fuerza del Estado da lugar a una mayor centralización y concentración de un poder que actúa a escala mundial, invalidando las palabras con las que Foucault describe a la economía como acéfala: “La economía es una disciplina sin totalidad, la economía es una disciplina que comienza a manifestar no solo la inutilidad, sino la imposibilidad de un punto de vista soberano”.¹ El imperialismo produce una soberanía político-económica absolutamente original, que desplaza la tradicional soberanía jurídico-política, y que escapa a las categorías de Foucault. La economía *tiende inexorablemente* hacia la totalidad (monopolio) y tiene una cabeza, la del “sujeto colectivo”, encarnado en la máquina Estado-capital del imperialismo que, a su vez, manifiesta una voluntad de totalización económica y de soberanía política sin precedentes.

Por supuesto, este fortalecimiento de la soberanía concierne solo a Estados Unidos y otros grandes

Estados (China, India, Rusia, etc.). Los pequeños Estados están imperativamente invitados a ceder partes enteras de su soberanía al Tío Sam. Los Estados europeos, Japón, Australia, Gran Bretaña han sido Estados con “soberanía limitada”, completamente a gusto en esta función “colonial” que deben cumplir con un sentido obediente del deber oligárquico. Otros han estado menos a gusto (como China, Rusia, el Gran Sur en general). De ahí la posibilidad, siempre al acecho, del enfrentamiento y la guerra.

A su vez, los Estados vasallos, ya sea que elijan su subordinación voluntariamente, como Europa y Japón, o se sometan, como la mayoría de los Estados del sur, ejercen su soberanía, aunque sea limitada, sobre sus súbditos.

¿Sería la planificación un intento de superar esta “maldición formulada por la economía política” de la imposibilidad de un soberano económico?, se pregunta el filósofo francés. Si Foucault parece vacilar, la máquina imperialista Estado-capital resolvió el problema hace tiempo, reforzando la función del soberano político y del “soberano económico”, combinando sus potencias y centralizaciones.

Foucault elabora su crítica a la soberanía y propone la gubernamentalidad como su alternativa, a partir de un supuesto que el imperialismo se encargará de refutar: “...el mundo político-jurídico y el mundo económico se presentan, desde del siglo XVII, como mundos heterogéneos e incompatibles”. En cambio, a partir de finales del siglo XIX, los dos mundos se entrecruzan muy firmemente, haciendo

compatibles sus heterogeneidades, sin por ello identificarse, sin confundirse.

La primera y más importante función soberana (el poder de decidir quién es el enemigo y, por lo tanto, quiénes son los amigos y aliados) se expresa cada año en los documentos oficiales del gobierno estadounidense. Pero no tendría eficacia si no fuera acompañada de una “soberanía” económica y tecnocientífica. La soberanía limitada, en cambio, no tiene ninguno de estos dos poderes.

El debate recurrente (y un tanto aburrido por ser muy eurocéntrico) sobre el “estado de excepción” como aquello que excede la ley nunca tiene en cuenta la dimensión imperialista de los Estados europeos que, al tiempo que gestionaban sus poblaciones según reglas más o menos “liberales” (en conjunto, más bien menos que más), practicaban un “estado de excepción permanente” en las colonias. Este doble régimen forma parte de la acción de los Estados europeos desde 1492 y de Estados Unidos, que —en guerra ininterrumpida desde 1945— excede continuamente lo jurídico, los tratados, las instituciones internacionales. La famosa afirmación de Benjamin de que la historia de los oprimidos enseña que el estado de excepción es la regla es válida al principio para las “periferias” y, como otras formas de “gubernamentalidad”, fue importada más tarde al centro del capitalismo.

La competencia también funciona según la regla del doble régimen. La “economía” (el capitalismo) debe ser pensada como organizada por una jerarquía entre clases, empresas e instituciones, y no como resultado de una acción espontánea de los individuos

que, desde abajo y a través de la competencia y el mercado, constituyen instituciones, acumulación, salarios, ganancias, etc. Cuanto más se acerca a la cúspide, más se afirma el monopolio, la concentración del poder económico, político y militar; la competencia desaparece o se reduce al mínimo. Por el contrario, cuanto más se desciende en la jerarquía, más domina la competencia: se la encuentra en ámbitos, funciones y subjetividades subalternas. Las pequeñas y medianas empresas entran en fuertes competencias, pero quienes se benefician y se aprovechan de estas son los monopolios, los grandes grupos, las multinacionales de las que dependen. La competencia en la base de la jerarquía alcanza su punto máximo en el mercado laboral y en la gestión de los oprimidos. Quienes deciden el destino del mercado laboral y los oprimidos siguen siendo los monopolios y el Estado.

Mientras que la competencia entre capitalistas conduce al monopolio al eliminar la competencia, no debe existir ninguna forma de monopolio entre los oprimidos (sindicato, partido, organización), porque la competencia, en lugar de eliminarse, debe reproducirse expandiéndose e intensificándose.

El doble régimen de poder muestra toda su violencia y arbitrariedad a propósito de otro principio neoliberal: el capital no puede concebirse sin la intervención de lo jurídico y del Estado de derecho, que en conjunto fijan las reglas de “juego” del mercado y la competencia para todos los “jugadores”.

En realidad, establecer las reglas es un privilegio reservado solo para la potencia dominante. Estados Unidos no está obligado por ninguna norma, por

ninguna regla, por ninguna ley. En cambio, impone la norma del dólar, los estándares de producción, consumo, comunicación y la jurisdicción a la que ahora se someten las disputas internacionales de carácter industrial o financiero (especialmente en materia de deuda). El doble estándar del imperialismo expresa claramente la realidad de su funcionamiento: el vencedor, Estados Unidos, define las normas económicas, políticas y jurídicas y, habiéndolas promulgado, tiene la opción de seguirlas o no, según las oportunidades, o de formular otras, partiendo siempre de su exclusivo e incuestionable interés.

Lo absurdo e hipócrita de las políticas de los ordoliberales y neoliberales se manifiesta en la pretensión de aplicar a todos los Estados las “tres reglas de oro” que estos deberían consagrar en su Constitución: *estabilidad monetaria, presupuestos equilibrados, competencia libre y sin distorsiones*. También se aplica sobre estos Estados el doble régimen de análisis y juicio. Aplicadas a Estados Unidos, estas reglas determinarían su colapso económico y político inmediato. La Fed, para capturar la riqueza de todo el planeta, juega continuamente con los desequilibrios, subiendo y bajando las tasas de interés, porque todo el dominio del dólar está construido sobre el déficit de su balanza comercial, que debe ser permanente. El sistema financiero y monetario estadounidense no puede aceptar una competencia “libre y sin distorsiones”.

Lograr el equilibrio, inscribiendo la obligación de un presupuesto equilibrado en la Constitución (la famosa “constitución económica”) es una regla para

los vasallos. El poder estadounidense se basa en el desequilibrio o, más bien, en los desequilibrios en plural. Solo los alemanes, que siguen perdiendo una batalla tras otra (la última es la guerra de Ucrania, que verifica la vieja estrategia de la OTAN, válida incluso después del colapso de la URSS, expresada por Lord Hastings, su primer secretario: “*Mantener a la Unión Soviética afuera, a Estados Unidos adentro, y a los alemanes abajo*”), pueden imponerlo a sus subordinados (Italia, por ejemplo) después de incluirlo en su Constitución.

El ordoliberalismo alemán, con su ideología, sus reglas de oro, su constitución económica, ha contribuido en gran medida a convertir a Alemania en el primer perdedor de la guerra en Ucrania. Durante años, los alemanes han tejido relaciones económicas con los países del Este, mediante la construcción de un verdadero sistema integrado de producción. Pero su *leadership* económico se ha derretido como la nieve al sol, incapaz de utilizar sus satélites comerciales para evitar el sabotaje de Estados Unidos, que en cambio ha trabajado para imponer su hegemonía político-militar sobre los países de Europa del Este. El ordoliberalismo manifiesta una debilidad que no tiene el neoliberalismo norteamericano, porque no está apoyado ni comandado por un poder equiparable al imperialismo político-militar del dólar. Solo cree en la economía, en la competencia, en el mercado y en el Estado, que los garantiza gracias a la constitución económica. Esta es la verdadera diferencia entre el ordoliberalismo y el neoliberalismo, no la establecida por Foucault. El

primero está respaldado por una economía fuerte y el segundo por el imperialismo.

Renta y capital humano

El ordoliberalismo y el neoliberalismo tienen todavía una concepción industrial del capitalismo: la empresa es el principio estructurante de la economía, cada individuo debe transformarse y funcionar como una empresa.

En cambio, en el capitalismo contemporáneo, lo central es la renta, no la empresa; o, mejor dicho, la empresa financierizada que en sí misma se convierte en una fuente de renta. En la gran industria automotriz norteamericana, corazón del capitalismo industrial (fordismo), quienes mandaron y tomaron decisiones en el momento de su reestructuración fueron los bancos. La empresa fue descrita como un “banco que vendía autos”. Los servicios financieros de la industria automotriz produjeron el 40 % de las ganancias, empleando a 35.000 personas. El 60 % restante fue producido por más de 200.000 trabajadores.

La opción por las finanzas fue tomada rápidamente (y también la consecuente desindustrialización), apoyada por el resto de la teoría neoclásica, que ya en la fase anterior a la hegemonía del capital financiero había atacado de frente la distinción establecida por la economía clásica entre valor y precio, precisamente para legitimar la renta, haciendo saltar por los aires la diferencia entre ganancia y renta, equiparándolas. Todo precio, sea cual sea su origen,

es económicamente productivo, contribuye al aumento del PBI, algo negado expresamente por los economistas clásicos hasta Marx. Un título *subprime* tiene, sin duda, un precio. Sin embargo, su valor, como el de los derivados, no es fácilmente determinable porque es absolutamente aleatorio y no tiene fundamento en ningún “costo de producción”.

El libre mercado de los clásicos quería deshacerse de los “rentistas”, pero hoy, en cambio, las oligarquías rentistas tienen las llaves de la economía y del poder en todas partes, no solo en Rusia.

Todas las teorías críticas han seguido a Foucault en este error en lo que respecta a su calificación de “emprendedor” y lo apoyan en una definición “industrial” del capital humano. El “capital humano”, por su parte, más que constituir una cartera de activos, debe diversificar el desembolso de sus salarios para pagar las distintas “industrias” de la renta. La *explotación financiera*, de la que hablaba Lenin ya en 1917, se materializa a nivel micropolítico en la vida de los trabajadores estadounidenses que tienen que gastar tres cuartas partes de su salario para pagar deudas de todo tipo con bancos y compañías de seguros: deuda por el hogar, deuda por el automóvil, deuda de la tarjeta de crédito, deuda del seguro médico, deuda por la educación, etc.

Las inversiones que el capitalista humano tendría que hacer (educación, salud, vivienda, etc.), para incrementar su valor, están todas basadas en el crédito, de manera que el capital humano, más que parecerse a un empresario, parece un trabajador endeudado que ya ha hipotecado parte de su salario

antes de empezar a trabajar. La depredación financiera sienta sus bases desde muy temprano en la vida de los individuos.

Foucault nos habla de la teoría según la cual “el salario es una renta producida por un capital y no el precio de la fuerza de trabajo”, los neoliberales la buscan en los textos de Irving Fischer de principios del siglo XX: “Una renta es simplemente el producto o retorno de un capital”. Marx, más atento, advierte esta situación, porque transformar al trabajador en capital no es una novedad neoliberal, es lo que siempre ha intentado una parte de la economía política. Esta “representación insensata (...) es una de las ideas favoritas de los pensadores de la segunda mitad del siglo XVII (Petty, por ejemplo), pero también es defendida hoy, con la mayor seriedad, por los teóricos de la economía vulgar y por los alemanes estadísticos”.²

Incluso, el denominado cambio antropológico del individuo se produce más eficazmente por la deuda, los fondos de pensiones, las rentas vitalicias, en definitiva, por el dinero, más que por el modelo emprendedor. La *deuda* y el *consumo* son los pilares sobre los que se asienta la “conversión” de la subjetividad que pretende operar el capitalismo contemporáneo. Lo que parece más eficaz que el modelo emprendedor es la “religión” de la que habla Walter Benjamin, a la vez “endeudadora y culpabilizante”, fundada en la forma más abstracta de dinero: el crédito. El dinero actúa con una fuerza invasiva y penetrante que el modelo emprendedor no tiene.

Lo real para todos, sin excepción, no es tanto la figura del emprendedor como la situación del

deudor. Es su dependencia de la deuda, como alternativa al salario (bloqueado), al *welfare* (recortado), a las pensiones (continuamente reducidas y ahora coincidentes con la esperanza de vida con buena salud) lo que actúa sobre la subjetividad. “La deuda es el estilo de vida estadounidense”, y es esto lo que debe reproducirse a escala global.³

Es hora de dejar de usar el vocabulario del enemigo (“empresario de sí”, “capital humano”, etc.) que es solo el signo evidente de una derrota política y teórica interiorizada y desplegada, incluso, en el pensamiento crítico. La contrarrevolución imperialista destruyó un solo monopolio: el monopolio sindical. Por el contrario, ha ampliado la economía monopólica y, al mismo tiempo, ha creado una enorme economía precaria, competitiva, individualista, donde un número creciente de individuos trabajan sin tener empleo, sin tener una ocupación e incluso, en muchos casos, sin tener un patrón directo. En el Sur del mundo, este fenómeno es aún más significativo que en el Norte, y ha sido definido como “economía popular”. En Argentina, el 40 % de la fuerza laboral se encuentra en estas situaciones, especialmente mujeres, migrantes, desempleadas, subempleadas, etc.

Crean su propio trabajo, inventan sus salarios e ingresos. Estos trabajadores pobres y endeudados, que hacen malabares con la deuda, el *welfare*, el trabajo, no deben ser calificados como “emprendedores”. La economía popular, más que referirse a la tradición de los patrones (empresario, capital), está pensando este “trabajo” como una combinación, un

resultado del encuentro de tres tradiciones políticas de los explotados: “El sindical para combatir al capital, el cooperativismo para tener autonomía del capital, los feminismos para valorizarse frente al capital. Tres movimientos para que no falte el pueblo, para crear su economía, para resistir a la ausencia que propone el desempleo”.⁴ Alexandre Roig expresa perfectamente la diferencia entre ser “capital humano” y estar, de una manera nueva, contra el capital, porque esta fuerza de trabajo está siempre atrapada en una “guerra de clases” que no puede ni debe enfrentarse con categorías del enemigo de clase.⁵

Si tomamos el ejemplo del trabajador estadounidense, es difícil imaginarlo interiorizando esta absurda y contradictoria consigna del poder. Cuando él observa que, desde 1973, sueldo tras sueldo, su ingreso no ha aumentado, sino que ha disminuido; que constata que la política del capital humano ha transferido 10 puntos porcentuales del PBI de los salarios a las ganancias (esto es, al verdadero capital); que constata, también, que lo único que ha aumentado son sus deudas, concluye que, calculando costos/beneficios según la norma empresarial, la potencia que el capital humano tendría para transformar su subjetividad de trabajador subordinado a la de un empresario de sí es, simplemente, un discurso vacío. Pero el autoproclamado capital humano tiene la oportunidad de sacar provecho de este tipo de observación. De hecho, año tras año, al comprobar que, en lugar de expandirse, su posibilidad de “actuar” y su “libertad” disminuyen, como su salario, es probable que, más que convertirse en empresario

de sí, su subjetividad sea tomada por la vorágine del miedo, de la frustración y del resentimiento. El devenir de su subjetividad se orienta más bien hacia las nuevas formas de fascismo (Trump) que se concentran y parecen dar rienda suelta a sus frustraciones.

Solo el psicoanálisis podría explicarnos el despliegue de un imposible proceso de acumulación realizado por el empresario de sí mismo: el sujeto que se escinde en dos, y su parte empresarial pone a trabajar y explota a su parte obrera. Más en serio, si el capital humano fuera como lo plantea Foucault, una “máquina que produce flujos de ingresos”, dados los resultados de su “producción” durante los últimos cincuenta años, calculados con los principios del espíritu empresarial (costos/beneficios), se trataría, sin duda, de una empresa en quiebra.

Foucault hace del trabajo de Gary Becker, sobre el nuevo derecho penal, el ejemplo mismo del funcionamiento de la teoría del “capital humano” del que surgirían los nuevos modos de acción del neoliberalismo: ya no se trata de una voluntad que actúa sobre una voluntad (dominación), sino del individuo que se coloca en una determinada situación (principalmente competitiva), con ciertas reglas de juego. Aprovechando su libertad y su capacidad de cálculo de costos y beneficios, la acción del sujeto, constreñido por el “juego” y por las “reglas del juego”, debe corresponder a lo que le exige la gubernamentalidad. Es un resultado obtenido de no actuar directamente sobre los “jugadores”, sino sobre el “juego” y sus reglas (el ambiente y las normas), es decir, a través de un *soft power*. La política penal en Estados Unidos

nunca ha funcionado de acuerdo con estos principios; al contrario, se limitó a meter en la cárcel a dos millones y medio de negros e hispanos, el mayor “*enfermement*” de la historia de la humanidad, siguiendo las clásicas políticas racistas, y apuntando precisamente a los “jugadores” fácilmente identificables por el color de su piel. Becker “justifica” el racismo con esta teoría de los “juegos” y los “jugadores”.

En todo caso, la tan aclamada “conducta” de los comportamientos que la gubernamentalidad debe asegurar no conduce al emprendedurismo. No hay que buscar un gran cambio antropológico en la figura del emprendedor, sino en el sometimiento que combina fascismo, racismo, sexismo, y en el salto posterior que acaba en la guerra. La economía de mercado y de competencia se transforma en economía de guerra y la producción del sujeto tiene ahora como objetivo su movilización y disponibilidad “ideológica” para la guerra civil, como en Estados Unidos, Brasil o Perú. O para la guerra *a secas*, como en ocasión del enfrentamiento en Ucrania.

Si el neoliberalismo (y la biopolítica) no logra captar los procesos de sujeción de los oprimidos que resultan del cambio de fase política (el empresario de sí mismo es la ideología de la fase ascendente del imperialismo en rápido declive), no puede ni siquiera captar las modalidades de subjetivación del poder, *el devenir del sujeto de la centralización política y económica*, que ciertamente no es el gran empresario, sino el oligarca.

Las *oligarquías* y la *corrupción* son las modalidades de subjetivación de las economías basadas en

la renta. Los Wall Street Boys, tras la implosión de la Unión Soviética, descendieron como buitres sobre Rusia, construyeron oligarquías y corrupción, transformando los flujos de materias primas en flujos de renta, imposibilitando la reorganización de la producción y bloqueando la economía rusa, como lo hicieron con la economía japonesa y las europeas. Ahora nos dicen que la guerra es entre democracia y oligarquías.

Los cien pedidos

La ocupación de Irak en 2003 por Estados Unidos, cuyo objetivo era “exportar la democracia” a los pueblos que todavía la ignoraban, es un ejemplo casi caricaturesco de la *relación jerárquica entre imperialismo y neoliberalismo*. Describe un ciclo capital/Estado depurado y simplificado, pero que contiene la quintaesencia del funcionamiento del liberalismo; su uso sin escrúpulos y su abandono con la misma falta de escrúpulos. Constituye, pues, una síntesis de lo que venimos diciendo.

El ciclo “económico” comienza en 2003, con la guerra de invasión que establece quiénes son los vencedores y quiénes los vencidos y, por lo tanto, quién manda y quién obedece. En 2004, Paul Bremer fue nombrado por el gobierno de Estados Unidos para aplicar la gubernamentalidad neoliberal al Estado derrotado y a la población subyugada para estabilizar y reproducir el poder adquirido por la fuerza, es decir, para imponer la democracia.

La famosa frase de Margaret Thatcher, “La economía es el método, el propósito es el alma” del

individuo, es cierta solo si el “método” se aplica a individuos derrotados. La transformación de la subjetividad según los principios del “capital humano”, si alguna vez se lleva a cabo, tiene como condición una subjetividad vencida.

Paul Bremer, procónsul estadounidense en Irak, anuncia los cien decretos liberales (cien órdenes) que los iraquíes y su Estado deben implementar y ejecutar para convertirse en verdaderos “demócratas”. Entre los cien mandamientos, aparece la regla que siempre ha guiado la política estadounidense (especialmente en el caso de los países pobres y agrícolas) y que fue implementada inmediatamente después del final de la Segunda Guerra Mundial en América Latina: para hacer imposible la agricultura de subsistencia, la alimentación debe depender de la agroindustria norteamericana.

Los campesinos iraníes ya no pueden utilizar las semillas y los procesos que se han ido transmitiendo durante milenios (la agricultura nació en esos lares hace 10.000 años, en la llamada “Medialuna fértil”), porque hay que comprarlas a las multinacionales agroalimentarias estadounidenses (Monsanto).

Orden 81, párrafo 66: “Se prohíbe a los agricultores reutilizar las semillas de las variedades protegidas y de cualquier variedad mencionada en los puntos 1 y 2 del apartado C del artículo 14”. El texto es claro: se ordena a los agricultores destruir todas las semillas cada año y volver a comprarlas a “proveedores autorizados” (las multinacionales estadounidenses).

Los otros grandes ases de las cien órdenes son un resumen de las políticas neoliberales; en

realidad, políticas del imperialismo para que el dólar tenga la posibilidad de realizar su intervención: privatizar todo lo público (servicios sociales y empresas públicas); las ganancias producidas por los inversores estadounidenses pueden ser repatriadas en su totalidad en lugar de servir al desarrollo del país (es decir, saqueo y robo); aplicación de un sistema tributario regresivo favorable al capital extranjero o local; establecimiento de nuevos derechos de propiedad para empresas extranjeras sobre empresas irakíes para que puedan comprarse las más rentables; apertura de la propiedad y el control de los bancos, que serán rápidamente absorbidos por grupos bancarios y financieros estadounidenses y británicos; restricción del derecho de asociación y huelga de los trabajadores y, especialmente, de los empleados públicos, etc.

Esta forma de expropiación de un país ocupado está prohibida por el derecho internacional. Pero Estados Unidos no está sujeto a la ley como un Estado vasallo común, porque es él mismo quien establece las reglas. El nuevo Estado, construido también según los principios neoliberales, transformará estos “mandatos” en leyes impersonales, en perfecta sintonía con las reglas “ordoliberales” que exigen que la naturaleza del capital sea no solo económica, sino también jurídica.

La producción de “libertad” se reduce a la libertad de apropiación, de saqueo financiero, industrial, bancario. Pero bajo la gobernabilidad, bajo la “paz”, bajo la economía, la guerra y la guerra civil continúan fluyendo y no tardarán en resurgir abiertamente. Los

estadounidenses perderán otra guerra en el gran Sur y se verán obligados a huir del país. El ciclo se cierra: de guerra en guerra, pasando por el neoliberalismo.

Volver a la teoría del ciclo: el ciclo político conduce al ciclo económico

Ambos ciclos son indisociables, pero la lucha de clases precede y orienta el ciclo económico. El ciclo económico político de la máquina imperial no coincide con la historia del neoliberalismo. Para poder separar las dos realidades, que normalmente se identifican automáticamente, es necesario reconstruir el ciclo del imperialismo y la función que en él juega el neoliberalismo.

Lo que Foucault critica en Marx —el hecho de circunscribir las “leyes” generales de la acumulación de capital y, por tanto, de describir un “capital único”, en lugar de captar el despliegue de diferentes tipos de capitalismo— es, por el contrario, su punto fuerte. Nos permite identificar el fundamento contradictorio del capital, que su desarrollo solo profundizará. Existen, efectivamente, varias tipologías de capitalismo porque diversas son las tipologías de Estado con las que el capital se acopla, pero todas confluyen alrededor de momentos clave, que definen con precisión el inicio, el desarrollo y el fin del ciclo económico, y todas conciernen a las diversas combinaciones de la máquina Estado-capital.

El ciclo del imperialismo nace de las guerras (de conquista, civiles, entre Estados), seguidas de su relativa “pacificación” (gubernamentalidad) en la que

el enfrentamiento radical no se anula por la acción del liberalismo, sino que continúa expresándose por otros medios. La guerra, momentáneamente “gobernada”, resurge con una violencia que despoja al propio neoliberalismo. El neoliberalismo interviene en una parte del ciclo –su parte ascendente–, cuando el imperialismo parece poder desarrollarse sin tensiones y contradicciones. Una ilusión “momentánea” y en la que no se debe caer.

Es la historia del capitalismo, obviamente, y no la del liberalismo (ordo o neo), la que sigue siendo confirmada y reafirmada por la imposición del enfrentamiento entre imperialismos en la guerra actual.

El neoliberalismo pretendía evitar las catástrofes económicas y las guerras que el liberalismo clásico no había podido evitar y en las que había muerto por impotencia. Una pretensión que no puede mantener en absoluto, ya que elimina consciente o inconscientemente lo que siempre ha estado presente (las luchas de clases, las guerras, los monopolios, la concentración del poder económico y político) y salta a la palestra decidiendo los destinos del mundo y, también, al quitarla del medio, el destino de la gubernamentalidad neoliberal.

El ciclo del imperialismo *no desemboca en una nueva racionalidad, en una “nueva razón del mundo”, sino en una nueva guerra y un nuevo fascismo, en una nueva y creciente destrucción económica, política y ecológica. Las teorías que han expulsado a la guerra carecen de herramientas para comprender el fracaso al que están condenadas las políticas neoliberales. No logran ver cómo las guerras de clases*

y las guerras entre Estados fluyen, cual río kárstico bajo las pacíficas, modernizadoras y racionalizadas categorías neoliberales. Por eso critican solo lo que el poder saca a la luz, lo que pone ante sus ojos: la deslumbrante verdad/falsedad del mercado y de la competencia.

El caso de Estados Unidos, un país que introdujo las nuevas normas del imperialismo y su gubernamentalidad y se las impuso al mundo entero, es emblemático de su fracaso.

La soberanía de la máquina Estado-capital es socavada internamente, en su propio territorio. *La sigilosa guerra civil que azota a Norteamérica es la primera de las consecuencias de la acción del imperialismo del dólar que el neoliberalismo debe gobernar.* La dolarización del mundo, el control del mercado mundial ejercido desde una posición de deudor universal, implica una desindustrialización radical de la manufactura. Si bien la destrucción de la industria y de la clase obrera echó por tierra al “monopolio sindical” por medio de la exportación de las fábricas, la economía de la deuda, el desarrollo de la renta, etc., exacerba una situación de lucha entre las clases que corre continuamente el riesgo de desembocar en una guerra civil que las técnicas de gobierno no logran controlar. La gubernamentalidad es una técnica subsidiaria que busca estabilizar lo que ha sido violentamente desestabilizado. Tiene la tarea imposible de equilibrar lo que la acción del Estado-capital “soberano” desequilibra continuamente. El desequilibrio es su funcionamiento real; el equilibrio, en cambio, es la palabra clave de la ideología

ordoliberal y neoliberal. Poco importa que este equilibrio se presente como alcanzable por la espontaneidad de la acción de las fuerzas o por la asidua intervención del Estado. Se trata siempre de una síntesis, de una conciliación, de una “homeostasis” (Foucault) *imposible*.

Algo irónico que debe señalarse: la afirmación de las teorías del libre mercado y su poder de autoorganización y autorregulación (aunque con las conocidas diferencias: por espontaneidad para el liberalismo clásico, por intervención estatal para el ordoliberalismo y el neoliberalismo) se da siempre en el momento en que el binomio Estado-capital desencadena enormes desequilibrios, polarizaciones de renta y patrimonio entre clases, pero también entre Estados, que solo pueden encontrar su “equilibrio” en la guerra. Es la segunda vez que el poder nos juega esta mala pasada, pero la repetición no parece haber servido al pensamiento crítico.

El neoliberalismo, ¿simplemente una ideología?

De todas las teorías del “pensamiento del 68”, hemos optado por ocuparnos de Foucault, porque precisamente su obra sobre el ordoliberalismo y el neoliberalismo resume todos los disparates, malentendidos y errores de análisis sobre el capitalismo, desmentidos por su regreso con fuerza a partir de los años 1970, y en particular desde su punto de inflexión, en 1973, con el inicio de la contrarrevolución (que combina las guerras civiles en América Latina, la crisis energética y la invención de los

petrodólares). Por lo tanto, seguimos el recorrido de Foucault como prototipo, tanto de los méritos como de los límites –e incluso de los muchos fracasos– del pensamiento crítico.

El poder funciona produciendo su propia verdad. La acción del poder, para ser efectiva, debe crear su propio régimen de “veracidad”. Foucault toma prestada de Nietzsche esta concepción de la relación entre el poder y la verdad, como muchos otros conceptos (“La verdad no es, por lo tanto, algo que esté ahí y que haya que encontrar, que descubrir; la verdad es “un determinante activo”).

Si el mercado y la competencia constituyen el “régimen de verdad” del neoliberalismo, ¿qué se deduce de saber que los precios no los fija el régimen de competencia (ni el mercado), sino las relaciones entre fuerzas económico-políticas, entre industrias monopólicas, entre oligarquías de la renta, y que solo el precio de la fuerza de trabajo queda bajo la acción de la competencia salvaje entre los oprimidos? ¿Qué se deduce cuando queda claro que la crisis de 2008 ha refutado uno a uno todos los llamados principios y leyes neoliberales? ¿Cómo definir el neoliberalismo cuando construye la veracidad del mercado y de la competencia y calla o encubre –o ni siquiera toma en consideración– las fuentes reales de poder que lo instalan y lo desmantelan?

Desde este punto de vista, el neoliberalismo funciona como una “ideología”. ¿Cómo llamarlo de otra manera, cuando el ordoliberalismo y el neoliberalismo, hijos de dos hegemonías distintas del capital financiero, construyen narrativas en las

que la guerra, la moneda, el crédito, la deuda y las relaciones de poder que instauran simplemente no existen (como tampoco existen en *El nacimiento de la biopolítica*)?

Ciertamente es una ideología que no puede definirse como “falsa conciencia”, porque es conscientemente producida por redes de intelectuales, financiada por capitalistas de todo tipo, difundida por los medios, legitimada por políticos, apoyada por militares y por el Estado. No se trata de una “superestructura”, porque sus conceptos son “determinantes activos” y constituyen dispositivos discursivos que se vinculan y entran en conjunción con dispositivos materiales que, a su vez, funcionan como otra especie de “determinante activo”. Juntos producen lo “real” del neoliberalismo. Pero ¿en qué sentido este real es *verdadero*?

Foucault (y también Deleuze) sostiene que, en nuestras sociedades, no hay ideología porque todo se ve, nada se oculta. Eso no siempre parece ser el caso. Al menos no con la financierización, no en el caso del dólar, no en el caso de la relación de la moneda estadounidense con lo político y lo militar.

En su sofisticada teoría, cuando hablamos de veracidad, del régimen de verdad, lo que está en juego no es lo verdadero o lo falso, sino los dispositivos, las técnicas, los discursos que permitan “decir como verdadero y afirmar como verdadero un cierto número de cosas que ahora sabemos que no son tales”. Lo que significa que tanto el neoliberalismo como el ordoliberalismo producen conceptos que son *verdaderos* y *falsos* al mismo tiempo.

Aquí también hay que aplicar el doble régimen para descifrar el funcionamiento del poder: son conceptos “verdaderos” porque corresponden a dispositivos discursivos y materiales que imponen competencia a los proletarios en la organización del trabajo y en el mercado laboral, porque gestionan las consecuencias sociales de la acción de la economía de la deuda, de las crisis financieras, porque crean las condiciones favorables a la captura operada por el imperialismo del dólar, predisponiendo a la sociedad a dejarse expoliar por las finanzas. Son conceptos “verdaderos” porque el mercado y la competencia se aplican a la educación, al sistema de salud, a los servicios sociales en general, no porque produzcan aumentos de productividad, sino solo porque funcionan políticamente como dispositivos de centralización del poder y como técnicas disciplinarias y de control funcionales a la captura producida por el imperialismo. Son, por el contrario, conceptos falsos porque mutilan la articulación real del poder del que depende la vida y la muerte del neoliberalismo; y también porque evitan problematizar un poder que no está sometido a la competencia y al mercado, sino que impone una y otro a todos los Estados vasallos y a todos los proletarios del planeta.

La función de un concepto verdadero/falso puede captarse de manera ejemplar en los argumentos de un premio nobel de Economía –Robert Lucas– representante de la Escuela de Chicago. Obtenido por su trabajo sobre el dinero, Lucas sostiene que aquel operaría como un simple “velo” de transacciones, sin ninguna influencia en la distribución de

ingresos. Argumenta que “la deuda no tiene importancia alguna” porque, a diferencia de lo que sabe hasta un niño griego, argentino, tailandés o africano, no enriquece a los acreedores y empobrece a los deudores. La deuda es “neutral”, dice. E insistiendo en que “la deuda no tiene importancia”, argumenta que ni el dinero ni la deuda pueden conducir a una crisis financiera... Esta afirmación fue hecha poco antes de 2008.

Estos enunciados son claramente *falsos*, pero la comunidad académica, los medios de comunicación y los políticos los reconocen y legitiman como *verdaderos*. Y las políticas construidas en base a enunciados falsos tienen efectos *reales*. La producción de categorías falso/verdadero no se limita al mercado y la competencia, sino que cubre todo el espectro de la economía y la política (bajar impuestos a los ricos favorece el “crecimiento”, cuanto más se enriquecen los ricos, más se beneficia la sociedad en su conjunto, esa riqueza “derrama” sobre los pobres, etc.). Evidentemente, no será una batalla intelectual por el triunfo de la verdad contra la falsedad de las categorías neoliberales lo que podrá cambiar la situación. La verdad es una cuestión política antes que una cuestión de saber.

Marx, antes que Nietzsche, había captado la realidad de la verdad contemporánea ya no como trascendente, sino como inmanente a la actividad de los seres humanos: “El problema de si al pensamiento humano se le puede atribuir una verdad objetiva no es un problema teórico, sino un problema práctico. Es en la práctica donde el hombre tiene

que demostrar la verdad, es decir, la realidad y el poderío, la terrenalidad de su pensamiento”.

La verdad, tanto en “economía” como en política, no es otra cosa que la potencia de la práctica, la capacidad de prevalecer sobre el adversario. Si la revolución no prevalece, no tiene verdad. Si el capitalismo prevalece tendremos, como tenemos, “su” verdad.

Los conceptos de imperialismo que el neoliberalismo gestiona desde hace un tiempo no son ni verdaderos ni falsos, son *potentes* en el sentido de que son las categorías de los ganadores impuestas a los perdedores. Pero, entonces, ¿qué es el neoliberalismo? Lo repetimos una vez más: es la continuación, por otros medios, de la guerra financiera/monetaria que libra el imperialismo del dólar. Su *verdadero* “régimen de verdad” es el imperialismo monetario, cuya naturalización debe propiciar el neoliberalismo, neutralizando el conflicto. Es un conjunto de técnicas, tanto materiales como discursivas, auxiliares del nuevo imperialismo para estabilizar, reproducir y consolidar su supremacía mundial (la “paz” de la gubernamentalidad). La “racionalidad” neoliberal viene después del establecimiento de relaciones entre fuerzas; el mercado viene después de la acción de un poder que no es mercado; las normas, las reglas vienen tras un poder que no es norma, que no es regla. El mercado funciona una vez que se establece quién manda y quién obedece; lo jurídico, una vez que la fuerza ha hecho la “diferencia”. Cuando el neoliberalismo deje de producir pacificación, será dejado de lado.

El punto de inflexión de la “racionalidad” y su crítica

Precisamente en *El nacimiento de la biopolítica*, Foucault, tomando como ejemplo una parábola realizada por otras teorías críticas, no solo confirma el abandono de la guerra como método de análisis de la realidad, sino también el de la lucha de clases. Eliminada esta última, la historia se convierte en una sucesión de técnicas de racionalización y técnicas de gobierno, el Estado no sería una “fuente autónoma de poder”, sino nada más que el “efecto” de una multiplicidad de prácticas de gobierno.

El pasaje claramente enunciado es de Marx a Weber. El primero utiliza lo que Foucault define como “la lógica contradictoria del capital”, mientras que, para el segundo, el problema ya no es la contradicción, sino la “racionalidad irracional de la sociedad capitalista”. El filósofo asume plenamente este cambio de punto de vista por el cual todo el análisis del neoliberalismo se ocupa exclusivamente de su racionalidad, las diferencias entre liberalismos (clásico, ordoliberal y neoliberal) son diferencias de racionalidad. Con la introducción de la gubernamentalidad, el problema ya no son las “contradicciones”, las clases, las guerras del capitalismo, sino sus técnicas de optimización, sus funcionalidades, sus decisiones sistémicas. La racionalidad es un concepto que, traducido, significa despolitización de la economía, del *welfare*, del Estado, de todo aquello que las luchas de clases habían politizado fuertemente. El pasaje de la contradicción a la racionalidad es el pasaje del conflicto a su neutralización. El

presupuesto de este nuevo método es la eliminación pura y simple del imperialismo, es decir, de las relaciones de clase que no responden a la lógica de la “razón gubernamental”, sino a la lógica del enfrentamiento irreconciliable entre clases y entre Estados. Es inquietante ver cómo un autor que cree haber (y, en efecto, ha) reconfigurado el concepto de poder ignora por completo la acción del poder de cuyas estrategias depende la activación y desactivación del “neoliberalismo”, y suprime la jerarquía que establece la supremacía del imperialismo del dólar y la subordinación de la gubernamentalidad.

La eliminación de Marx y de su lógica de la contradicción, que Foucault interpreta como dominada por la dialéctica, es una operación política relevante. El desplazamiento teórico (de la contradicción a la racionalidad) sustrae lo *negativo*, que es el elemento que funda la contradicción en Marx. Lo negativo —que plantea el problema de la explotación, de la dominación, de la guerra, pero también de la ruptura, la revuelta, la revolución— es “superado”, es eliminado, de dos maneras diferentes: a través de la “razón gubernamental” —capaz de dar respuesta al problema de la irracionalidad del capitalismo— y mediante la sustitución de lo negativo de la contradicción, del enfrentamiento de clases, de la guerra, por el positivo de la acción del poder.

Este pasaje de Marx a Weber explica también por qué el poder cambia de naturaleza haciéndose “productivo” (poder que incita, hace posible, solicita) y por qué la “represión” es tan inadecuada como la contradicción (ambas formas negativas de poder)

para explicar la realidad. El poder se transforma en una fuerza que produce, que hace crecer, que aumenta la potencia de la vida. *Lo negativo desaparece de ambos lados de la relación, tanto de la acción del oprimido como de la acción del poder.* La positivización de lo negativo es una constante en el pensamiento de los años 1960 y 1970. Enfrentándose hoy con lo negativo de la lucha de clases, de la guerra y el fascismo –que, obstinadamente, no quieren positivizarse– demostrará toda su debilidad. Lo que se había dejado de lado vuelve con más violencia, con lo absolutamente negativo de la guerra, precisamente porque casi no se lo vio venir.

Después de Foucault, abundan los libros sobre la racionalidad neoliberal que, creyendo ejercer una severa crítica al neoliberalismo, hacen su apología (ya en el título *La nueva razón del mundo*, Laval y Dardot cultivan todos los “malentendidos” sobre la racionalidad que continúan expresándose en los libros de Wendy Brown, Barbara Stiegler, así como en toda la crítica de izquierda que se origina en los cursos del filósofo francés en el *Collège de France*).

Lo curioso de Foucault es que puede ser criticado con sus propias palabras, evidenciando su gran inestabilidad política. De hecho, antes de abrazar la racionalidad y la funcionalidad como principios sobre los cuales fundar el análisis de la economía (que ya no es el capitalismo), antes de que los instrumentos de análisis de la realidad fueran la competencia, la ley de la oferta y la demanda y el cálculo costo/beneficio, la guerra y la guerra civil fueron, durante muchos años, el método utilizado por él para comprender e

interpretar la realidad. Damos a conocer, compartiéndolas, sus opiniones sobre la era “guerrera”, porque no se alejan mucho del punto de vista de los revolucionarios del siglo XX y abren una perspectiva más eficaz que puede dar cuenta de la actualidad de la guerra, algo que ni la biopolítica ni el neoliberalismo pueden hacer.

Las siguientes afirmaciones encuentran confirmación inmediata en la relación jerárquica que establece el imperialismo del dólar con el neoliberalismo, la violencia y el uso de la fuerza con la gubernamentalidad. “El derecho, la paz, las leyes nacieron en la sangre y el fango de las batallas”, del mismo modo que el mercado, la competencia, la paz neoliberal y la ley que las acompaña. Las guerras civiles y coloniales del siglo XX forjaron la hegemonía del poder imperialista y el régimen subordinado de los dispositivos de la gubernamentalidad y los de la biopolítica.

Las situaciones de paz y de guerra no solo se reemplazan –donde comienza una y termina la otra–, sino que coexisten. La gubernamentalidad “no comienza donde termina el sonido de las armas”, el mercado “no comienza cuando termina la guerra”. En el sentido de que, durante la paz, la guerra continúa su obra y de que la economía y el derecho son la continuación de la guerra por otros medios.

En el imperialismo del dólar, bajo el mercado, bajo la gubernamentalidad, bajo la competencia, “la guerra continúa causando estragos”. Se desarrolla en todos los mecanismos de poder, aun en los más regulares. La guerra es el motor de las instituciones y del orden: la paz hace tácitamente la guerra hasta

en el más ínfimo de sus engranajes. En otras palabras, hay que descifrar la guerra detrás de la paz: la guerra es la otra cara de la paz.

Si no se tiene esta capacidad para desentrañar el doble régimen de poder, no hay forma de entender la guerra en curso. De las categorías de la gubernamentalidad, amputadas del poder imperial, es imposible deducir la guerra. Si nos dejamos atrapar por la trampa foucaultiana del neoliberalismo y la racionalidad gubernamental, de la razón neoliberal, nada entenderemos de la guerra, que se presentará entonces como exógena a la economía, a la biopolítica y a la gubernamentalidad. Una “irracionalidad” completamente extraña a la racionalidad de la mundialización (así se define al enemigo ruso y a su guerra irracional).

En cambio, debemos seguir intentando descifrar la guerra bajo la paz, que fue el método de los revolucionarios de la primera mitad del siglo XX. Para poder hacerlo, necesitamos abandonar el neoliberalismo y la biopolítica en todas sus versiones y volver a las clases y su enfrentamiento.

Notas

1 Foucault, Michel, *Nacimiento de la biopolítica...* op. cit.

2 El concepto de “capital humano” que critica Marx en el tercer libro de *El capital* es más interesante que el mismo concepto que encontramos en Becker o Foucault, porque se concibe a partir de las finanzas y no de la producción. Ciertos economistas de su época, en línea con la definición que luego daría Fischer,

asimilaron la fuerza de trabajo al capital monetario o financiero y el salario al interés que produciría este capital. Marx señala que, *si la fuerza de trabajo fuera capital, podría venderlo y así cobrar el valor-capital correspondiente a su precio* (lo mismo podría decirse de su versión industrial de los neoliberales: si la fuerza de trabajo fuera una empresa, se podría vender). Pero el valor del capital humano es inseparable del cuerpo. Solo en el sistema de la esclavitud, continúa Marx, el trabajador tiene “un valor de capital” correspondiente a su precio de compra. Si llega a ser alquilado a un tercero, el que lo arrienda debe pagar los intereses sobre el precio de compra y además reponer el desgaste anual del capital» (quizás sea precisamente el deseo tácito de una nueva forma de esclavitud moderna lo que subyace tras toda esta ideología del “capital humano”). Marx habla de un absurdo que las teorías críticas han aceptado como la realidad del trabajador contemporáneo: “En vez de explicar la valorización del capital por la explotación de la fuerza de trabajo se procede a la inversa, explicando la productividad de la fuerza de trabajo como si esta fuese también esa cosa mística que se llama el capital a interés” –capital que produce renta, escribe Foucault, sin dejar traslucir su acuerdo o desacuerdo con tales absurdos—. Sin embargo, concluye Marx, tanto en la versión industrial como en la financiera, el capital humano debe trabajar, debe estar directa o indirectamente subordinado, para obtener un salario”.

3 bell hooks: “Mi pareja no tenía sentido de la vergüenza. Seguía diciéndome que la deuda es el estilo de vida estadounidense”. La conversión “antropológica” no la produce el emprendedor (ideología de los académicos neoliberales), sino las “fantasías obsesivas de tener dinero”. “El problema de los pobres y de la clase trabajadora no es que les falte dinero, sino que sus fantasías sobre lo que el dinero puede hacer superan con creces la realidad (...). Observo que muchas personas pobres y de la clase

trabajadora que yo conozco gastan una cantidad de tiempo exorbitante fantaseando sobre el poder del dinero, sobre lo que el dinero puede hacer”. Ciertamente, no fantasean con una carrera como emprendedores. Es a través del acceso al crédito que la ideología capitalista se insinúa en la subjetividad. “Esta falta de conciencia se deriva, en parte, del hecho de que el crédito y la deuda generalizados permiten que muchas personas consuman más allá de sus posibilidades y tengan estilos de vida que no pueden permitirse”.

4 En palabras de Alexandre Roig, la herencia a asumir no debe buscarse en la historia de los patrones, sino en la de la lucha de clases, en la historia de los movimientos. *En el movimiento obrero*: “Progresivamente la categoría negativa de *desempleo* será sustituida por una propuesta positiva: la ‘economía popular’. Y propone, así, un cambio de sentido en la política. No se aspira a volver a un ‘empleo’, sino a potenciar el trabajo que ya organiza la vida popular. Construir y fortalecer lo que ya se hace para vivir. Pensarse sindicalmente en esta perspectiva es poner sobre la mesa que el sujeto sigue siendo el trabajador organizado que disputa salario y derechos, pero desde otra relación”. *En el movimiento cooperativo*: “Las tradiciones de trabajo autoorganizado coexisten en el inconsciente popular de nuestro país y en la práctica de muchos otros territorios, siendo la Argentina unos de los países con más cooperativas y mutuales del mundo (...). En América Latina, esta forma de organizar el trabajo toma aún más potencia por las similitudes con la organización de las economías comunitarias de muchos pueblos originarios”. *En el movimiento feminista*: “El problema de la economía en su conjunto, y en particular de la economía popular, termina siendo cómo se visibiliza y valoriza ese trabajo. Y la problemática de la valorización hace que se dé el encuentro con otro movimiento: el movimiento feminista. Una de las grandes preguntas que ha instalado el femi-

nismo mediante la lucha es: ¿Cómo se visibiliza y se valoriza un trabajo históricamente invisibilizado y no valorizado? Como es el caso de las tareas de cuidado, el trabajo reproductivo o el trabajo socio-comunitario. Esta pregunta es la que permite, justamente, resistir a la lógica del capitalismo financiero: ver la relación aunque esté oculta. La economía popular procura interrumpir la huida del capital financiero de la escena del conflicto con el trabajo”.

5 La guerra de clases es una categoría de bell hooks: “Hoy está de moda hablar de raza o género, el tema impopular es la clase: nos pone tensos, nerviosos, en duda cuando nos preguntamos de qué lado estamos. En menos de veinte años, nuestra nación se ha convertido en un lugar donde los ricos realmente gobiernan (...). Ahora elijo la clase porque creo que la guerra de clases será el destino de nuestro país si no enfrentamos juntos el clasismo, si no nos ocupamos de la brecha cada vez mayor entre ricos y pobres, entre los que tienen y los que no tienen. Este conflicto de clases ya está connotado en términos de raza y género. Ya está creando divisiones y separaciones”.

6 Esta figura del trabajador implica una equiparación del obrero y del patrón, ambos “capital humano”, ambos “empresas”. Lo único que los distingue es la “función”. El análisis funcional que asume Foucault convierte al trabajador no en un subordinado, sino en una “máquina de competencias” que producirá ingresos, que realizará inversiones, que tomará decisiones. “El trabajo es una conducta económica practicada, implementada, calculada por quien trabaja”: aquí la ideología alcanza niveles nunca alcanzados por la economía clásica. El análisis funcional es una despolitización radical de la relación de dominación y explotación. Es increíble cómo las relaciones de poder están completamente ausentes de este análisis, nunca entran en juego, solo son funciones, solo competencias. Esto es asombroso, tratándose de un teórico de las relaciones de poder.

Teorías del dinero e imperialismo del dólar

El imperialismo del dólar tiene muchas implicancias para una teoría del dinero (pero también del poder). La inconvertibilidad del dólar a oro ha puesto en evidencia que la moneda, más que tener una relación ontológica con el intercambio, con el trabajo, con la producción, la tiene con el sistema político, con el Estado, con la guerra y con la deuda pública. O, mejor, la tiene con la naturaleza política de la máquina Estado-capital.

Ahora bien, cuando hace 5000 años, nació la moneda en la Mesopotamia, durante el Neolítico, lo hizo bajo la misma forma y con las mismas funciones que encontramos hoy en el nuevo imperialismo monetario.

Los estudios sobre Mesopotamia fueron desarrollados por el autor de *La gran transformación*, Karl Polanyi,¹ y retomados en Harvard por el Instituto para el estudio de las tendencias económicas a largo plazo, que organizaba periódicamente reuniones y seminarios sobre el tema y publicó cinco volúmenes “para reescribir los comienzos de la historia económica de la civilización occidental”. Estas últimas palabras son de Michael Hudson, quien participó en estos grupos de investigación.

La genealogía de la moneda nos muestra lo que el imperialismo del dólar nos ha revelado, a saber, que su verdadera naturaleza es ser deuda y poder,

deuda y guerra (analizar la deuda sin la guerra no tiene ningún sentido). Cuando decimos que el origen de la moneda es político, queremos decir que su existencia, más que de la producción, depende siempre de un centro de poder. Queremos decir, también, que a los “automatismos” de las leyes de la economía, que tendrían su expresión más abstracta en la moneda, hay que sustituirlos por la estrategia político-económica-militar de la máquina Estado/capital, como nos enseña el imperialismo del dólar.

La producción de la moneda tiene un origen extraeconómico, lo que constituye la razón principal por la que la “ciencia económica” no sabe cómo tratarla, al identificarla inmediatamente como un elemento ajeno a su lógica.

Esto también se evidencia en la historia del dólar: antes que el mercado, el precio y las “leyes” económicas, están las relaciones de fuerza, las imposiciones y compromisos, las amenazas y los acuerdos. Pero también se puede argumentar que la misma historia de la moneda permite ver que “la política precede al ser”, que la estrategia precede a la ontología y que el conflicto define a ambos.

Cinco mil años después de su aparición, la moneda virtual, la moneda escritural, la moneda de signos, vuelve a imponer su naturaleza y su funcionamiento. Quizás el dinero siempre ha funcionado así, y es la “ciencia” económica la que nos ha dado una visión distorsionada del mismo.

La historia, la arqueología y el estudio de las lenguas antiguas del Neolítico, en la Mesopotamia, invierten por completo la progresión establecida

por la economía clásica, aunque también por Marx —que, en este plano, es su fiel discípulo— respecto del modo en que aparece la moneda: del trueque, del intercambio, de la producción, del crédito y de la deuda. La moneda crédito no se sitúa al final, sino al principio de esta evolución económica. Y no surge del comercio, sino de la deuda y el crédito instituidos por el poder político-religioso, que tiene una relación muy estrecha con la guerra, el ejército y la conquista.

Antes de ser un fenómeno económico, el dinero es una estrategia política. La historia económica y la antropología establecieron que el crédito y la deuda precedieron al intercambio. Nietzsche ya había criticado la economía política, para la que todo comienza con el intercambio y para la que el comportamiento humano natural debe buscarse en la actitud ante el intercambio. El filósofo alemán, al situar la relación acreedor/deudor en el origen de la civilización, obtiene de esta no solo la medida, el valor, la valoración y el precio, sino también la propia subjetividad del hombre (su memoria, su capacidad de prometer, de predecir, etc.).

Para confirmar estas hipótesis de Nietzsche, disponemos de una rica documentación sobre el nacimiento de la moneda en el Neolítico. La parte esencial de la escritura cuneiforme que nos queda de aquella época se refiere a las finanzas, pues las famosas tablillas no son otra cosa que “pagarés”, reconocimiento de una deuda y cálculos de intereses o impuestos a pagar al soberano o al templo. Tres mil años antes del nacimiento de Cristo, el poder político

y el poder religioso inventan un refinado sistema de crédito/deuda que incluye también el interés y el interés compuesto, de donde se deriva el dinero y sus funciones de medida, cálculo, pago, reserva, etc.

La moneda nace como moneda virtual, moneda escritural, moneda-signo. El “extractivismo” no es una nueva técnica de apropiación de la riqueza que apareció con el capitalismo de la renta y la depredación. Nació con la deuda y el crédito que son técnicas extractivas, no instrumentos diseñados para facilitar el intercambio y la medida del trabajo.

La monetización de la sociedad y de la economía es obra de la administración imperial. El equivalente general no surge, como en Marx, del intercambio y el trueque, sino que lo establecen funcionarios que arbitrariamente fijan un precio al grano y establecen una equivalencia con la plata (un séquel de plata = 8 gramos y tiene el mismo valor que un “gur” = cuarto de grano). La moneda servía, principalmente, para pagar las deudas contraídas con el soberano (impuestos a pagar) y para establecer una tabla de precios imprescindible para los cálculos y el registro de las cuentas del poder, necesaria para la medición del tiempo de trabajo y el rendimiento de las tierras. Esta moneda se utilizaba para financiar el funcionamiento de grandes instituciones, templos y palacios, lo que permitía su circulación y difusión en la sociedad.

Para compensar el tiempo que separaba la siembra de la cosecha, los sumerios inventaron esta técnica que permitía *comprar tiempo* (consumir antes de pagar, consumir antes de producir el propio “salario”).

Los campesinos tomaban semillas prestadas del poder político o religioso, o compraban bienes a crédito, o iban al “almacén” a abastecerse, y se comprometían en una deuda a ser pagada en el momento de la cosecha. Los campesinos y otros actores de la economía podían así reembolsar al “palacio” (la administración), que había adelantado los recursos monetarios. El intercambio se hace posible, es facilitado y ampliado por la existencia de la moneda virtual instaurada por el poder político. La economía monetizada y el mercado nacen del tributo que los súbditos deben al poder establecido.

La creación de la moneda es un poderoso dispositivo para controlar el tiempo, gobernar las actividades de los súbditos, imponer ritmos de trabajo y calendarios de pago de impuestos.

Ya en ese momento, estos sistemas financieros contruidos sobre la deuda creaban rápidamente fuertes desigualdades sociales, polarizaciones de ingresos y de patrimonio que determinaban el empobrecimiento de los deudores y el enriquecimiento de los acreedores. Estas profundas “diferencias”, y la formación de oligarquías derivadas de ellas, ya se conocen desde el Neolítico. El poder se veía obligado a perdonar las deudas con regularidad (“jubileo”). El palacio y el templo anulaban las deudas, liberaban a los deudores esclavizados y redistribuían las tierras no por razones humanitarias, sino para preservar una población de campesinos y pequeños propietarios de la tierra que proporcionaban soldados para la guerra, mano de obra y recursos para los templos y palacios. El empobrecimiento de la

población causado por el endeudamiento amenazaba con producir una implosión en toda la sociedad. La oligarquía de la época era mucho más sabia que las oligarquías contemporáneas, cuya consigna es, en cambio, que todas las deudas deben ser pagadas sin excepción, excepto, evidentemente, las de Estados Unidos.

Esta verdad de la moneda –su existencia inmediatamente política, su carácter de dispositivo de una estrategia de poder– se pierde con el nacimiento de la economía como “ciencia”. La economía evita cuidadosamente establecer una relación entre la moneda y el poder político, y lo hace de dos maneras diferentes: hace emerger la economía clásica del intercambio y, por lo tanto, la reduce a un asunto enteramente económico, mientras que la teoría neoclásica convierte a la moneda en un mero “numerario” que no tiene ninguna influencia sobre los precios, los ingresos y la economía. La teoría neoclásica del equilibrio general de Walras también prescinde de la moneda. El intercambio económico se reduce a un trueque que no está mediado por la moneda. Cada individuo lleva sus productos y servicios al mercado donde un “comisionado de subastas” establece los precios a través de la oferta y la demanda, sin la intervención de la moneda.

Según la teoría neoclásica (modelo de la economía ortodoxa), la moneda es neutral, no modifica los precios ni la distribución de la renta. Si la moneda cambia el equilibrio del mercado, significa que el sistema monetario está gestionado de manera errónea por las autoridades (posición monetarista).

Marx y el dinero

La teoría marxista de la moneda, contenida en el tercer libro de *El capital*, da un gran paso adelante porque monetiza la economía. No puede haber economía sin moneda. Marx tiene una posición muy original sobre la moneda, aunque sigue siendo ambigua. Por un lado, el dinero no puede ser neutral porque es la condición *sine qua non* para el acceso a los bienes tanto del consumidor (obrero) como del capitalista. La moneda interviene fuertemente en las transacciones, en la distribución del ingreso, en las diferencias de clase, también porque el crédito amplifica y acelera la producción y concentración del poder económico y, por ende, los desequilibrios y las crisis. Por otro lado, sin embargo, como en la economía clásica, el dinero nace del intercambio, tiene un origen mercantil, enteramente económico. La relación con el poder político y el Estado es una relación de uso, instrumental. No es una relación estratégica, porque la genealogía de la moneda se explica a través de la economía.

La ambigüedad marxiana implica que el dinero del mercado mundial excluye tanto al “dinero simbólico, puros y simples signos de valor que son la especificidad de ciertos Estados, como al dinero-crédito”. La moneda nunca puede desligarse, como lo hace el dólar, de esta medida objetiva constituida por los intercambios internacionales en su conjunto.

“Pero nunca hay que olvidar que, en primer lugar, el dinero –bajo la forma de los metales preciosos– sigue siendo el sustrato del cual el sistema crediticio jamás podrá *liberarse*”, dice Marx.²

Con esta concepción de la moneda, la *Fed* nunca podría intervenir sobre los precios, porque están determinados por el funcionamiento autónomo de los intercambios. Pero no quiero reconstruir la teoría de la moneda marxiana como un todo, sino solo resaltar los problemas inherentes a su concepción del funcionamiento del dinero como un “autómata”, que se expresa plenamente en lo que Marx llama “movimiento autónomo del valor”, capaz de convertir la actividad humana en un movimiento impersonal de las cosas (o, incluso, en un “proceso sin sujeto”, como se dirá más adelante). Me gustaría mostrar que, incluso en este caso, lo que es fundamental es *la estrategia política y militar, por lo que la lucha de clases precede no solo a la producción, sino también a la moneda*. La gestión monetaria y financiera puede emanciparse –y, de hecho, se emancipa– de la objetividad que produce el funcionamiento autónomo de los intercambios. De lo que no puede liberarse es de las luchas de clases.

Incluso antes de ser económico, el problema de Marx es ontológico-filosófico. Es el fetichismo de la mercancía, tal como se lo llama en el primer libro de *El capital*: las relaciones entre los hombres se revierten en relaciones entre las cosas, y son estas últimas las que comandan la acción y el destino de los primeros.

Esta descripción fetichista del movimiento del dinero es la versión negativa de la impersonalidad del funcionamiento de la economía, cuya versión positiva dan los teóricos del mercado. Las acciones humanas se coordinan y autoorganizan gracias al

mercado, que vuelca la subjetividad individual de cada actor económico en la objetividad de los precios, gracias a la competencia.

Lo que desaparece aquí, en el funcionamiento del dinero como “autómata”, es la estrategia, es la acción de una voluntad contra otras voluntades que el imperialismo del dólar (y la invención de la moneda en el Neolítico), en cambio, nos restituye en su totalidad. Por supuesto, la estrategia no es una simple relación entre “sujetos”, pasa siempre por las “cosas”, pero esto no significa que las segundas dominen a los primeros.

Si la acción económica no es simple intersubjetividad, tampoco es interobjetividad (relación entre objetos). La acción siempre tiene un elemento intencional, pero eso no significa que el sujeto sea individual. La acción se enfrenta siempre a la acción de otras voluntades, con las que tiene que combatir para poder desplegarse: es una relación entre fuerzas. La economía viene después, primero está la lucha de clases. Solo la victoria de los capitalistas sobre los proletarios da lugar a procesos y leyes económicas “objetivas”, a automatismos.

El fetichismo del capital se manifestaría en toda su plenitud con el capital financiero, con el capital productor de interés, que, según Marx, encarna la culminación de la inversión sujeto-objeto.

La fórmula D-D', dinero que produce dinero, “sin la mediación del proceso de producción y del proceso de circulación” es, según Marx, “una expresión carente de sentido” en la que “el capital aparece como la fuente misteriosa y autogeneradora del

interés, de su propia multiplicación (...). Aquí queda consumada la figura fetichista del capital y la idea del fetiche capitalista”.

Objetos simples, pedazos de papel, “títulos de propiedad para la producción futura” cobran vida, movimiento, y se dictan sus propias leyes, que dan la ilusión de constituir un “verdadero capital”. En realidad, estas constituyen para Marx un “capital ficticio”, una “producción ilusoria”.

“El movimiento autónomo del valor de estos títulos de propiedad, no solo de los títulos estatales, sino también de las acciones, confirma la apariencia de que constituirían un capital real junto al capital o al derecho a ese capital, derecho del que posiblemente sean títulos. Pues se convierten en mercancías, cuyo precio tiene *un movimiento y una estabilidad peculiares*”.

Lo que debemos retener de estas páginas de Marx no es su afirmación de que el poder del dinero se afirma a través de su automatismo, a través de su movimiento automático (el autómatas del dinero), sino el hecho de que el dinero, el interés, las finanzas, el crédito tienen sus propias leyes y movimientos que pueden volverlos independientes, “autónomos” del capital real (industrial). Al explotar esta autonomía relativa, el “capital ficticio” subordina al “capital real”. Las finanzas (en complicidad con el Estado) terminan comandando la producción. Esta es una tendencia interna y necesaria para el desarrollo capitalista que se manifiesta abiertamente desde finales del siglo XIX con el imperialismo.

Es gracias a esta “autonomía” que el imperialismo del dólar ha podido afirmarse y es siempre

gracias a esta relativa independencia que la estrategia que hemos visto en el trabajo entre los poderes económicos y estatales es efectiva. La transición de la hegemonía del capitalismo industrial a la hegemonía del capitalismo financiero es una “necesidad” interna del desarrollo capitalista. Las finanzas, puestas temporalmente bajo el control del poder político durante el keynesianismo (la eutanasia del rentista) y reducidas a una simple estructura de servicio financiero de la industria, derribarán rápidamente su subordinación. Con la declaración de inconvertibilidad del dólar, retoman su función de orientar y organizar la explotación y la dominación no solo en la fábrica, sino en la sociedad en su conjunto y en todo el globo.

Si se debe tomar en serio la afirmación de Marx de que se trata del mismo capital, entonces no es posible oponer el capital productivo al capital parasitario, ni la ganancia a la financiación (renta), porque son dos caras de un mismo proceso. Debemos extraer todas las consecuencias de esta idea y no vacilar, como a veces lo hace Marx, afirmando que, a partir de finales del siglo XIX, se establece una jerarquía entre el capital financiero y el capital industrial: el primero domina al segundo, la renta manda sobre la ganancia, al punto de confundir sus diferencias.

No quiero afirmar con esto que el automatismo del valor monetario y financiero no existe. Por el contrario, sostengo que solo puede construirse y funcionar después de que la potencia política, económica y militar haya establecido la estrategia y definido quiénes son los vencedores que mandan y quiénes son

los vencidos que obedecen. Es decir, el automatismo se alcanza después de que el equilibrio de poder ha establecido quién se beneficia de él y a quién se lo “expropia”. Esto es lo que evidencia el imperialismo del dólar para cualquiera que quiera ver.

El límite de la teoría marxiana emerge claramente cuando analiza el papel de la “deuda pública” únicamente desde un punto de vista económico/industrial: “Que incluso la acumulación de deuda pública pueda funcionar como una acumulación de capital muestra la inversión que tiene lugar en el sistema de crédito entre ‘real’ y ‘ficticio’”.

En el imperialismo del dólar, la función política de la deuda pública muestra toda su fuerza. Es el arma fundamental para la acumulación de ganancias y rentas que ahora apenas se distinguen una de otra (no tiene nada de “ficticio”). Es sobre la base del déficit público, que se ha construido y deseado políticamente, que se reproduce el poder de Estados Unidos.

Que el neoliberalismo quiera soslayar estos aspectos del capitalismo financiero, mientras se empeña en poner el foco en el “mercado”, la competencia, la oferta y la demanda, nos remite a la estrategia, a las relaciones de fuerza que buscan diluir cada vez más la clara separación entre lo político-económico y lo militar. Las leyes más estrictas y los automatismos más contundentes son los de la moneda, pero es justo ahí donde interviene la historia del imperialismo del dólar para hacernos comprender que no hay “automatismo”, que todos los mercados están previamente regidos por estrategias que utilizan el funcionamiento del dinero con fines de dominación,

pero que estos fines solo pueden alcanzarse desarrollando el poder de las finanzas, controlando y orientando sus “leyes”.

La historia del dólar exhibe imposiciones, prohibiciones, normas, acuerdos, amenazas, reglas, que la potencia dominante impone por las buenas (si los Estados subordinados aceptan o si se llega a un acuerdo) o por las malas, lo que prevé el uso de la fuerza (si los dominados no aceptan). *El mercado existe, pero solo entre ganadores y perdedores* a quienes la ciencia económica disfraza de inofensivos y pacíficos actores del intercambio que prefieren negociar bienes de igual a igual antes que enfrentarse en una batalla sangrienta.

En el imperialismo del dólar, el crédito, capital productor de intereses, funciona como dispositivo de captura de riqueza mundial (reconstruimos cuatro de ellos en la primera parte). Tiene, pues, una función política absolutamente central, porque permite a las potencias dominantes utilizar la relación “deudor/acreedor” para enriquecerse, para imponer su voluntad, para mantener en situación de dependencia a naciones y continentes enteros.

La categoría de capital “ficticio” o “ilusorio” es engañosa y corre el riesgo de introducir todo tipo de malentendidos porque el funcionamiento de los dispositivos de este capital financiero corresponde a algo absolutamente real, efectivo. La extracción de riqueza es efectiva, la subordinación que provocan es real.

El capital financiero se ha independizado de la producción. Como dice Marx, tiene sus propias

leyes. Es esta autonomía, no su automatismo, la que ha sido “explotada” políticamente. Sobre esta independencia se ha construido la subordinación del capital industrial, la subordinación del capital comercial, pero también la subordinación de los Estados soberanos que no tienen el capital financiero y la fuerza militar a su disposición para imponerse en el mercado mundial.

Es desde este punto de vista, y no desde un punto de vista puramente económico, que debe entenderse el capital financiero. Su funcionamiento, sumado a la fuerza del Estado, es capaz de actuar no solo sobre la producción o la sociedad como un todo, sino a nivel planetario (la máquina Estado-capital implica que, a nivel global, la acción de la guerra, de las relaciones de fuerza militares, sea inseparable de la acción económica). El dinero del mercado mundial es esto, nada más.

La afirmación de Marx de que la fórmula D-D' considera “el capital sin tener en cuenta las condiciones de reproducción y de trabajo” es cierta solo de modo superficial. Las condiciones necesarias para que funcione la fórmula D-D' son muy diferentes y van mucho más allá de la reproducción y el trabajo de los que habla Marx. Entre D-D', no encontramos solo ni principalmente dispositivos financieros (letras del Tesoro, derivados, acciones, bolsa, bancos centrales, etc.). Está el *mercado mundial* con su intercambio desigual; la *heterogeneidad* de economías, más o menos “desarrolladas”, más o menos industriales, más o menos comerciales; la multiplicidad de trabajos (asalariados, precarios, domésticos,

serviles, esclavos); la enorme masa de trabajo gratuito. Pero están también, y sobre todo, el Estado, la guerra, el ejército; está la correlación de fuerzas entre las clases a nivel mundial (centro/periferia, la competencia entre los trabajadores de la deslocalización en el Sur del mundo y en el Norte), las asimetrías de poder entre Estados, entre capitalismo; además hay colonialismo, depredación, expropiación. El capital financiero tiene la capacidad de capturar no solo el “trabajo asalariado”, sino el conjunto de las relaciones sociales, razón por la que el desarrollo irresistible no es el del capital industrial, sino el del capital financiero, del cual el primero es solo una parte, indispensable, pero parte al fin. Lo que es igualmente importante es que la fórmula D-D’ sin imperialismo, es decir, sin guerra, es imposible.

Esta ambigüedad marxiana sobre la moneda debe resolverse recurriendo al propio Marx, el Marx de la lucha de clases. El capital es una “relación social” que no puede simplemente revertirse en una relación entre cosas, porque es una “lucha de clases” antes de ser producción, porque es una relación de “guerra” antes de ser una relación económica, porque es una relación estratégica antes de que pueda convertirse en un “automatismo”. Tanto más si no nos limitamos a hablar del capital con sus “leyes” económicas, por un lado, y del Estado, por otro, con su soberanía, su ciudadanía, sus derechos, sino de la máquina Estado-capital, en la que soberanía y capital no pueden disociarse, aunque, como veremos, su acción conjunta mantiene diferencias específicas de funcionamiento y objetivos.

Flujos monetarios y potencia

Como he dicho en otra parte, en Deleuze y Guattari podemos encontrar una importante teoría de la moneda que llega a las mismas conclusiones que el grupo de estudio de Harvard mencionado más arriba. En *El anti-Edipo*, presentan la moneda de crédito como aquella que le da a la “deuda infinita” su forma capitalista. El punto de vista todavía está estrechamente relacionado con el tercer libro de *El capital* y la descripción marxiana de la moneda crédito, pero la moneda ya es deuda.

En *Mil mesetas*, la teoría se refina aún más y muestra que la moneda no nació según los principios de la economía clásica, del intercambio mercantil, sino a partir de los impuestos, exactamente del mismo modo en que se crea el dinero en el Neolítico hace 5000 años. “Por regla general, el impuesto monetiza la economía, crea la moneda, y la crea necesariamente en movimiento, en circulación, en rotación, y también necesariamente en correspondencia con servicios y bienes en el flujo de esa circulación. Para el Estado, el impuesto será el medio del comercio exterior, en la medida en que se apropia de ese comercio. Pero la forma-dinero nace del impuesto, no del comercio. (...) Que los bienes y los servicios sean como mercancías, y que la mercancía sea medida y equiparada por el dinero, todo eso deriva fundamentalmente del impuesto”.³

Pero quizás la contribución más importante sea la relación que se establece entre los flujos monetarios y la fuerza política, militar y económica, entre dinero

y potencia, entre dinero y guerra. Relaciones que se pueden descifrar fácilmente en el imperialismo del dólar. Deleuze introduce una diferencia cualitativa, que me parece relevante, entre los flujos económicos para entender, precisamente, su funcionamiento: los flujos de inversión son de naturaleza diferente a los flujos de dinero encarnados en el “poder adquisitivo” del salario o de los ingresos. La naturaleza heterogénea de los flujos se manifiesta a través de diferencias de potencia que expresan diferentes posibilidades de acción. El dinero es un signo, una moneda-signo como el dólar o como la moneda de los sumerios, pero puede ser un signo *potente* o *impotente*.

El dinero de los flujos de inversión es *potente*, porque determina y establece la producción y las fuerzas de trabajo *futuras*, mientras que el dinero del salario es *impotente* porque es un mero medio de intercambio de objetos ya producidos (*hasta convertirse en objeto del conflicto de clases, del rechazo de la relación política de dominio*).

Los flujos salariales (o de ingresos) son flujos de “poder adquisitivo” que solo expresan un cierto “poder de intercambio” con las mercancías. Son un conjunto de medios de pago que se intercambian por bienes para su reproducción. De menor potencia, están subordinados a los flujos de financiación que, en cambio, detentan un poder de prescripción, de elección, de decisión. Una fuerza que tiene la capacidad de anticipar la producción, las relaciones de poder y las modalidades de sujeción por venir. La potencia de la moneda de financiación no deriva de un poder adquisitivo más o menos alto, la fuerza de

un capitalista no depende de que sea más rico que un trabajador, sino de la fuerza extraeconómica que acompaña, sostiene, singulariza la economía.

“Cuán rico pueda ser, cuán fuerte pueda ser su poder de compra, el dinero como poder adquisitivo define un conjunto de signos impotentes que reciben su potencia de otro flujo, el flujo de las finanzas. Y si el dinero como poder adquisitivo está gobernado por las leyes del intercambio, el otro flujo responde a leyes completamente diferentes, las leyes de creación y destrucción de la moneda”.

Ya aquí encontramos una primera relación del dinero, no con la economía, sino con el Estado, con el poder político, con la soberanía, es decir, con la fuerza. La creación y destrucción de la moneda es una prerrogativa, primero del soberano, luego del Estado (a través de su Banco Central). Incluso los bancos privados pueden crear moneda (y crean mucho más que el Estado: el 90 % de la moneda es creada por los bancos) pero, a diferencia del Banco Central, no pueden emitir para salvarse de la quiebra. El Estado, en cambio, puede y debe evitar la implosión tanto de las finanzas como del sistema capitalista a través de la creación monetaria soberana. Es lo que siempre ha sucedido a lo largo de la historia y lo que han hecho los bancos centrales durante y después de la crisis de 2007-2008. Es un “privilegio soberano”, no una función económica.

Esta relación es, de nuevo, demasiado evidente en el imperialismo del dólar.

El imperialismo del dólar saca toda su fuerza de la capacidad extraeconómica que detenta,

asegurada por un poder tanto político como militar, de crear y destruir la moneda sobre la que tiene el monopolio. A través del manejo de las tasas de interés, puede aumentar o disminuir los flujos de inversión, puede decidir la asignación de estas inversiones y, nuevamente a través del dinero, puede quitar o retornar capital, es decir, favorecer las inversiones en el extranjero o crear las condiciones para que el capital vuelva a invertirse en los tres mercados norteamericanos: las letras del Tesoro, los derivados y la bolsa. Todo el proceso está garantizado no solo por la fuerza económica e innovadora del capitalismo estadounidense, sino sobre todo por su “fuerza” militar.

La potencia que se expresa aquí es la de los flujos monetarios que comandan el mercado mundial, apoyados y determinados por los flujos de “guerra”, es decir, por la fuerza político-militar-económica del imperialismo.

La máquina de Estado-capital

Es preciso ampliar el cuadro definido por Deleuze para captar la integralidad del proceso y la función (distinta) que juegan el Estado y el capital. Los flujos de financiamiento del imperialismo del dólar fluyen a través del mercado mundial. La relación Estado-capital, que ya estaba estrictamente establecida en la Primera Guerra Mundial, constituye una máquina de guerra en la que estas dos potencias combinan sus fuerzas, pero mantienen cada una su relativa autonomía, fuente de un aumento de fuerza, pero

también de contradicciones que pueden conducir, no solo a crisis, sino a guerras.

El capital industrial de Marx se convierte en capital financiero, pero conserva de forma exacerbada su voluntad de expansión sin límites. Pero la hegemonía del capital financiero no puede existir sin una doble intervención del Estado, *una primera intervención sobre el mercado mundial* y *una segunda directamente sobre las finanzas*.

La tendencia del capital a universalizarse, a hacerse cosmopolita, a desplazar continuamente los límites a los que se enfrenta y los que él mismo crea, solo puede lograrse gracias a la intervención estatal. En ningún caso el capital es capaz de extender los límites de su desarrollo de manera inmanente, a través de la economía, a través de la crisis de destrucción creativa, a lo Schumpeter. En el mercado mundial, el desplazamiento de estos límites requiere de la intervención del imperialismo.

En el imperialismo clásico, los imperios coloniales tienen un centro de imputación: el Estado. Sin su fuerza armada, es imposible conquistar los espacios “libres”, es decir, llevar la guerra a lo ilimitado de las colonias y poder declararla contra los competidores europeos tanto en el continente como en el mercado mundial. En el imperialismo del dólar, los espacios del gran Sur ya no son “libres” y la mundialización choca con los límites de las ex-colonias convertidas en Estados soberanos. A pesar de ello, como sostiene Qiao Liang, Estados Unidos está librando una “guerra infinita” (está en guerra constante desde 1945) no contra el terrorismo, sino para mantener el

monopolio del dólar que coloniza sin ocupar, que domina a través de las finanzas, la deuda y la moneda.

La segunda intervención del Estado es, en cambio, interna a la dinámica de la acumulación financiera. En el imperialismo del dólar, el capital es a la vez cosmopolita y “norteamericano”, porque la creación/destrucción de la moneda, de la que depende el inicio del ciclo económico, es siempre tributaria de un centro de poder “nacional”: la fuerza desterritorializante del dinero, que no conoce fronteras, necesita de la fuerza territorializada del Estado cuya soberanía se ejerce plenamente solo dentro de ciertas fronteras.

Se trata de una contradicción sin síntesis posible, de una tensión que no puede ser superada, pero que debe ser gestionada como tal (estrategia). La máquina Estado-capital muestra toda su fuerza, pero también sus enormes contradicciones internas que estallan cuando se afirma la hegemonía del capital financiero, lo que evidencia cómo esta contradicción no puede dar lugar a ninguna superación. El imperialismo es precisamente el dispositivo de gestión estratégica en el que estas “contradicciones” se reproducen en vez de resolverse y, al reproducirse de manera extendida, desembocan en la guerra.

La voluntad del capital financiero de expandirse sin tregua, su vocación de universalizarse, de perder su ser “norteamericano” empuja el límite hasta el colapso financiero y, más aún, lleva a la guerra a todo el sistema capitalista. En este punto, solo el Estado puede bloquear este proceso de autodestrucción que, como la producción, no conoce límites, y salvar al sistema con la creación monetaria. *La moneda*

(Estado) salva a las finanzas (capital). Y no solo salva a las finanzas, sino también a las empresas. El Estado construye un verdadero *welfare* para las empresas.

Cada componente de la máquina de guerra Estado-capital necesita del otro, pero como ambos responden a lógicas diferentes, aunque complementarias, su funcionamiento no es armónico. Su evolución contradictoria es una de las principales fuentes de crisis y guerras. Estamos diciendo con otras palabras aquello que Rosa Luxemburgo ya sabía, enfrentada a otra hegemonía de las finanzas: el capital tiene una tendencia a la mundialización que no puede jamás realizar, porque no puede desvincularse del Estado tal como cree hacerlo a través del dinero (precisamente porque el dinero tiene *un origen soberano y no económico*). El capital es al mismo tiempo cosmopolita, universal e incapaz de deshacerse de su “nacionalidad”, de “su” Estado, que tarde o temprano lo aferra (para salvarlo). Sin la intervención del Estado, es decir, sin la intervención política, el capital se habría derrumbado hace mucho tiempo.

Las finanzas, que parecen afirmar su autonomía dominando y subordinando al Estado, en realidad tienen una necesidad absoluta de su intervención, porque necesitan de la moneda, —es decir, de un poder “soberano”— para existir y reproducirse, pero, sobre todo, para salir de las crisis, en las que inevitablemente recaen. Su potencia es relativa. Desarrollan enormes flujos financieros que superan con creces los flujos que el Estado puede manejar. Pero esos enormes flujos de dinero con los que parece que todo es posible, con los que se tiene la impresión de

que todo puede hacerse, *no pueden salvarse a sí mismos cuando es necesario*. Abandonados a su infinito, implosionan. En definitiva, el mercado mundial nos muestra claramente la relación entre moneda, finanzas y Estado/guerra; la combinación contradictoria de la potencia “inmanente”, cosmopolita, desterritorializante del capital y la fuerza “trascendente”, nacional, territorial del Estado.

El dinero, una forma más abstracta de capital, en el sentido de que se abstrae de toda particularidad, de toda especificidad, tiene su fundamento y su salvavidas en la particularidad y especificidad de los Estados estadounidense, chino, ruso, etc.

Pero lo contrario también es cierto: si el Estado, especialmente el Estado estadounidense, conserva su “soberanía”, esta no es la soberanía clásica, hobbesiana. La dependencia del capital respecto del Estado, por tanto, va también en el otro sentido: el Estado sin capital, sin salario, sin renta, sin *welfare*, sin consumo, constituye una soberanía vacía. Sus intervenciones no pueden deducirse de una lógica “autónoma”, están determinadas por el ciclo del capital. Su fuerza se ejerce sobre lo que da consistencia a la soberanía contemporánea, es decir, sobre las actividades del capital y sobre los desastres que produce (crisis financiera, empobrecimiento, crisis sanitaria, crisis ecológica). No es el Estado, sino el ciclo del capital el que dicta qué, cuándo y cómo debe intervenir la soberanía.

Es en este sentido que necesitamos pensar articulados al Estado y al capital y dejar atrás la separación entre lo económico y lo político, tanto en lo que

se refiere al desarrollo como en lo que se refiere a la crisis. Está claro que no es posible ninguna autonomía política, ninguna autonomía del Estado, como tampoco es posible ningún “economicismo” de origen marxista o capitalista.

Capital industrial y capital financiero

Para profundizar la relación entre *moneda* y *fuerza* en el imperialismo tenemos que ir un paso más allá de Deleuze y Guattari y distinguir entre los *flujos de inversión del capital industrial* y el *capital financiero*. Ambos tienen una relación con el uso de la fuerza, aunque diferente entre sí.

Los flujos de inversión del capital industrial requieren la “compra” de una mercancía particular: la fuerza de trabajo. Son flujos que implican el uso de la fuerza porque tienen que crear “obreros” que no existen en la naturaleza, subordinarlos, ligarlos a la fábrica y fijarlos a la organización del trabajo. Flujos que no pueden ser económicos sin ser también políticos; no pueden ser políticos sin forzar la subordinación y la obediencia. Este dominio es inconcebible sin tres modalidades del uso de la fuerza: la guerra de conquista que expropia al campesino de la tierra y los medios de producción, la violencia de las leyes contra el vagabundeo a la que se ven obligados estos mismos campesinos por la expropiación y la probable clausura de las *workhouse* o *asilo de trabajadores*.⁴ Pero incluso una vez vencido, sometido a la “esclavitud” del trabajo asalariado, obligado a atravesar las puertas de la fábrica, el trabajador no

está simplemente sometido a la impersonalidad del funcionamiento de las máquinas y de la organización del trabajo. El automatismo del sistema de las máquinas, como cualquier autómeta, no puede en sí mismo “mandar”, necesita el trabajo de supervisión del patrón (expresión de un “poder despótico”, dice Marx). Sin la violencia despótica del patrón no habría producción.

Los flujos de inversión del capital industrial no pueden imponerse a sí mismos, la economía no puede de ningún modo concebirse como un proceso de autoorganización y de autorregulación inmanente. La “racionalidad” del capitalismo industrial y de su gubernamentalidad exuda violencia por todos sus poros: uso de la fuerza, coerción más o menos “armada” y Estado. A partir de esta violencia múltiple se pueden construir hábitos, rutinas, “automatismos” del trabajo asalariado (y del trabajo doméstico, servil o esclavo) y del consumo, que parecen tener una consistencia natural, capaz de reproducirse desde los albores de los tiempos, automatismos que “se apoderan” del individuo por un período. El sometimiento de los vencidos se continúa a través de la gubernamentalidad que se vale de diferentes modalidades de *violencia* (machista, racista, clasista).⁵

En el mercado mundial, los flujos monetarios también requieren del uso de la fuerza, pero son de naturaleza distinta. El capitalismo nació como un mercado mundial (Marx), pero fue solo con el imperialismo de finales del siglo XIX que el globo quedó completamente subyugado a las diversas máquinas Estado/capital que luchaban por su reparto. La

hegemonía así ejercida la ostenta quien controla los circuitos de la moneda y las finanzas, apoyado en la producción económica y en el monopolio legítimo de la fuerza gestionada por el Estado.

Los flujos de capital financiero también requieren flujos de poder, pero diferentes a los del capital industrial, porque el mercado mundial está siempre resquebrajado, dividido, balcanizado por la acción de distintas máquinas Estado-capital. La construcción de un espacio *liso* de la mundialización es siempre una ilusión que dura un abrir y cerrar de ojos (la fase ascendente del ciclo de acumulación), porque su construcción solo es posible gracias al espacio *estriado* desde el que *actúan* los Estados.

Los flujos financieros y monetarios no solo deben comandar los diferentes tipos de trabajo (asalariados, domésticos, serviles, esclavos, etc.), sino también deben intervenir sobre Estados, naciones, poblaciones extranjeras y economías heterogéneas (industriales, mercantiles, “subdesarrolladas”, de subsistencia, etc.).

El imperialismo del dólar enfrenta una oposición dura y violenta de otras máquinas de guerra Estado-capital, pero también de revoluciones, luchas de liberación nacional, guerras, etc. El capital, incluso encarnado en poderosas multinacionales, en enormes flujos financieros, no tiene la capacidad de resistir un ataque que siempre amenaza con desembocar en la guerra.

Aquí no basta ni con la intervención estatal “nacional” ni con el poder despótico ejercido en la fábrica, lo que se necesita es una especie de fuerza

imperialista capaz de ejercer su poder en el mercado mundial, de controlar los mares y los cielos. Es decir, se necesitan más de “700 bases militares” ubicadas en cien países, se necesita un ejército, se necesita la amenaza y la práctica de la guerra imperial. Los flujos de producción, los flujos financieros y monetarios son al mismo tiempo flujos de guerra, flujos determinados por las relaciones de fuerza entre Estados y entre alianzas de Estados.

La convergencia/divergencia contradictoria entre Estado y capital se manifiesta plenamente cuando el capital financiero se vuelve hegemónico porque su espacio de acción es el mercado mundial.

Es en el mercado mundial donde la acumulación financiera debe perfeccionar y movilizar aún más intensamente la máquina Estado-capital y sus contradicciones. En el imperialismo estadounidense, las tensiones de esta alianza adquieren una relevancia aún mayor. La universalidad hacia la que tiende el capital financiero “norteamericano” parece contradecir la soberanía territorial del Estado, pero sin esta última, sin su ejército, sin su capacidad letal para usar la fuerza y para hacer la guerra, el capital no tendría ni siquiera la posibilidad de asomarse al mercado mundial.

El uso de la fuerza es indispensable porque el imperialismo es, por definición, una multiplicidad de imperialismos, porque no puede haber un solo Estado global. Un Estado universal es una contradicción en los términos. Esto es lo que no entendieron los norteamericanos, convencidos de que un imperialismo único, el suyo, no solo era posible, sino necesario

para el bien de la humanidad. La existencia de un solo imperialismo se debió a una situación contingente, una situación política singular: la caída de la Unión Soviética, de la que pronto surgirán los imperialismos, como es lógico. La ilusión en la que se acunó Estados Unidos tras el derrumbe de la Unión Soviética se desvaneció muy rápidamente, y la guerra de Ucrania es su última y más dramática manifestación.

Retorno al ciclo político del imperialismo: las funciones del Estado y del capital

Para describir el funcionamiento de la máquina de guerra Estado-capital, su necesaria conjunción/disjunción, debemos analizar su ciclo económico y político y no detenernos en un análisis estático que encontramos tanto en el ordoliberalismo como en el neoliberalismo. Según las fases del ciclo, parece prevalecer uno u otro de los dos componentes de la máquina. La realidad actúa en concordancia, aun si las dos lógicas pueden chocar momentáneamente.

El ciclo comienza con el Estado, porque la formación de las clases es un fenómeno extraeconómico que requiere del despliegue de una guerra de conquista (véanse las guerras civiles en América Latina, las huelgas en el Norte, etc.). El Estado se encuentra también en el inicio del ciclo propiamente económico porque la liberalización de capitales, las políticas fiscales, las leyes sobre el mercado de trabajo, etc., son iniciativas suyas.

En la parte ascendente del ciclo, el capital parece desvincularse de la relación con el Estado y asumir

su propia dinámica cosmopolita que, sin embargo, choca rápidamente con el muro de crisis que él mismo construye a partir de una valorización ilimitada, todavía acelerada por el crédito y las finanzas.

La fase ascendente de la globalización no debe interpretarse únicamente como obra de la potencia del capital, sino de la conjunción/disyunción de la fuerza de este último y la fuerza del Estado, es decir, del “capitalismo político”.

En la fase descendente del ciclo de la mundialización no se puede hablar del retorno del Estado, como se apresuran algunos a decir, porque su acción siempre ha estado presente.

La crisis financiera de la magnitud de la de 2008 es la señal de que el ciclo ascendente del capital ha terminado definitivamente y que está entrando en otra fase. El Estado debe intervenir masivamente, por primera vez, para salvar bancos, instituciones financieras, compañías de seguros, es decir, para evitar el colapso del sistema, haciendo pagar la operación de rescate a las poblaciones de los distintos países. La globalización comienza entonces a crujiar, el ciclo se invierte y los vientos de guerra comienzan a soplar. Cuando la crisis se convierte en guerra, el Estado interviene por segunda vez con todavía más fuerza.

La voluntad de mundialización del imperialismo estadounidense demuestra una vez más su imposibilidad. Incluso al final del ciclo que comenzó en 1971, reapareció la guerra entre Estados. La dolarización ha fracasado, el “orden internacional montado” sobre sus hombros se desmorona, la

“gubernamentalidad” apaciguadora es impotente porque el fascismo y la guerra civil empiezan a dividir a las sociedades (Estados Unidos, Brasil, Perú, Chile, Egipto, Irán, etc.).

La guerra es la salida “lógica” de la crisis y aquí el Estado no solo interviene, sino que domina la economía, que no es más que una parte, aunque todavía muy importante, de la nueva estrategia del ciclo del imperialismo: el enfrentamiento armado.

El ciclo del imperialismo que comenzó con la guerra (de conquista, de sometimiento) termina con la guerra (entre Estados, ahora grandes Estados).

El capital como proceso general de acumulación fundado sobre la división de clases, en la dominación de una clase sobre otra cuya violencia lleva a la guerra, es ciertamente más útil que los ritornelos ordoliberales y neoliberales del mercado, de la competencia, del capital humano, que suenan cada vez más desafinados (desafinados porque deberían conducir a un equilibrio imposible).

El imperialismo como analizador del poder

El imperialismo del dólar también nos permite renovar el análisis y la crítica del poder, de las relaciones de dominación, de resistencia y de ruptura. El pensamiento crítico ha buscado en la “hipótesis Nietzsche” una salida al *impasse* del marxismo y la revolución (la dialéctica, la filosofía de la historia, el trabajo como esencia del hombre, el historicismo progresista, el concepto de totalidad, etc.). Si podemos asumir el nuevo concepto de poder que de

allí emerge, debemos hacerlo integrando el núcleo del análisis marxiano del capitalismo y sus relaciones de poder, algo difícil, si no imposible, de encontrar en Nietzsche y sus lectores (Foucault y Deleuze *in primis*).

La multiplicidad de las relaciones de poder que podemos encontrar en Nietzsche (una multiplicidad de fuerzas en constante cambio que se componen de forma dinámica y conflictiva, un juego de fuerzas que nunca se estabiliza porque está siempre en devenir) se pliega de manera específica a los dualismos de clase, raza y género, y asume las características singulares del capitalismo. El poder no puede analizarse sin el capital, como tendió a hacer Foucault con el concepto de gubernamentalidad, porque el capitalismo, con el imperialismo, constituye una sujeción específica de las fuerzas: *integra de manera orgánica la acción del Estado* (jurídica-política-militar) y la acción del capital (fuerza no jurídica ni estatal), superando otro umbral de centralización y extendiendo sus dispositivos de control y captura sobre lo local, sobre lo micropolítico (sobre la multiplicidad de las fuerzas). Centralización y microfísica no se oponen, sino que son dos caras de un mismo dispositivo de poder. Foucault nunca alcanzó este nivel de análisis. Incluso cuando tomó la guerra como modelo para comprender las relaciones sociales, se quedó corto porque su “hipótesis Nietzsche” nunca integró la forma moderna del capitalismo, el imperialismo, ni las guerras mundiales, ni la guerra civil mundial.

A pesar de la lectura de un Nietzsche liberado del nazismo en los años sesenta y setenta, persiste

sin embargo el capitalismo/imperialismo con sus oposiciones de clase, con sus contradicciones entre Estados y entre capitales, con su carga negativa y destructiva. De hecho, desde la década de 1970, se ha instaurado una contrarrevolución brutal y salvaje. Así que después de Nietzsche todavía queda, necesariamente, Marx y sobre todo Lenin. Foucault, convencido de que el problema contemporáneo es “demasiado poder” y no el capitalismo, piensa lo contrario. De ahí todas las limitaciones que hemos señalado en su análisis del neoliberalismo y la gubernamentalidad.

Hay una diferencia fundamental entre Foucault y Deleuze, lectores de Nietzsche, por un lado, y de la tradición revolucionaria, por el otro; es una diferencia de “método” o, más bien, de punto de vista. El libro que Deleuze dedicó a su amigo Foucault contiene todos los malentendidos y ambigüedades del método microfísico o micropolítico y pone de manifiesto la diferencia de enfoque y análisis con el marxismo, pero también con el feminismo o el pensamiento anticolonial.⁶

Para la tradición revolucionaria, *la primera relación de poder, y la más importante, es la opresión, la explotación, la dominación* (de clase, de género, de raza) de la que emerge un punto de vista de la parte sobre el “todo”. Es el feminismo materialista el que afirma, a través de un enunciado programático, su estrecha relación con Marx: “...lo más importante, el punto de partida, es la opresión” (Wittig, Delphy).

La gran fuerza del marxismo, como lo será luego la del feminismo y la del pensamiento anticolonial, consiste en su punto de vista histórico-político: las

clases no existen en la naturaleza, deben crearse a través de la guerra de conquista y de sometimiento. Los vencidos serán entonces sometidos como trabajadores, mujeres, esclavos, colonizados para la explotación y dominación del capitalismo.

El punto de partida desde el cual comenzar, y que no encontramos en Nietzsche, es el dominio calificado por la máquina Estado-capital, en el que se afirma una potencia de conquista históricamente determinada y al mismo tiempo también aquello que le resiste, escapa o se vuelve contra ella. En Nietzsche encontramos explotación, opresión y dominación, pero no su calificación capitalista. En cambio, la explotación se concibe *positivamente* como la “esencia de lo vivo”, reivindicada como “el hecho original de toda la historia” y, en consecuencia, no solo inevitable, sino que debe reproducirse como una condición de “civilización”. Una sociedad sin explotación, dirá, solo puede ser un delirio propio de los socialistas.

Partir de la opresión significa afirmar un punto de vista sesgado, porque la opresión es la demostración de que la sociedad está dividida y de que no se puede asumir la perspectiva del interés general, es decir, la ideología del enemigo. Un punto de vista significa *subjetividad*. La (voluntad de) potencia del capitalismo es subjetividad y procesos de subjetivación colectiva, así como son subjetividades y procesos de subjetivación colectiva las (voluntades de) potencia que se contraponen con ella (trabajadoras, mujeres, racializadas). No se trata de procesos sin sujeto, ni mucho menos de técnicas de gubernamentalidad, sino de políticas, de estrategias, a

ambos lados de la relación. En el capitalismo, no existe el “se” impersonal, sino el “quién” subjetivo, que se manifiesta en la división, el conflicto, la violencia y las guerras.

Partir de la opresión significa afirmar una diferencia política que se debe negar en un primer momento, porque a partir de la explotación, el sexismo y el racismo es imposible afirmar sin antes negar estas sujeciones (la afirmación sin negación es la del burro de Zaratustra que rebuzna diciendo eternamente “sí”, sin poder jamás decir “no”, imagen perfecta de gran parte del pensamiento y de la política contemporánea).

El punto de vista sesgado desde el que debe iniciarse toda crítica y toda política es válido, también, para la “multiplicidad” que siempre introduce Foucault a partir de Nietzsche. No existe una única relación de poder capaz de determinar la realidad social en su conjunto: “Una sociedad no es un cuerpo unitario en el que se ejerza un poder y solamente uno, sino que en realidad es una yuxtaposición, un enlace, una coordinación y también una jerarquía de diferentes poderes, que sin embargo persisten en su especificidad (...) Así pues, existencia de regiones de poder. La sociedad es un archipiélago de poderes diferentes”.

Seguramente sea cierto, pero el problema no estriba en la alternativa entre interpretar el poder a partir de la multiplicidad o a partir de una relación única (como tendería a hacer cierto marxismo, según Foucault), sino el *punto de vista desde el que se analiza* esta multiplicidad. Foucault, a través del concepto de

gubernamentalidad, mira paradójicamente la inmanencia de estas relaciones desde arriba, desde *afuera* y, por lo tanto, tiene una visión global, a vuelo de pájaro, que se aleja completamente del perspectivismo nietzscheano. Su posición es neutral, sin perspectiva parcial, por lo que no existen *divisiones que obliguen al despliegue*. Partir de las opresiones, en cambio, significa captar las relaciones de poder desde *dentro* de ellas y desde un *punto de vista singular y parcial* (el poder del hombre sobre la mujer, del patrón sobre el trabajador, del blanco sobre el negro) para conocer y para luchar contra ellas. No se trata de la realidad tal como es, sino tal como es para nosotros los oprimidos, para nosotros los explotados, para nosotros los sometidos; condición necesaria para conocerla y transformarla. La verdadera inmanencia es solo esto, un punto de vista de parte que reorganiza la visión del “todo” partiendo de su opresión para atacarla mejor. La “verdad” del “todo” no reside en la objetividad del análisis, sino que solo puede surgir del despliegue de la lucha, de la voluntad de prevalecer sobre el enemigo.

Inmediatamente después de 1968, la multiplicidad de las relaciones de poder comenzó a ser interpretada, a partir de las feministas lesbianas, como un pluralismo de formas de opresión, una multiplicidad de dualismos de poder. Nuevamente un punto de vista de parte sobre la multiplicidad, diferente del punto de vista de Foucault, que inevitablemente debía desembocar, dado su “método”, en la teoría de la gubernamentalidad (gestión funcional del archipiélago de poderes). Siempre atrapado en las redes del

poder, Foucault se lamentará, incapaz de cruzar al otro lado.

El poder no es externo a los oprimidos, sino que los atraviesa, continúa Foucault, porque incluso los oprimidos ejercen una fuerza y pueden construir una estrategia de resistencia y ataque (siempre Nietzsche). Los oprimidos son perfectamente conscientes de esto, saben que el poder no se encuentra ni de un lado de la relación ni del otro, sino en el choque, en la lucha que requiere un saber estratégicamente orientado, un saber de parte, un saber que no puede construirse sin prevalecer sobre el enemigo.

No es lo mismo comenzar el análisis a partir del poder, o incluso del deseo, que empezar asumiendo la condición de los oprimidos y el punto de vista de los vencidos. *Partir de la opresión significa otra cosa fundamental; partir del conflicto antes que de la producción, de la lucha de clases antes que de las relaciones de producción, de la lucha antes que de las fuerzas productivas.* Partir de la opresión significa partir de la estrategia de los dos polos de la relación de poder. Partir de la opresión es, también y sobre todo, partir de la apropiación de los cuerpos. La guerra de sometimiento mediante la que se constituyen las clases está expresamente excluida tanto por Foucault como por Deleuze como origen del poder, pero curiosamente no por Nietzsche, quien sí la convierte en el fundamento de todo orden político: para ser “dominadores y patrones”, primero hay que haber sido “depredadores y conquistadores”, que es precisamente la secuencia que sigue al proceso de constitución del capital: primero la guerra de conquista, que

luego continúa por otros medios en la explotación del trabajo asalariado, doméstico, colonizado.

Foucault lo vuelve a repetir al final de su vida, en 1983: “Sustituir la dominación por las prácticas de gubernamentalidad”, que, traducido, significa reemplazar el capitalismo por el neoliberalismo, la explotación por el mercado, la fuerza por la competencia.

Tampoco para Deleuze los efectos de la dominación son atribuibles a una “conquista”, a una “apropiación”, a una “violencia”, es decir, a un acto de fuerza, sino, en cambio, a una “estrategia, a los dispositivos, maniobras, técnicas, funcionamientos”, esto es, a la gubernamentalidad. Deleuze no supone ni remotamente que este último sea uno de los rostros de la estrategia imperialista, irreductible a la gobernabilidad, a un poder difuso, disperso, local, micro.

La microfísica del poder, al igual que la micropolítica, implica que se renuncia tanto a la “teoría del contrato” como al “modelo de la conquista”, prosigue Deleuze. En cambio, debemos permanecer fieles a Marx, quien, antes que Foucault, había visto actuar, en el funcionamiento de la fábrica y del capitalismo, un poder *no jurídico, no estatal y no contractual*, manteniendo con firmeza, en cambio, los conceptos de apropiación y expropiación (de cuerpos y saberes) como su fundamento,

No hay posibilidad de fabricar cuerpos dóciles (trabajadores, mujeres, colonizados) sin antes obtener una victoria política sobre la subjetividad, que se expresa a través de la expropiación y apropiación de los cuerpos mismos. No hay posibilidad de producción de “individuos”, de “sujetos” sin la

normalización que producen las guerras de sometimiento y conquista.

Las relaciones de fuerza, sugiere Deleuze, “inducen sin cesar, por su desigualdad, estados de poder, pero siempre locales e inestables”. Pero ¿de dónde vienen las “relaciones de poder desequilibradas, inestables, heterogéneas, tensas” entre hombres y mujeres, entre blancos y dominados racialmente, entre capitalistas y trabajadores, sino de la guerra de conquista, la guerra de apropiación, la guerra de sometimiento de trabajadores, mujeres, esclavos y descolonizados?

El significado de los dualismos no es funcional, como en las categorías de la microfísica del gobierno, sino político, porque expresa el hecho de que la sociedad está dividida, radicalmente dividida (“*ab origine*”) por la acción de la potencia capitalista y del Estado. La sociedad está dividida en clases y, según la tradición revolucionaria, estas divisiones son insuperables e irreconciliables. Deleuze afirma que “este nuevo funcionalismo, este análisis funcional” (lo micro integrado por una multiplicidad de instituciones macro como el “Estado, la familia, la religión, la producción, el mercado”, etc.) es compatible con un punto de vista de clase. Podemos, legítimamente, dudar.

Siguiendo a Nietzsche, Foucault define correctamente el poder: “No es una institución, no es una estructura (...) es el nombre que se le da a una situación estratégica compleja” que, evidentemente –agrego yo– para ejercerse utiliza instituciones y estructuras (y, por tanto, siempre y sin excepción es

asimétrica, fuertemente desbalanceada a favor del capital y del Estado).

Sin embargo, no es suficiente partir de la estrategia (relación entre fuerzas igualmente capaces de ejercer la fuerza) porque también se requiere de una calificación histórico-política de las fuerzas dominantes y de las fuerzas dominadas, que, a pesar de la asimetría determinada por las guerras de apropiación, se oponen, luchan. La relación de poder de la cual partir es, como pretende Foucault, una situación estratégica no dialéctica en la que incluso los oprimidos tienen el poder de cambiar la situación, de revertir las relaciones de fuerza, pero, nuevamente, dicha relación adquiere cualidades específicas por la opresión operada por el imperialismo.

Para comprender la naturaleza y el origen no de la desigualdad en general, sino de la desigualdad en y del capitalismo, se debe proceder de otra manera. No hacerla pasar por un concepto genérico de estrategia, como hace Foucault, sino por uno que permita su diferenciación.

Es necesario invertir, en Foucault, el orden histórico del proceso de constitución del poder capitalista (camino que, por otra parte, él mismo había comenzado a recorrer y al que luego renunció): 1) a partir de las guerras de conquista (guerras en plural, porque la capturas y el sometimiento de los cuerpos de trabajadores, mujeres, esclavos son múltiples y no idénticos), acción *negativa* del poder que produce los dualismos de dominantes y dominados, y 2) pasar sucesivamente a la gubernamentalidad, acción *positiva* del poder que prosigue la guerra de

conquista por otros medios; es decir, pasar a la estrategia de los “dispositivos, de las técnicas, de las estrategias” de pacificación y de control de los comportamientos de los vencidos, que los fijan en las funciones objetivas y subjetivas de obrero, mujer, esclavo; aquí el poder nos hace actuar, nos hace hacer cosas, otorgándonos también gratificaciones, pero rápidamente encuentra un límite en el funcionamiento mismo de la máquina Estado-capital. 3) Este proceso de activación y pacificación económica y política, bajo la presión de las centralizaciones, totalizaciones y polarizaciones capitalistas, termina por hacer estallar las asimetrías y jerarquías y llevarnos a la guerra, pero entre Estados (estrategia al estilo Clausewitz) o a la revolución (estrategia a lo Lenin, Luxemburgo, Mao, Ho Chi Minh, etc. –por el momento no ha habido ninguna otra que pueda ser llamada así–).

El poder es productivo, como afirman Deleuze y Foucault, porque crea efectivamente lo “real” del trabajador, de la mujer y del esclavo, pero su ser productivo pasa por *tres modalidades de guerra* y *tres modalidades de estrategia*. Lo que podemos definir como acción “negativa” y “positiva” del capital es siempre y en todo caso un gesto de guerra (“a veces abierta, a veces disimulada”, dicen Marx y Engels en *El manifiesto*).

Después de 1975, las fuerzas, en Foucault, están codificadas por la guerra y lo político, pero parece que ya no están codificadas por el capitalismo. “Las relaciones de fuerza –que durante mucho tiempo habían encontrado en la guerra, en todas las formas

de guerra, su expresión principal— se habilitaron poco a poco en el orden del poder político”.

El poder, en cambio, fue radicalmente modificado por la aparición del capital y, sobre todo, por el desarrollo del imperialismo a partir de la década de 1870, que integró la potencia del Estado, la guerra y el capital, reconfigurando tanto la soberanía como la economía.

Tanto Deleuze como Foucault insisten en lo local, en la difusión y en la multiplicidad de los centros de poder, una cartografía que remite al neoliberalismo y a su gubernamentalidad. Deleuze reivindica un ejercicio *de poder que prescindiera del funcionamiento del imperialismo y de sus tres procesos de centralización económica, política y militar.*

Primero, el poder nunca es global, sino siempre local y su ejercicio “tiene dos sentidos muy diferentes: el poder es local, puesto que nunca es global; pero no es local o localizable, puesto que es difuso”. En segundo lugar, el poder no opera centralizaciones: “El poder tiene como características la inmanencia de su cuerpo, sin unificación trascendente, sin una centralización global”. Hace de la gestión “local” y “difusa” la forma general del poder. La “continuidad de sus segmentos” (escuela, fábrica, prisión, ejército, etc.) no produciría una “totalización distinta”, según el filósofo.

La crítica de la soberanía, de la totalización, de la globalización en la época del imperialismo es uno de los principales contrasentidos de *El nacimiento de la biopolítica*, reproducido aquí por Deleuze. Esto es así porque el capital y el Estado tienden continuamente

a centralizarse, a globalizarse, a unificarse, y a concentrar el poder en unas pocas manos y, al mismo tiempo, a ejercerlo en lo local, en lo micropolítico, en todo el tejido social de manera difusa.

Es cierto, en cambio, que todas estas dinámicas de globalización, de totalización, de centralización del poder *nunca se realizan plenamente, sino que están destinadas al fracaso*. Pero cuando estos procesos no se completan o son puestos en discusión o muestran sus fallas, el capitalismo siempre tiene la posibilidad de producir una “totalización distinta” que se llama guerra, que se llama fascismo, que se llama nazismo (incluso en el nazismo, la centralización y la difusión son inseparables). Esto es lo que viene sucediendo desde hace años.

Se podría diferenciar entre una totalización caracterizada como *relativa* y una totalización caracterizada como *absoluta*. Podemos ver la primera en los monopolios y en el poder ejecutivo, cuyos procesos de unificación y totalización se efectivizan, pero siempre de manera inconclusa, sin llegar nunca a realizarse por completo. En cambio, la *totalización absoluta* puede captarse cuando estos procesos convergen en la guerra, manifestando simultáneamente un signo de fuerza y un signo de debilidad. De fuerza, porque hay una voluntad que quiere cerrar, llevar a término las centralizaciones y la globalización que, de otro modo, por lo general fracasan. De debilidad, porque usa la fuerza y así lleva al capitalismo, la máquina Estado-capital, a una nueva fase donde domina lo impredecible, la incertidumbre, el riesgo, el caos, que puede desembocar en una catástrofe.

Al no tomar para nada en cuenta el fenómeno del imperialismo, los dos filósofos franceses parecen sucumbir a la imagen posmoderna del poder que se desmiente ante el resultado habitual y repetitivo de los monopolios y la guerra.

Deleuze parece no solo defender y asumir la identidad establecida por Foucault entre poder y gubernamentalidad, sino que trastoca la jerarquía que habíamos reconstruido, porque para él *el gobierno precede al Estado, precede a la máquina Estado/capital*, “el gobierno es primero respecto del Estado”. Primero estaría la multiplicidad de dispositivos de poder y, luego, el Estado que no sería más que una suma y superposición de dispositivos de gubernamentalidad. Hemos tratado de demostrar que la gubernamentalidad no puede en ningún caso preceder a la “máquina Estado-capital”, porque está radicalmente subordinada al funcionamiento del imperialismo del dólar. Comandada y dependiente del imperialismo monetario y financiero, dura un tiempo: las contradicciones, las asimetrías, las polarizaciones entre clases y entre Estados ya no son gestionables por la forma difusa de control “pacífico”. En este punto, entran en juego otros dispositivos, el populismo, el neofascismo y la guerra, más adecuados para defender los intereses de las distintas clases propietarias.

“No hay que buscar un punto central, un único foco de soberanía del que irradian formas derivadas y descendientes”, insiste Deleuze. No hay centro más central que otros, no hay perspectiva más verdadera que otra, pero la “práctica” permite la existencia de un dominado y un dominador, un centro y una verdad que una fuerza política afirma frente a

otras fuerzas, otras verdades, otros centros. Hay una perspectiva que se afirma no porque sea verdadera en sí misma, sino porque se impone alternando entre violencia directa e indirecta.

El poder es, al mismo tiempo, potente e impotente, tiene su zona de poder, pero también de impotencia, dicen Deleuze y Guattari. El poder es una relación entre fuerzas, donde una manda y la otra obedece, pero, precisamente, una relación donde el que tiene que cumplir la orden recibida puede ejecutarla, negarse, rebelarse, huir, etc. El poder es siempre simultáneamente potencia/impotencia. En las condiciones contemporáneas del capitalismo, caracterizado por el dominio de las finanzas y de la moneda, dicen Deleuze y Guattari, el poder político manifestaría su impotencia porque tendría poco margen de maniobra: “La política opera a través de macrodecisiones y elecciones binarias, intereses binarios; pero el campo sobre el que toma la decisión está restringido”. El terreno sobre el que ejercer la decisión es ciertamente limitado, la soberanía está en crisis, repiten los teóricos del Imperio, pero tiene la fuerza suficiente y necesaria para decidir quién es el enemigo y quiénes son los amigos. El imperialismo tiene, ciertamente, su zona de poder tanto como su zona de impotencia, pero posee la fuerza suficiente y necesaria para declarar la guerra (económica, tecnológica y militar). Cuando la máquina político-económica de captura no funciona según sus expectativas, cuando fracasa la totalización difusa y dispersa de la gubernamentalidad, el imperialismo no duda en desatar, hoy como ayer, guerras de todo

tipo y naturaleza, e incluso en reintroducir en el juego nuevos y viejos fascismos.

Paradójicamente, para la crítica al “método” de la gubernamentalidad y su concepción posmoderna del poder, podemos referirnos a las posiciones de Foucault de principios de la década de 1970, luego repudiadas por el propio autor:

No podemos ocupar una posición del *sujeto universal, totalizador o neutral*. En la lucha general de la que habla, quien habla, quien dice la verdad, quien cuenta la historia, quien recupera la memoria y conjura los olvidos, pues bien, ese *está forzosamente de un lado o del otro* (...). Se propone expresar con claridad, tal como es, el conjunto de la batalla y restablecer el recorrido global de la guerra. Pero no es, pese a ello, un discurso de la totalidad o la neutralidad; *es siempre un discurso de perspectiva*. Solo apunta a la totalidad al entreverla, atravesarla, penetrarla con su propio punto de vista (...). La verdad no puede desplegarse más que a partir de su posición de combate, a partir de la victoria buscada (...) Y la *pertenencia a un campo* que va a permitir descifrar la verdad, denunciar las ilusiones y los errores por los cuales se nos hace creer –nuestros adversarios nos hacen creer– que estamos en un mundo ordenado y pacífico (énfasis mío).⁷

La multiplicidad de relaciones de poder que podemos encontrar en Nietzsche es plegada de manera específica y asume las características singulares del

capitalismo. No se puede analizar el poder sin el capital, como tiende a hacer Foucault en la estela de Nietzsche, porque el capitalismo, con el imperialismo, integra orgánicamente la acción del Estado (política-militar-jurídica) y la acción del capital (fuerza no jurídica ni estatal), superando otro umbral de centralización y extendiendo sus dispositivos de control y captura sobre lo local, sobre lo micropolítico. Centralización y microfísica no se oponen, sino que son dos caras de un mismo dispositivo de poder.

Notas

1 Polanyi, Karl, *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*, México, FCE, 2017.

2 Marx, Karl, *El Capital. Crítica de la Economía Política. Tomo III*, México, FCE, 2013.

3 Deleuze, Gilles y Guattari, Félix, *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Pre-Textos, Valencia, 1994.

4 Paralelamente, se utiliza la fuerza en otras guerras de sometimiento para crear esclavos, someter a los colonizados y a las mujeres.

5 Sobre la distinción guerra-violencia, me tomo la libertad de referirme a mi libro *Guerra o Revolución. Porque la paz no es una alternativa*, op. cit..

6 Deleuze, Gilles, *Foucault*, Buenos Aires, Paidós, 2015.

7 Foucault, Michel, *Defender la sociedad: curso en el Collège de France: 1975-1976*, Buenos Aires, FCE, 2000.

Los tiempos están cambiando

La guerra es el síntoma de que la hegemonía del imperialismo estadounidense está llegando a su fin y su lento declive desencadena no solo guerras entre Estados, sino también guerras civiles más o menos furtivas (Brasil, Estados Unidos, Perú, etc.) y verdaderas insurrecciones (África del Norte, Egipto, Chile, Colombia, Irán). Pero también es el síntoma del fin de una civilización, la Occidental, y de su supremacía absoluta sobre el resto del mundo, que se prolongó durante siglos. Se afirma universalmente y al mismo tiempo parece decaer. El capitalismo y la globalización, cuyo desarrollo había asegurado su hegemonía, han entrado en una fase de destrucción sin creación, de destrucción *a secas*.

Ya no vivimos el tiempo continuo y vacío de la mundialización, sino el tiempo discontinuo, roto, tumultuoso y contradictorio de su ruina. Tiempo marcado ya no por la “economía”, por la gubernamentalidad, sino por el conflicto que el neoliberalismo tenía como misión conjurar, pero que, en cambio, hizo emerger aún con más violencia: la guerra.

Retorno del Estado, retorno de la Historia (dicen los más ingenuos que ni la Historia ni el Estado jamás se habían ido) que son formas de dar cuenta de la vuelta del tiempo de la política, ya no como administración, como gobernabilidad, sino como lucha de clases, largamente negada, eliminada, reprimida.

Los tiempos están cambiando. No más Cronos, el tiempo continuo y lineal de la normalidad de la dominación y de la explotación, sino un tiempo “fuera de sus goznes”, que sacude “la economía-mundo” y del que surge Kairós, un tiempo de rupturas, de discontinuidades, de disyunciones que se abren a catástrofes (en el sentido de cambio, mutación de estado), implosiones, destrucciones, pero también a la creación de nuevas posibilidades, nuevas oportunidades inimaginables antes de 2008.

Tiempos trágicos porque lo posible se entrelaza inevitablemente con el conflicto, con el enfrentamiento, con la guerra. Una situación trágica porque el “hacer morir y dejar vivir” que Foucault relegó a un pasado extinguido de soberanía se despliega con toda su fuerza con la guerra y se declina incluso donde la guerra aún no llegó; trágico, porque las guerras civiles están regresando al primer plano, aunque por el momento de forma progresiva; trágico, porque dentro de este enfrentamiento la habitabilidad del planeta es el último problema de los imperialismos en pugna.

Los tiempos trágicos son tiempos de elecciones radicales.

Cómo entender la guerra

Tratemos de analizar ahora cómo los grandes Estados (imperialismos) se posicionan en la nueva fase abierta con la crisis de 2008 y cómo los movimientos intentan actuar dentro de la misma fase política inaugurada por el ciclo de luchas de 2011; dos

procesos que se entrelazan y se retroalimentan (guerra entre Estados y guerras civiles, insurrecciones).

Los Estados parecen ser perfectamente conscientes de lo que está en juego y se comportan en consecuencia: un nuevo orden mundial imperialista que los occidentales (Estados Unidos y sus “aliados”) quieren conducir, como siempre lo han hecho, mientras China, Rusia y el gran Sur luchan por un orden multilateral. Una multilateralidad dotada de poder unilateral a nivel regional, que perpetúa –tanto en la unilateralidad como en la multilateralidad– opresiones, dominaciones y explotaciones.

Para posicionarse en la nueva etapa política, decíamos al comienzo del texto, es necesario saber de qué proceso político es la guerra una continuación. Ahora que ya lo sabemos, podemos responder a aquella pregunta: es la continuación del imperialismo del dólar y de las luchas interestatales y de clases que ha desatado. Pero es una continuidad que nos lleva a otra dimensión, a otro tiempo. La continuación de la política en la guerra es, en realidad, una gran discontinuidad.

Se abre otra fase política, signada por la inestabilidad, la incertidumbre y la imprevisibilidad que, si bien siempre han sido elementos que han jugado un papel en el capitalismo, aquí se ven exacerbados por la guerra, por la “disolución de todo lo sólido en el aire”, por la apertura del tiempo.

“La guerra es el dominio del azar”, afirma astutamente Clausewitz. El azar (la “fortuna”, que los italianos del Renacimiento definían como “poder totalmente impredecible”) hace que la situación se abra a

alternativas desconocidas y radicales porque la catástrofe también puede conducir a la implosión, al caos, a la barbarie o las rupturas revolucionarias. Es en este sentido que podemos interpretar el catastrofismo reivindicado por los revolucionarios de la primera mitad del siglo XX. La máquina Estado-capital produce, una y otra vez, catástrofes históricamente determinadas, pero también, cada vez, su “fin” históricamente posible. Ya pasó la época en que los ingenuos o los irresponsables podían decir que era “más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo”.

La acumulación de ganancias y poder llega a un punto verdaderamente catastrófico, porque conduce a la guerra. El futuro es tan oscuro como siempre, nos remite al presente de enfrentamientos, pero la otra cara de este tiempo trágico es que estamos también frente al tiempo de los cambios radicales.

El paralelismo que podemos establecer con lo que escribió Lenin en 1917, poco antes de la Revolución de Octubre, no es tan sorprendente porque sabemos que los rasgos del capitalismo que él analizó hace un siglo aún siguen presentes, pero ampliados. Las condiciones que conducen a la guerra son similares y, a la vez, diferentes. Su explosión parece diluida en el tiempo, frente a la densidad de los acontecimientos de la Primera Guerra. El texto de Lenin —ya utilizado en el segundo capítulo— contiene un método de análisis de las causas de la guerra que es, respecto de las opiniones contemporáneas, incomparablemente más esclarecedor.¹

Otros, aún más pobres de espíritu que los incautos que consideran a Lenin un “perro muerto”, me

tildan de leninista. Pero ¿qué puedo hacer si el último debate serio, profundo y políticamente sólido sobre la guerra y su relación con el capitalismo, y de este con el Estado, se llevó a cabo en la primera mitad del siglo XX? Después de eso, se ha girado hacia un análisis marxiano que, como recuerda Rosa Luxemburgo, evita *a priori* problematizar el imperia-lismo, de un “capital” como “dominio exclusivo y general”, de un capital como poder inmanente que no conoce límites, sino solo obstáculos que desplaza continuamente (Deleuze, Guattari, Negri).

Las primeras líneas del texto resaltan inmediatamente el abismo, muy instructivo para nosotros, que separa a la conciencia de sí que tenía aquella época de la que tiene la actualidad. “En los últimos tiempos, la cuestión de la guerra y la revolución se ha debatido con tanta frecuencia en la prensa y en las asambleas populares que, para muchos de ustedes, los diversos aspectos de la cuestión probablemente se han vuelto no solo familiares, sino también un poco aburridos”.

Desde hace algún tiempo, sin embargo, estas dos categorías, “guerra” y “revolución”, que habían sido objeto de análisis y acaloradas discusiones entre los revolucionarios desde principios del siglo XX, han sido completamente eliminadas del pensamiento crítico y se han convertido en verdaderos tabúes. La guerra y la revolución han sufrido una erradicación teórica que estamos pagando muy caro. Estas también han desaparecido del radar de los movimientos, todos centrados en su propia relación de poder. Pero al mismo tiempo, estas categorías

son las que provocan un pánico cognitivo, especialmente en los medios, después de que Occidente se convenciera, desde la caída de la Unión Soviética, de que la democracia y el liberalismo habían ganado definitivamente y, por tanto, ya no había enemigos, más allá de algunos terroristas. La reaparición de lo que no debería haber estado allí, la guerra en Europa como escenario de un enfrentamiento mundial, ha encendido tonos histéricos de una guerra “justa” contra un enemigo “irracional”.

El estallido del conflicto armado en Ucrania tomó a todos por sorpresa, como si la guerra fuera una herramienta del siglo XX y el nuevo capitalismo cognitivo, biopolítico, informático, de plataformas, lugar de todas las innovaciones y modernizaciones posibles, no pudiera contemplarla. ¿Cómo es posible que la guerra estalle si la paz ha reinado durante setenta años y si durante generaciones enteras ya no se trata de otra cosa que de la historia?

La paz es un concepto muy relativo en el capitalismo porque es inseparable de la guerra. A veces, para los demócratas y los liberales, es difícil ver la guerra porque fluye bajo las instituciones económicas y políticas de la “paz”; otras veces porque tiene lugar en territorios lejanos que, aunque sean parte del “mercado mundial”, parecen no tener relación con “nuestra” paz. Ni siquiera se plantean la tarea de descifrar la guerra detrás de la paz. Por eso, cuando la guerra se manifiesta con toda su fuerza destructiva, se caen de la nube.

Nos encontramos hoy en una situación similar a la que precedió a 1914. Hacía años que la guerra

no causaba estragos en Europa y el capitalismo tejía relaciones económicas entre naciones que nadie, al parecer, tenía interés en cuestionar porque la guerra era perjudicial para los negocios –se decía entonces como ahora–. Estas afirmaciones ignoraban una doble verdad: el capitalismo existe solo como mercado mundial y la economía no es algo distinto a la guerra, sino su continuación por otros medios.

La paz reinaba en Europa, como ya decía Lenin, “pero esto se debía a que el dominio de las naciones europeas sobre los centenares de millones de personas en las colonias se sostenía exclusivamente a través de guerras incesantes, continuas, interminables”. Ahora como entonces, “nosotros, los europeos, no las consideramos guerras, ya que, con demasiada frecuencia, más que guerras parecían masacres brutales, exterminios de pueblos inermes”.

Si queremos comprender la guerra contemporánea, necesitamos hacer un repaso general de la política de las potencias europeas en su conjunto. Es necesario no tomar un ejemplo aislado, que siempre es fácil desgajar del contexto de los fenómenos sociales y que carece de valor, porque, con la misma facilidad, se puede citar un ejemplo opuesto. Si queremos comprender cómo la actual guerra ha surgido, fatal e inevitablemente, a partir de este sistema, debemos tomar la política global de todo el sistema de Estados europeos en sus mutuas relaciones económicas y políticas.

Las guerras nos parecían “pequeñas” porque en ellas morían pocos europeos; pero, en cambio, eran asesinadas cientos de miles de personas de

las naciones oprimidas, naciones que ni siquiera se consideraban naciones.

La frase precedente de Lenin sirve para entender el asombro que suscita la guerra que interrumpió irracionalmente la paz (en el Norte) y, al mismo tiempo, nos invita a reconsiderar tanto el concepto de paz como el de guerra, midiéndolos en el mercado mundial.

Tanto el análisis de los ordoliberales como el de los neoliberales se concentra obsesivamente en el Norte del mundo, en Estados Unidos y Europa, mientras que el imperialismo norteamericano tiene una visión global, sobre todo porque, a lo largo del siglo XX, se enfrentó a las guerras de liberación (nacional) del dominio colonial de siglos que tuvo lugar en el Sur global. La concepción del poder que no tiene en cuenta esta dimensión global (Foucault) es muy débil y corre el riesgo de no captar las razones profundas del actual conflicto.

Desde el final de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos ha librado una asombrosa cantidad de guerras en el Sur del mundo, todas ellas perdidas, con la ayuda directa de europeos, japoneses y otros países aliados durante los últimos cuarenta años.

Y son precisamente los países del Sur del mundo los que desafían la hegemonía del dólar y sus artificios de captura, que los han despojado de sus riquezas y de su soberanía, según los principios más clásicos de la colonización. En realidad, las guerras libradas por los colonizados para liberarse del yugo de los imperios coloniales europeos nunca han cesado desde finales del siglo XIX, porque han estado

en continua metamorfosis. Las luchas anticoloniales tomaron diferentes formas, primero democrático-burguesas, luego, a partir de 1917, bolcheviques, revolucionarias, para devenir hoy capitalistas, pero distintas del modelo estadounidense.

Debemos resaltar una diferencia muy notable entre la Primera Guerra Mundial y la guerra actual. La Gran Guerra fue un enfrentamiento entre países imperialistas del Norte del mundo, por la repartición del Sur global, por el acaparamiento de esclavos y la distribución de las colonias y sus recursos, sin los cuales el “ciclo” del capital simplemente no podría haberse dado. Se enfrentaron “dos grupos de potencias capitalistas”. Potencias como Francia e Inglaterra, que ya habían consolidado sus imperios coloniales y dominaban el mercado mundial sin oposición. Frente a este grupo, “principalmente anglo-francés, se ha destacado otro grupo de capitalistas aún más rapaz, un grupo que llegó al banquete capitalista cuando todos los asientos estaban ocupados” y exigió una nueva “división” de las colonias y del mercado mundial. Sobre todo Alemania, que reclamaba, sobre la base de las innovaciones introducidas en el capitalismo (estatalización de la producción capitalista, fusión de fuerzas gigantesas como el Capital y el Estado en un solo mecanismo), su parte del botín colonial.

Dos grupos de poder se enfrentan también actualmente, pero con características muy diferentes. El principal objeto de discordia de la Gran Guerra, el Sur global, se ha convertido en un sujeto económico y político que, después de las revoluciones, ha

aceptado por completo las reglas y el funcionamiento del capitalismo, aunque no se haya ajustado íntegramente al modelo estadounidense. A diferencia de lo que ocurría hace un siglo, es una fuerza que hoy exige su parte del banquete capitalista. Los países reunidos en Samarcanda (Uzbekistán) en septiembre de 2022, encarnan este deseo de “una nueva redistribución del poder” que Estados Unidos no puede aceptar y que los europeos se ilusionan con que pueden rechazar.

Pero al mismo tiempo hay algo más profundo en este enfrentamiento. China, India, los países del Sur en general, no entienden con qué legitimidad Occidente quiere –como lo ha hecho durante siglos– seguir comandando y decidiendo el destino del mundo. Son sus propios “valores”, los que una vez derrotada la Unión Soviética consideró exportar, como hizo con las mercancías, a todos los rincones del planeta, los que están radicalmente cuestionados. Es su supremacía lo que ya no se acepta como un hecho natural.

Pensar que el origen de la guerra actual es la invasión rusa es una ingenuidad ridícula de los defensores de la “democracia” y los enemigos de la “oligarquía” (rusa). Es más probable que las cosas sean tal como decía Lenin sobre el imperialismo de su época: “Si ha llegado la guerra, quiere decir que no se podría haber hecho de otra manera”. Las potencias involucradas “estaban obligadas a enfrentarse, porque el nuevo reparto de esa supremacía se había hecho inevitable desde el punto de vista del capitalismo”.

Sobre cómo enfrentar y evaluar la actual guerra, Lenin nos da algunas valiosas indicaciones. La

opinión pública en el Norte del mundo ha sido formateada sobre el binomio agresor/atacado, como vara para evaluar de qué lado estar. Lenin considera que los dos conceptos no son esenciales porque impiden que se planteen las preguntas pertinentes: “Olvidando la historia del capital financiero, la historia de cómo se ha gestado esta guerra por un nuevo reparto del mundo, se presenta el asunto de la siguiente manera: dos naciones vivían en paz, luego una agredió a la otra y la otra contraatacó, se defendió. Se olvida toda la ciencia, se olvidan todos los bancos, y se les dice a los pueblos que tomen las armas, y también a los campesinos, que no saben nada de política: ‘¡Todo lo que tienen que hacer es defenderse!’ (...) Obviamente, la cuestión de cuál de estos dos ladrones fue el primero en sacar el cuchillo tiene poca importancia para nosotros”.

Lenin propone desplazar por completo el debate, no centrarnos en el hecho contingente (quién atacó, cuál fue el incidente que encendió la mecha) y situarnos al nivel del funcionamiento global del capitalismo, el mercado mundial y el mando financiero que operan la captura organizada de la renta/beneficio, tanto entonces como ahora.

¿Quién tiene la culpa de que se establezcan bancos que manejan cientos de millones de rublos, de que esos bancos arrojen sus redes de saqueo por todo el mundo y se enfrenten en un combate mortal? ¿Encuentra al culpable, si puedes! El culpable es el desarrollo del capitalismo durante medio siglo, y no hay más

salida que el derrocamiento del dominio de los capitalistas (...) En este mundo de capitalistas, tales problemas no se resuelven de forma voluntaria. solo pueden resolverse con la guerra. Por eso es absurdo culpar a uno u otro ladrón coronado. Esos ladrones con corona son todos iguales. Por eso es igualmente absurdo culpar a los capitalistas de uno u otro país. Son culpables únicamente de haber establecido semejante sistema.

Lenin, a diferencia del marxismo occidental, también había captado perfectamente la evolución de la revolución, determinada por el ingreso a la lucha de los pueblos oprimidos, sobre la que había reconfigurado la estrategia, una vez fracasada la revolución en Europa. Lenin marca un pasaje fundamental no solo porque la guerra es integrada y resulta inseparable del capitalismo, sino sobre todo porque, mientras para Marx la revolución será necesariamente europea y luego repercutirá en el mundo, para Lenin “estamos en vísperas de una revolución mundial” que tiene sus vanguardias fuera de Europa, en el hemisferio sur. Lo que le resultó más difícil de comprender fue que la revolución mundial del siglo XX marcó políticamente el declive de Occidente.

La nueva etapa política

Para tratar de definir una coyuntura política que, según parece, será la nuestra por largo tiempo, ¿podemos asumir la guerra actual como la confirmación

del vaticinio de Giovanni Arrighi en *Adam Smith en Pekín*?² ¿China reemplaza a Estados Unidos al frente del mercado mundial? ¿Vamos hacia un siglo chino después de haber sufrido el siglo norteamericano?

Uno puede dudarlo. Son numerosas las razones que hacen improbable la previsión de Arrighi, al menos a corto-mediano plazo, y dibujan una situación mucho menos lineal, mucho más problemática.

La actual guerra no se parece a una nueva versión de la “trampa de Tucídides”: una potencia emergente intenta derrocar a la potencia hegemónica y el enfrentamiento desemboca en un conflicto militar. Los investigadores de relaciones internacionales de Harvard que desarrollaron la teoría encontraron que, en el transcurso de la historia, en los dieciséis casos de este tipo analizados, doce han resultado en una confrontación militar entre la potencia hegemónica y la emergente.

China no tiene esta fuerza, porque no tiene los números económicos, tecnológicos y militares para reemplazar a Estados Unidos. Las clases dominantes y el Partido Comunista de China parecen ser plenamente conscientes de esto.

El imperialismo estadounidense ha hecho del dólar el centro de imputación de la economía mundial, el punto en el que se abre y se cierra, comienza y termina el circuito global del capital. La moneda estadounidense fue el motor de la mundialización, porque aseguró las inversiones y la liquidez necesaria para la producción y el comercio. El déficit presupuestario impuso la dolarización del mundo, y Wall Street garantizó las salidas y entradas de capitales

al mundo, favoreciendo su desarrollo o su recesión. China está todavía muy lejos de poder desempeñar el papel de “gran deudor” en el mercado mundial, capaz de inundar el mundo de renminbi con su deuda estructural (al contrario, tiene un gran superávit comercial); es decir, no tiene una moneda que sea tanto nacional como internacional.

Esto no significa que, una vez finalizada la guerra en Ucrania, podamos volver al estado de mundialización anterior al enfrentamiento. De hecho, la guerra ha acentuado aún más las divisiones que ya fracturaron el mercado mundial. La mundialización está todavía más balcanizada que antes. El eje Alemania-Rusia-China fue quebrado, quizás definitivamente, por la iniciativa militar estadounidense. Europa está en condiciones de ver su economía más debilitada; su comercio con el Este es cada vez más difícil. Occidente está tratando por todos los medios de aislar a Rusia, que está reciclando con éxito su tráfico comercial con países no occidentales. China, principal objetivo de la guerra, es objeto de *decoupling*, para liberar al Norte y al resto del mundo del comercio con la potencia emergente e impedir que adquiera nuevas e indispensables tecnologías. Estados Unidos todavía está lidiando con la guerra civil mientras financia el “American first” con subvenciones multimillonarias, otro golpe mortal para el “Free market”.

La Fed subió las tasas de interés para hacer frente a la explosión de la inflación provocada por los bancos centrales (dinero a costo cero) y por la potencia de los monopolios que imponen sus precios

(*pricing power*). Los países más pobres del Sur se ven obligados a seguir la suba de los tipos de interés (el doble respecto de la suba fijada por los norteamericanos), lo que los expone a una crisis de deuda que no solo los empuja a la recesión y a políticas de austeridad, sino que incluso podría hacer saltar por los aires todo el sistema financiero.

La voluntad de América del Sur de dotarse de una moneda que rompa la dependencia del dólar se suma a los proyectos de China y Rusia de ir en la misma dirección (desdolarización). Varios países del Sur comienzan a comerciar en sus propias monedas, desvinculándose del dólar. El sistema monetario/financiero corre el peligro de fracturarse en una regionalización y en una multilateralidad que corresponden a los proyectos políticos de autonomía frente a la moneda estadounidense. Un economista habla de una futura “guerra de las monedas”, que, en realidad, se viene dando desde 2008 y que constituye el corazón “oculto” (para quien no quiere ver) del actual enfrentamiento entre imperialismos.

La segunda razón por la cual, en lugar de tener un cambio de hegemonía, habrá una inestabilidad planetaria permanente, es que China, al igual que Estados Unidos, no tiene la menor idea de cómo acabar con el caos que su modelo de desarrollo ha producido.

Estados Unidos no tiene un proyecto político-económico para salir de este caos internacional. Son incapaces de “reordenar” una globalización en crisis estructural de la que son los principales responsables. Se mueven exclusivamente en función de sus intereses inmediatos, pisoteando el punto de vista de

los demás, aunque sean aliados. El dólar, gracias a la guerra –y confirmando las hipótesis de Qiao Liang–, se ha valorizado mucho, convirtiéndose en la moneda fuerte del planeta y atrayendo capitales que ponen en serios aprietos sobre todo al gran Sur. Más que un símbolo de solidaridad, muestran a los Estados Unidos como los grandes desestabilizadores.

Nunca salimos de la crisis de 2008, porque las políticas monetarias de los bancos centrales (*quantitative easing*) inundaron la economía de dinero, pero sin poder hacerlo “derramar” del ámbito financiero a la economía “real”, demostrando que el modelo económico de los últimos cincuenta años está en un callejón sin salida.

La enorme disponibilidad de liquidez ha acentuado, ante la imposibilidad de reiniciar la producción, el carácter depredador del capitalismo contemporáneo: la tendencia (más renta y menos producción) que ya estaba en el origen de la crisis de las *subprime* se ha profundizado con los intentos de rescatar las finanzas por parte de los bancos centrales porque el dinero ha funcionado como un mecanismo de captura, de expropiación de salarios e ingresos ya muy reducidos.

La asimetría que caracterizó al imperialismo del dólar se ha vuelto más evidente, y los países que sufrieron más el drenaje financiero (el gran Sur) y el costo de la mundialización ya no quieren soportar esta “imposición” de facto que proporciona las inversiones necesarias para su explotación y subordinación.

Se perfilan, así, grandes incógnitas: no solo porque no asistimos a un clásico reemplazo de una

hegemonía por otra, como ocurrió con el dólar y la libra, sino también porque la crisis ecológica y la fuerza político-económica del *gran Sur* plantean problemas que parecen no encontrar solución dentro de la lógica capitalista.

El ciclo “virtuoso” del dólar se ha vuelto “vicioso” y la fase que se abre con la guerra no parece conducir a una reestructuración clásica del modo de producción a escala mundial. Lo que ha comenzado es más bien un proceso de *destrucción caótica* que poco tiene que ver con la “destrucción creativa de Schumpeter”. La clásica sustitución de un modo de producción por otro más productivo, más eficiente, más rentable para el capital choca con dos realidades. En la arena internacional, vemos no solo potencias económicas y políticas en guerra, ninguna de las cuales parece tener las llaves para un nuevo desarrollo del mercado mundial, sino también de algo nuevo. La posibilidad de aniquilamiento de la habitabilidad del planeta Tierra para la especie humana se ha convertido en una realidad tangible y medible. La guerra ha profundizado las heridas que el capitalismo inflige al globo terráqueo sin aportar solución alguna a la degradación que la “producción” provoca en la reproducción del medio ambiente en el que vivimos. La guerra se asoció inmediatamente a una “crisis” energética que hizo estallar las ganancias en 185 mil millones de dólares, un récord histórico para los cinco monopolios petroleros más importantes (Total, ExxonMobil, Chevron, Shell, BP).³ Si antes no se hacía nada para solucionar el problema de la energía fósil, motor de la producción, hoy esta

misma energía no solo se ha vuelto insustituible, sino que tiene precios prohibitivos para los perdedores de la guerra (Europa se ve obligada a asumir costos energéticos, tanto de particulares como de empresas, que pesan sobre su competitividad). Dentro de la guerra hay otra guerra por el acaparamiento de energías fósiles y la transición ecológica, si es que alguna vez ha entrado en la agenda de los Estados, hoy se pospone a una improbable posguerra. La economía mundial nunca ha sido tan dependiente de los combustibles fósiles como hoy.

Ya no se trata solo de modificar, para hablar como Marx, las fuerzas productivas y las relaciones de producción, para hacerlas más productivas (nuevo capitalismo) o cambiarlas radicalmente para hacerlas más justas y libres (revolución), sino de concebirlas de modo que la *destrucción inherente al “desarrollo” no se vuelva, de relativa, absoluta*, como viene ocurriendo de manera acelerada desde hace más de un siglo.

La identidad de producción y destrucción que caracteriza al capitalismo desde la Primera Guerra Mundial se ve acelerada por la guerra actual. Destrucción de sociedades, destrucción de economías y sus fuerzas productivas y destrucción ecológica se suman sin precedentes. El resultado de esta maraña de “destrucción/destructiva” nos proyecta a una situación altamente peligrosa de la que no tenemos ningún antecedente.

El otro gran obstáculo para pensar en una nueva forma de acumulación es la fortaleza política y económica del “gran Sur”. Cualquiera que sea el nivel de desarrollo de la tecnología y la ciencia, desde 1492,

para producir ganancias, el capital debe explotar al “Sur”. Las innovaciones tecnológicas y organizativas no son suficientes para aumentar la ganancia: la explotación del trabajo libre o mal pago, del trabajo servil y esclavo es absolutamente necesaria para frenar la caída tendencial de la tasa de ganancia. Ahora el Sur ya no está allí para proporcionar mano de obra gratuita o barata ni materias primas gratis.

El capitalismo no puede regirse solo por sus propias fuerzas (producción, ciencia, tecnología), como bien sabía Rosa Luxemburgo, y no solo no hay otro planeta que saquear, sino que ya no hay ni siquiera un “otro sur” que explotar.

De lo descrito *emerge un escenario de mediano y largo plazo que hará desaparecer el mediano y largo plazo*, porque el *continuum* histórico será roto por las guerras, no solo por el reparto del mercado mundial, sino también por guerras civiles, climáticas, migratorias, por disturbios e insurrecciones.

Emancipación y revolución

Los movimientos, más que ser conscientes de la discontinuidad de la nueva etapa política, parecen haber sido arrojados dentro de ella. En general, parecen querer continuar con la política de la fase anterior, mientras que los espacios políticos se cierran y la gobernabilidad es sustituida por la política de los nuevos fascismos, que acompañan mayores centralizaciones del poder político, económico y militar.

Sin embargo, la situación los empuja a poner en práctica rupturas radicales, verdaderas revueltas,

verdaderas insurrecciones dentro de las cuales se ven obligados a preguntarse qué hacer con el poder constituido.

En el pasado las brechas políticas y temporales abiertas por el régimen de guerra en los dispositivos de mando y control del imperialismo eran oportunidades que los movimientos revolucionarios se proponían explotar: históricamente abrieron el tiempo de la revolución. Pero la catástrofe (mutación del orden global) nunca ha sido para los revolucionarios el resultado de un determinismo, sino que siempre se ha referido a la capacidad de asir el tiempo fuera de sus goznes, el Kairós de la ruptura. Una etapa final del capital, que “no puede ser alcanzada en la realidad”, porque no es solo un proceso económico, sino también político. Y solo otro proceso político podrá decretar su “etapa final”.

Un revolucionario del siglo XX habría leído los acontecimientos contemporáneos como una consecuencia previsible del desarrollo del capital, de sus indispensables asimetrías, de sus necesarios desequilibrios, de su insaciable sed de lucro, pero también como momento de surgimiento de nuevas posibilidades (“Gran confusión bajo el cielo, la situación es excelente”). El proceder de lo *negativo* se manifiesta no solo como explotación, dominación, destrucción del planeta, sino también en el estallido de la guerra entre imperialismos que suele marcar un punto de no retorno para el orden capitalista. Pero también podría manifestarse como revolución, o al menos en la tradición revolucionaria así lo creían. No todos, para ser honesto. Rosa Luxemburgo

critica el vínculo entre guerra y revolución que había establecido Lenin, negándose a ver en la guerra algo más que un terrible desastre. Alain Badiou identifica todos los límites de las revoluciones proletarias de los siglos XIX y XX en el hecho de que surgen y se desarrollan en y con la guerra. Pero ¿hemos visto o veremos alguna vez una revolución que no surja de este modo o que pueda ser pacífica?

Sea como fuere, la tradición revolucionaria había captado una serie de continuidades y discontinuidades en el funcionamiento del poder y del conflicto que los movimientos políticos y el pensamiento crítico parecen haber abandonado.

La primera continuidad se refería a las diferentes formas en que se ejerce el poder: las guerras de sometimiento, la explotación, la dominación sexual y racial, las guerras civiles, las guerras entre Estados estaban animadas por la misma lógica transversal del poder que se ejercía por medios diferentes según la situación. El dominio pasaba del mercado mundial al local, de lo micro a lo macro.

La segunda continuidad se refería al conflicto que retomaba, en negativo, el *continuum* del poder y lo interrumpía: entre luchas locales (contra la explotación y la dominación) y luchas globales (guerras civiles y guerras entre Estados) no debía haber ruptura. Los revolucionarios debían actuar al interior de esta continuidad porque el enfrentamiento estratégico entre las potencias económicas y políticas, las contradicciones que no encuentran otra solución que el recurso al juicio de las armas, constituyeron también la ocasión para la “posible”

superación del capitalismo. Las luchas deben llevarse al nivel de *radicalidad y globalidad* del conflicto en curso a través de una actividad político-organizativa que trascienda su especificidad y su particularidad.

La tercera era la continuidad de las formas de organización: tampoco entre la organización que lucha localmente y la organización que asume enfrentamientos globales debía haber separación.

Estas continuidades se caracterizaban, en todo caso, por saltos, rupturas, aceleraciones que, paradójicamente, constituían discontinuidades en la continuidad. La guerra, para Clausewitz, es la continuación de la política, pero, evidentemente, es también una gran discontinuidad introducida por los medios no pacíficos necesarios para su realización.

Si bien el ejercicio del poder siempre ha organizado y no deja de organizar esta continuidad/discontinuidad, la práctica y el pensamiento de los movimientos post-68 han hecho una ruptura. Comencemos por tratar el punto de vista de la teoría desarrollada en los años 1970.

Entre las ventajas del pensamiento crítico podemos incluir el hecho de que nos permitió ver el poder, la resistencia, la fuerza de la creación y la subversión donde la filosofía política y el marxismo veían solo lo prepolítico. Entre lo criticable está el hecho de haber separado lo local de lo global, la mutación de sí, el cuidado de uno mismo y de los demás, la producción de una nueva subjetividad, *que yo llamo emancipación*, de la transformación radical del orden económico y político, *que yo llamo revolución*. Una vez más, es el pobre Foucault quien

se encarga de mostrar el crimen: así como había separado la gubernamentalidad difusa y local de las centralizaciones del imperialismo, dándonos un concepto *soft* del poder contemporáneo, rompe así la relación entre las luchas “concernientes a modos de ser y de pensar, a relaciones de autoridad, a relaciones entre los sexos, o a la manera de percibir la locura o la enfermedad” y “todos los proyectos que pretenden ser globales y radicales”.

La separación implica un cambio de praxis y de estrategia: comprometerse en “transformaciones, incluso parciales” y en un “trabajo de nosotros-mismos sobre nosotros-mismos, en la medida en que seamos seres libres”, en lugar de luchar por la transformación del “poder político” o del “sistema económico”.

La construcción de formas de vida y los procesos de conversión subjetiva (la estética de hacer de lo propio una obra de arte) se oponen a la subversión del orden político y económico que parece avanzar, así, por dos vías paralelas. La emancipación (prácticas de libertad) y la revolución (prácticas de ruptura del orden constituido y, por lo tanto, prácticas *ya no solo de libertad, sino de liberación*) son pensadas como si un proceso pudiera darse sin el otro, como si no hubiera relación entre los dos niveles. El “exceso de poder y control sobre los individuos”, sobre “su cuerpo, su vida, su salud, su subjetividad”, que obsesionaba a Foucault, tiene en cambio una relación directa con las centralizaciones del imperialismo operadas por el capital, por el Estado y el monopolio de fuerza.

Foucault rompe la continuidad histórica de la emancipación y la revolución, por buenas razones. La revolución parece, cada vez, traicionar a la emancipación, tanto en las formas de organización como en los objetivos. El movimiento de 1968, en la interpretación de Maurice Blanchot, habría operado de la misma manera, funcionando así como matriz para los movimientos de emancipación sucesivos: practicaron una ruptura sin darse los “medios políticos para el porvenir, sin poder institucional”. La separación de emancipación y revolución que podría interpretarse como “debilidad” sería, en cambio, su “fuerza”. Blanchot concluye, abriéndose a todas las teorías destituyentes contemporáneas: el movimiento no ha fracasado, sino que “lo ha realizado soberanamente”. La revolución estaría “detrás nuestro”. Deleuze, a su manera, va en la misma dirección: si las revoluciones siempre acaban mal, el “devenir revolucionario” no necesita una revolución porque nunca acaba, está en continuo devenir.

Buena parte de los movimientos que se desarrollaron después de 1968 asumieron, consciente o inconscientemente, la separación entre emancipación y revolución, como solución a los *impasses* y fracasos de la revolución mundial. Ciertamente, no era posible ni deseable una repetición de las revoluciones socialistas, pero una nueva revolución era necesaria porque lo que no hemos dejado atrás es la contrarrevolución capitalista que ha impuesto el orden, la restauración, el nuevo fascismo, las guerras civiles, la guerra. Lo único sólidamente destituido fue la fuerza y la tradición del movimiento

revolucionario sin sustituirlo prácticamente por nada que fuera efectivo y radical. Así, las relaciones de poder entre las clases retroceden a la era de la revolución presoviética.

Ahora, la crisis de 2008 ha abierto una nueva etapa política. Si en los movimientos de 1968 la necesidad de una revolución no podía imponerse, hoy no parece haber otra salida. En la fase política actual donde la guerra –en realidad, las guerras– se convierte en el eje político central, este legado de 1968 es perjudicial para el desarrollo de las luchas de clases. Los compañeros italianos se burlan de mí porque hablo de revolución, pero la guerra no solo ha radicalizado el choque entre imperialismos, sino también entre las clases. Las luchas más radicales, las insurrecciones y revueltas más radicales se desarrollan lejos de sus ojos y, por lo tanto, apenas las ven.

En cambio, parecería que, al analizar las rupturas políticas que ya se han producido, a partir de 2011, primero en África del norte, especialmente en Egipto, para luego continuar en Chile en 2019 y actualmente en Irán (pero también en Perú, en Argelia, etc.), atender a la relación entre revolución y emancipación sigue siendo necesaria e indispensable. Las posibilidades que la coyuntura de 1968 no logró realizar (las nuevas formas de relación entre emancipación y revolución) vuelven a ser actuales.

También en esta fase política encontramos la diferencia de intensidad política y subjetiva entre el Norte y el Sur del mundo que atravesó todo el siglo XX: reanudación de las grandes huelgas del Norte

(Inglaterra, Francia, España) y verdaderas insurrecciones en el Sur global que derriban gobiernos (Túnez, Egipto)⁴ y desestructuran formas de gubernamentalidad que existen desde hace cuarenta años (como en Chile) o dictaduras político-religiosas (como en Irán).

Las grandes movilizaciones en Estados Unidos contra el asesinato de George Floyd fueron, igualmente, muy significativas. Si bien no han hecho vacilar a los poderes constituidos, se vio una gran movilización de blancos dentro de las revueltas raciales que llevaron a Trump a pedir que se dispare contra los manifestantes, y a Biden a conceder que se dispare, pero no a matar. La intervención del ejército solicitada por Trump fue negada únicamente por los militares, que se resistieron a desempeñar la función de policía interna.

Redefinir el concepto de revolución supera con creces mis capacidades. En cuanto a las revueltas, insurrecciones, levantamientos en el Sur y las luchas de masas en el Norte, solo puedo hacer algunas observaciones preliminares, adelantando algunas hipótesis sobre la relación emancipación/revolución, porque el análisis requeriría un trabajo colectivo que por el momento no existe.

Movimientos emancipatorios

En la guerra entre Estados, hay que saber leer la continuidad de las guerras de clase, de raza, de sexo. En la revolución, hay que saber ver el cúmulo de luchas que se desarrollan dentro y contra las guerras

de clase, raza y sexo. La revuelta, o la insurrección, es una etapa en este pasaje que ya contiene todas las luchas y emancipaciones, pero las reproduce en otro plano.

Desde el punto de vista del hecho insurreccional o rebelde, nada nuevo bajo el sol respecto a la época de las revoluciones. Un levantamiento de masas sacude el poder constituido, profundiza y radicaliza el enfrentamiento, abre una nueva fase del proceso revolucionario, instaura un contrapoder sólido, pero momentáneo, etc. Lo que cambia radicalmente es el sujeto político, y en consecuencia, la organización política. Los dos procesos son un mismo problema, visto desde dos ángulos diferentes: ya no la clase obrera, sino una multiplicidad de movimientos, de subjetividades, de reivindicaciones, de modalidades de organización que exigen formas de organización y de revolución nuevas.

Con el declive del movimiento obrero, ninguna perspectiva, ningún movimiento, ninguna demanda es más central que la otra. A pesar de la imposibilidad de reproducir una hegemonía determinada sobre el proletariado, sobre el modelo de la clase obrera, cada movimiento piensa el mundo y su transformación a partir de sí mismo, solamente, cada uno reivindicando alguna centralidad.

Paul Guillibert y Frédéric Monferrand, dos pensadores ecológico-marxistas, pasan fácilmente de la centralidad de la lucha de clases a otra lucha, adoptando la posición de Bruno Latour: “La ecología constituye de ahora en más la principal cuestión política, de la que depende ‘el sentido de la historia’

y a partir de esta posición es que se definen los antagonismos sociopolíticos, los actores y sus apuestas”. Su marxismo los lleva naturalmente a dejar que la ecología juegue el papel que tuvo la lucha capital/trabajo.

Podemos encontrar valoraciones similares entre la multiplicidad de posiciones feministas en el punto de vista de Lea Melandri: “Reconocer el sexismo como un acto fundacional de la política y de todas las demás formas de violencia, explotación, injusticia: clasismo, racismo, nacionalismo, colonialismo, homolesbotransfobia, especismo, devastación medioambiental”.

El iniciador de la teoría decolonial, Anibal Quijano, pone en el centro el problema de las relaciones raciales: “La idea de raza es, con toda seguridad, el más eficaz instrumento de dominación social inventado en los últimos 500 años. Producida en el comienzo de la formación de América y del capitalismo, en el tránsito del siglo XV al XVI, en las centurias siguientes fue impuesta sobre toda la población del planeta como parte de la dominación colonial de Europa (...) Sobre ella se fundó el eurocentrismo del poder mundial capitalista y la consiguiente distribución mundial del trabajo y del intercambio”.⁵

Quizá todos tengan razón sobre el origen de la dominación, pero lo cierto –sin entrar en el fondo de los distintos argumentos– es que, desde sus inicios, el capitalismo supo integrar y fue capaz de gestionar estas distintas relaciones de poder, enfrentándolas entre sí para reproducir e intensificar dicho poder. Pocos casos pueden ejemplificar esta estrategia: la

división producida por la renta colonial y el racismo que la legitimó, que separó durante siglos al proletariado del Norte del proletariado del Sur. Tras la descolonización, la división se reproduce, aunque de forma diferente, en los países occidentales. Las revueltas de dos de las capas más pobres y explotadas del proletariado francés, la revuelta de las *banlieues* (racializados) y la revuelta de los *gilets jaunes* (“blancos”) no se comunican, no convergen, no se solidarizan, aunque estos últimos disfruten cada vez menos de la renta colonial y ni siquiera hayan caído en la trampa que el Estado les tendió: el racismo. Permanecen encerrados en sus respectivos mundos como si no fuera el mismo desprecio y la misma violencia de clase que el Estado y la élite económico-política vierten sobre unos y otros. Tanto en el seno de los racializados como en el de los *gilets jaunes*, la división sexual del trabajo y de las funciones sociales constituye otra fuente de separación del proletariado (hombres y mujeres). La actitud viril y machista de ambos constituye, a su vez, una fuente de desencuentros con los movimientos feministas.

El proletariado femenino también conoce sus divisiones. En América Latina, cuna de los movimientos feministas más fuertes e innovadores, las mujeres proletarias, vanguardia político-militante de la economía popular,⁶ son mayoritariamente contrarias al aborto, ya sea porque su referencia espiritual es una religión institucional (católica o evangelista) o porque siguen la tradición indígena. Y así sucesivamente, la lista podría ser larga. Evidentemente, no se trata de juzgar estas diferencias con el rasero del

progreso o del atraso, sino de partir, con realismo, del hecho de que el proletariado es una multiplicidad, una estratificación de subjetividades que conviven todas al mismo tiempo.⁷

Cada uno de estos movimientos (feminista, anti-racista, sindical, ecologista) expresa una perspectiva propia, pero también un punto de vista diferente de todos los demás, arriesgándose –a partir de esta dispersión y diferencia– a chocar con el “todo” enemigo (Chile, Túnez, Egipto, etc.), o a la impotencia y la derrota o al retraimiento en la propia identidad. Tal como constatamos desde 2011, la multiplicidad diferente y dispersa es incapaz de revertir –ni siquiera de arañar– la correlación de fuerzas que la contrarrevolución impuso como un “todo”. Si bien cada uno de estos movimientos tiene su “enemigo principal”, el poder tiene solo “un” enemigo, al que fácilmente logra derrotar en cuanto sube el nivel de confrontación porque está profundamente dividido en su seno. La totalización es el objetivo imposible del poder, pero aún le queda la guerra, la guerra civil, la represión, el golpe de Estado, el estado de emergencia para lograr un “todo” de otro modo inalcanzable.

Estos diversos movimientos políticos llaman a hacer valer su punto de vista “revolución” (“revolución feminista”, “revolución anticolonial”, “revolución ecológica”, etc.). El concepto de revolución ha sido históricamente identificado, con cambios radicales en el sistema económico, político y social. Suele referirse a una ruptura más o menos violenta de todo el sistema. ¿Los dos conceptos expresan y definen el mismo fenómeno? Sigamos distinguiendo, bajo

nuestro propio riesgo, la emancipación de la revolución, a ver si se aclara la situación.

La revolución feminista o anticolonial parece más cercana al concepto de emancipación de la esclavitud, perseguida, por ejemplo, por los africanos convertidos en esclavos en las dos Américas. El fin de la esclavitud significó una liberación de una relación de dominación, sin por ello poner en discusión el conjunto de dispositivos de poder sobre los cuales se asentaba el sistema. Los esclavos se han vuelto “libres”, pero se ven obligados a los trabajos más precarios, incluso serviles sin ser esclavos, o al trabajo asalariado en condiciones sociales que, muy a menudo, como en Estados Unidos, eran identificables con una verdadera segregación racial. La abolición de la esclavitud era compatible con la reproducción del sistema capitalista.

Las conquistas del movimiento feminista, sin ser inmediatamente reducibles a la emancipación de la esclavitud, tienen rasgos similares: la invención de “prácticas de libertad” y de “cuidados”, los procesos de subjetivación, la particularidad de la “relación consigo misma” de las mujeres han tenido, según los momentos, una gran extensión, pero siempre dentro del sistema capitalista. Las luchas y prácticas del movimiento no logran eliminar todas las relaciones de poder a las que están sujetas las mujeres. A pesar de la “libertad” adquirida, en el mercado laboral (y en todos los ámbitos sociales) aún ocupan posiciones por debajo de los hombres en cuanto a la calidad del empleo, el salario y la jubilación; y son siempre las mujeres las que más sufren

los recortes del *welfare*, la degradación de todos los servicios sociales, mientras que en la sociedad siguen siendo objeto de violencia directa que conduce a la propagación del feminicidio, el sexismo y la superioridad masculina.

Para salir de esta situación, es el conjunto de relaciones de poder lo que debe ser atacado y radicalmente modificado. Algo que el feminismo sudamericano ha entendido muy bien al proponer “el paro feminista”, que intenta combinar emancipación con revolución y lanza efectivamente un “proceso revolucionario” aún embrionario.

bell hooks había captado a su manera la diferencia entre emancipación y revolución: “El acento puesto en la identidad y en el estilo de vida es a menudo atractivo porque da la sensación equivocada de que uno está comprometido con la praxis. Sin embargo, la práctica dentro de cualquier movimiento político que pretenda tener un impacto transformador radical en la sociedad no puede orientarse únicamente hacia la creación de espacios en los que los futuros radicales se sientan seguros y protegidos. El movimiento feminista que tiene como objetivo acabar con la opresión sexista involucra activamente a los participantes en una lucha revolucionaria. La lucha rara vez es sana o agradable”.⁸

Esta diferencia entre emancipación y revolución puede generalizarse: podría interpretarse como una forma diferente de calificar la relación entre lo económico y lo político, entre el sindicalismo y lo revolucionario que tanta importancia tuvo en las revoluciones del siglo XX.

El trabajo precario, pero también el trabajo asalariado, se encuentra en una situación similar. Si tomamos el ejemplo de los trabajadores de la economía informal (precarios, pobres y endeudados) que en Latinoamérica llaman “economía popular”, podemos constatar el desarrollo de procesos de lucha o de organización política/productiva que han dado “libertad”, dignidad, salario e ingresos, pero siempre dentro de una organización del trabajo controlada por el gran capital y las finanzas.

Nuevamente, la emancipación se presenta con dos caras, ambas verdaderas. Se podría decir que los desempleados, los “inactivos”, los migrantes, las mujeres inventaron su trabajo y su propia economía, demostrando una gran capacidad de iniciativa y organización y, al mismo tiempo, se podría afirmar, también, que los “pobres” contribuyen a la reproducción del sistema, porque trabajan, consumen y pagan los intereses de la deuda (desde el punto de vista capitalista, ¿qué más se puede pedir?). Ya sea que miremos el fenómeno desde el primer punto de vista o desde el segundo, se trata siempre de “trabajadores pobres” dentro de una economía hipercompetitiva subordinada al capital y a las finanzas.

Pero no hay que exaltar al “empresario de sí”, incendiar la relativa autonomía y la libertad conquistada inventando un trabajo y, por lo tanto, un salario y una renta; ni, por el contrario, denunciar su integración en el sistema, su consumismo “plebeyo” que permite que el capital y las finanzas encuentren nuevas fuentes de ganancias y reproducción.

Se trata solo de conocer los contornos de una lucha, el equilibrio de poder entre el capital y este nuevo trabajo. *El poder no está ni de un lado ni del otro de la relación, sino en el enfrentamiento, en el conflicto entre los dos polos.* Sin embargo, a pesar de la ruptura del sometimiento que estos movimientos producen, aún se mantiene una relación asimétrica, en gran parte favorable al polo Estado-capital. Aquí también, para cambiar la relación de subordinación entre la economía popular y las finanzas y economía de los monopolios, se necesitan otros niveles de lucha y organización.

La cuestión del “trabajo” ya no tiene la centralidad exclusiva que tuvo en las luchas de clases de los siglos XIX y XX, pero sigue siendo un paso decisivo hacia cualquier revolución. El salario y el ingreso conciernen a toda la composición de la clase. A su alrededor se cristaliza una oposición que sigue siendo explosiva, entre la vida de los proletarios y las ganancias de los patrones. Si el conflicto no se lleva a las nuevas condiciones de la “guerra de clases”, ninguna de las revoluciones reclamadas por los movimientos verá el día. Si no se encuentra una estrategia política contra la masificación diferenciadora de la puesta al trabajo, contra su fragmentación e individualización, contra el empobrecimiento (trabajo asalariado, precario, pobre, endeudado, doméstico, servil), solo nos queda seguir sufriendo la iniciativa de la contrarrevolución.

Al fin y al cabo, es difícil entender qué puede ser una revolución (aunque se entienda lo que quieren decir o sienten las feministas, los ecologistas, los

militantes anticoloniales al afirmar dicho concepto), en medio de una poderosa contrarrevolución capitalista. Una revolución que no logra oponerse al congelamiento de los salarios, a la destrucción del welfare y su reconfiguración en función de las empresas y los ricos, a la privatización de todos los servicios, al espantoso incremento de la pobreza, a la prolongación ilimitada de la edad de jubilación, a la propagación de nuevos fascismos, a los populismos, al auge del sexismo, el racismo y la guerra.

Sin embargo, los movimientos de emancipación están en el origen de importantes procesos de transformación de la antropología del “ser humano” construida por el capitalismo en los últimos cuatro siglos. El “individualismo posesivo” con el que suele definirse el tipo antropológico del “hombre” capitalista es inconcebible sin el racismo y el sexismo, que constituyen su apoyo y complemento indispensables, silenciados y apartados de la filosofía política. El antirracismo político y el feminismo producen una crítica y una transformación antropológica de la subjetividad del “hombre moderno”, atacando a la concepción supremacista y universalista del hombre blanco, masculino, que parece más eficaz y precisa que los intentos de cambio planeados y ensayados por el “hombre nuevo” de la revolución socialista y el “superhombre” de la revolución conservadora. Ciertamente, es desde ahí desde donde debemos partir, teniendo siempre presente, sin embargo, la necesidad de pasar de la emancipación a la revolución. Estos cambios antropológicos solo pueden ser afirmados, confirmados y consolidados por un

cambio político-social-económico general y radical. Confiados a cualquier tipo de evolucionismo, solo pueden producir cambios “culturales”, subordinados y marginados por el devenir “fascista” de la mayoría y de la opinión pública.

Los movimientos de emancipación pueden abrir los procesos revolucionarios, como es el caso del movimiento feminista en Irán, pero no pueden, evidentemente, llevarlos a cabo solos.

Identidad de producción y destrucción

Lo que ha cambiado radicalmente con respecto a las revoluciones del siglo XX no es solo el sujeto revolucionario y sus nuevas formas de organización y lucha. A partir de los años 1970, la máquina Estado-capital ha roto todo tipo de compromiso de clase, razón por la que la guerra es desde entonces –y no desde el 24 de febrero de 2022– nuestro “destino”. Pero también, desde el punto de vista de los movimientos, fracasa cualquier tipo de mediación. La “cuestión ecológica” presenta aspectos inéditos porque no es verdaderamente emancipatoria: es radicalmente trágica. Pone en el centro de la política una cuestión de “vida o muerte” (para la humanidad). Revela de manera inequívoca que la definición de gubernamentalidad neoliberal (“hacer vivir y dejar morir”) es absolutamente falsa. También es engañoso señalar el potenciamiento de las fuerzas de la vida como propósito del poder. Lo que los dispositivos de poder deben gobernar es la identidad de producción y destrucción, asegurando que las fuerzas

mortíferas del “mercado”, de la producción y el consumo, puedan actuar sin perturbaciones. La identidad de producción y destrucción pone radicalmente en discusión la fe en las fuerzas productivas (y en la categoría contemporánea de lo “común”)⁹ y en sus revoluciones socialistas.

Aquí, el infinito de la dialéctica fuerzas productivas/relaciones de producción choca contra el muro del fin de la función revolucionaria, si alguna vez existió, del capital y de las fuerzas productivas. La “potencia infinita del ser”, que el capital traduce en poder infinito de producir ganancia, su inagotable capacidad de “crear permanentemente cosas nuevas”, que captura y revierte en *destrucciones siempre nuevas*, se despega de la posibilidad de extinción de la humanidad porque el “hacer del hombre” no “prolonga la potencia de la naturaleza”, sino que la destruye y así se destruye también a sí mismo y al medioambiente que le permite vivir. Es otra gran ruptura y no solo con las revoluciones socialistas, porque las *fuerzas productivas* son también e inevitablemente *fuerzas destructivas*. La “crisis ecológica” es la manifestación de esta identidad que el movimiento obrero y comunista no contempló de manera tan radical.

La diferencia entre emancipación y revolución también existió en el movimiento obrero, incluso en las organizaciones políticas, sindicales y mutualistas de los siglos XIX y XX. Las “prácticas de libertad” y la producción de subjetividad fueron los pilares de su acción. Aunque, dentro de estructuras jerárquicas, la militancia garantizaba la ruptura con la servidumbre

en la producción, en el trabajo asalariado y con el sometimiento al Estado y a la gubernamentalidad. Liberaba al individuo de la subordinación a las leyes de la economía y del poder político, modificando radicalmente su subjetividad. Parafraseando a Marx, se puede decir que el obrero y el proletario salieron de la organización sindical, política y mutualista con una forma completamente distinta a como entraron en ella. Adquirieron nuevos conocimientos, nuevas relaciones, integraron redes más amplias de socialización, una nueva concepción de sí mismos y del mundo.

Millones de personas se han convertido en “seres libres” (produciendo “un trabajo de sí mismos sobre sí mismos” en cuanto “espíritus libres”) a través de la militancia, pero nunca se hicieron la ilusión de que esta “libertad” podía perseguirse y cultivarse sin la liberación del capitalismo, sin revolucionar el poder económico y político. No disociaron las “prácticas de libertad”, que cambiaron profundamente su subjetividad, de los procesos de liberación general, de la revolución. La lucha local, específica, parcial, de la que había surgido como subjetividad en mutación, era imposible de desligar de las luchas “radicales y globales”.

Es cierto que el carácter global de la lucha, su carácter radical (que podía llegar al punto de la guerra) hacía pesar sobre las organizaciones una centralización, una totalización, una jerarquización, que a menudo terminó por sofocar las “prácticas de la libertad” y por homologar –hasta la caricatura– la producción de subjetividad al modelo “obrero” o de

revolucionario profesional. La relación que el movimiento obrero revolucionario continuamente operó entre lo local y lo global, entre la singularidad de una situación de lucha y la generalidad que imponía el enfrentamiento en el mercado mundial, no solo produjo las revoluciones del siglo XX, sino también el aumento de salarios e ingresos, la imposición de derechos políticos y sociales, para todos los pueblos del mundo, aunque de diferentes formas. El resultado había sido un avance general del proletariado mundial, que primero fue violentamente bloqueado y luego retrocedió con fuerza, precisamente porque la revolución y su amenaza habían desaparecido. La relación entre las nuevas emancipaciones y la nueva revolución es algo que necesita ser reafirmado, aunque sea en condiciones diferentes, *porque las emancipaciones son incapaces no ya de derrotar, sino tan solo de oponerse a la contrarrevolución.*

Seguramente los nuevos sujetos –las mujeres, los racializados, los ecologistas– han dado un nuevo sentido a las prácticas de libertad, han enriquecido con nuevos contenidos el pasaje del sometimiento a la producción de una nueva subjetividad. Han prestado, sin duda, mayor atención a la emancipación cuya realización no ha sido aplazada hasta después de la revolución, han inventado dispositivos específicos para hacer posible la “libertad”, pero con el riesgo de desligarla del nivel del enfrentamiento general. Con el riesgo de convertirse en movimientos “radicales” al estilo norteamericano, con el peligro de caer en políticas identitarias.

El nuevo sujeto y el nuevo saber

La urgencia de establecer, construir y organizar una nueva continuidad entre emancipación y revolución surge con fuerza cuando el enfrentamiento se radicaliza en insurrecciones, revueltas, guerras civiles, es decir, cuando el marco de la coyuntura está dado por la guerra. En determinado momento de la lucha de clases o del desarrollo de las luchas de emancipación (que, repetimos, pueden dar inicio a procesos revolucionarios) nos enfrentamos a un poder que ya no es solo patriarcal o heterosexual, que ya no es solo el poder racista ni solo el poder del patrón, sino que es el poder general de la máquina Estado-capital que los engloba, los reorganiza y, de la misma manera, los desborda. La confrontación es con la estrategia de acumulación de ganancias, de potencia y con su fuerza de destrucción. El enemigo no es solo el poder nacional, la soberanía de un Estado en particular. En estas situaciones, nos enfrentamos con políticas directamente imperialistas porque cualquier ruptura política –como en Egipto, Chile o Irán– tiene chances de poner en discusión las relaciones de fuerza sobre el mercado mundial, la organización global de la producción y del poder: tanto las insurrecciones chilenas como las egipcias fueron seguidas muy de cerca por Estados Unidos, que no dudó en intervenir con su “injerencia estratégica”.

Las perspectivas de los movimientos se enfrentan con las perspectivas de los poderes (nacionales y globales), que, como los primeros, quieren hacerse valer.

En ciertos momentos de lucha en torno al intento de hacer valer la propia perspectiva, se llega a un punto de no retorno para ambos bandos, porque no es posible consolidar formas estables de contrapoder, espacios o territorios “liberados” si no es por breves períodos. La solución zapatista no es generalizable ni reproducible (como, por otra parte, los mismos zapatistas siempre han afirmado). Al mismo tiempo, la toma del poder, desde 1968, no parece ser una prioridad. La situación se configura como un rompecabezas.

Una vez alcanzado este nivel de confrontación, o se avanza o se retrocede, o se gana o se pierde; el sujeto revolucionario y su organización avanzan en su hacerse o son bloqueados y retroceden desmoronándose. Al menos a corto o mediano plazo, estas son las alternativas. La insurrección chilena, desde este punto de vista, es ejemplar: ha abierto una nueva fase política, nuevas relaciones de poder, posibilidades inéditas que rápidamente se encauzaron en la apertura de un proceso constituyente. No estoy en condiciones de hacer ningún juicio sobre esta “elección”. Sí pude, en cambio, constatar que las decisiones que se deben tomar dentro de este nivel de confrontación son “trágicas”, en el sentido de que determinan las situaciones en las que se puede perder o se puede ganar, y definen las condiciones bajo las cuales se puede avanzar o retroceder.

El “proceso constituyente” abierto por la revuelta chilena había contado con la participación de miles de colectivos, organizaciones e individuos. La derrota del referéndum hizo que el proceso constituyente volviera

a estar en manos de unos pocos expertos y a la clausura de facto del proceso mismo.¹⁰

Para hacer frente a estos niveles de enfrentamiento, necesitamos de un *sujeto* (y su organización) y de un *saber* nuevos y específicos. El sujeto no preexiste a la acción, se construye al interior del proceso como su efecto, a partir de la realidad de los movimientos, de la multiplicidad de las subjetividades que lo componen.

La insurrección es simultáneamente una lucha contra el poder y un proceso de construcción de un sujeto político. Las etapas del proceso revolucionario son las etapas de su constitución y de la manifestación de su fuerza (o de su debilidad). Una vez más, nada nuevo.

El sujeto no trasciende el proceso mientras no coincida con él.

El proceso no es la simple suma de los movimientos que lo constituyen, del mismo modo el sujeto que emerge en la acción insurreccional no es reducible a la suma de las subjetividades (feminista, anticolonial, obrera, ecológica) que actúan en su interior.

La construcción del sujeto tampoco es una simple composición de lo heterogéneo, una concatenación de diferencias. El sujeto revolucionario se forja al límite del enfrentamiento, no solo se dirige hacia la composición de diversidades (interseccionalidad), sino también contra la estrategia del poder constituido, por lo que no puede eximirse de la negación, debe afirmar su “no” como acto fundacional. No puede dejar de tratar de debilitar, de neutralizar, de destruir las fuerzas del enemigo, de lo contrario, será

él mismo quien saldrá disminuido, reprimido, deshecho (como viene ocurriendo regularmente desde hace cincuenta años ante la contrarrevolución).

Incluso los fines no preexisten a la acción (no están ya contenidos ni en la filosofía de la historia, ni en lo común, ni en las fuerzas productivas), sino que emergen dentro del conflicto, se forman y se despliegan en la lucha contra el enemigo. En este sentido, se puede interpretar la afirmación de Marx según la cual no escribió recetas para el futuro. Sujeto, fines, proyecto son cuestiones de y para el presente. El tiempo del conflicto no está en el futuro y ni siquiera es memoria del pasado. No es nostalgia del futuro ni nostalgia del pasado. No queda prisionero del “así fue” ni del “así será”: vive la necesidad del presente.

Uno de los puntos de vista más perjudiciales que introduce el pensamiento crítico es la ilusión de “una potencia infinita del ser”, que se traduciría en “una praxis infinita” o en la lucha como “infinito en acto”, porque el infinito en acto del movimiento insurreccional se enfrenta con otro infinito en acto, con otra praxis infinita, la del poder y sus dispositivos de coerción. Así se decide la fuerza entre potencias que tienen igual derecho a su despliegue ilimitado.

El capitalismo no es el encuentro de un proceso de explotación infinito y de flujos que, igualmente continuos, huyen de esta en un devenir sin fin, como parecen sugerir Deleuze y Guattari. La historia no está “infinitamente abierta” como cree Foucault, para quien las luchas no necesitan ser revolucionarias, porque operan una “desestabilización

aparentemente interminable” de los mecanismos de poder. El capital no es una máquina ágil que está siempre lista, gracias a las crisis, para desencadenar cambios continuos, para reconfigurar constantemente las relaciones de producción, capaz de integrar, capturar y digerir todo lo que se le opone. Lo mismo hay que decir de los movimientos y de las luchas: no producen una resistencia y un rechazo infinitos, siempre capaces de escapar de la dominación y de la explotación produciendo nuevas líneas de fuga (“algo siempre fuga”).¹¹ A este “sin-fín” de la dominación y su rechazo, a la ilusión de la “desestabilización” permanente, Walter Benjamin opone las rupturas singulares del “*continuum* histórico” operadas por el poder y por la praxis revolucionaria que determinan puntos de inflexión, bifurcaciones, aperturas y cierres de secuencias política, puntos de no retorno de la relación de fuerzas: “La historia no conoce el maldito infinito en la imagen de dos combatientes eternamente en lucha el uno contra el otro. La verdadera política se calcula en términos de plazos”.

La lucha de clases corta el desarrollo infinito de las relaciones de poder, lo bloquea, lo bifurca, lo lleva a revueltas, guerras, revoluciones o momentos de confrontación que reconfiguran las relaciones de poder, diseñando una coyuntura que modifica, cada vez, las posiciones de las fuerzas en juego.

No se dispone de un tiempo de confrontación a medida. No se puede decidir la hora y el momento de una lucha, de una insurrección o una revuelta. Pasan, suceden, se producen. Y cuando pasan,

sucedan, se producen, es necesario estar preparados, capacitados para actuar en diferentes temporalidades. El tiempo está fuera de sus goznes, de modo que el enfrentamiento está sujeto a aceleraciones, a concentraciones, a la emergencia, en el presente, de posibles revolucionarios no realizados en el pasado, a intensidades “extraordinarias” que determinan cambios repentinos de coyuntura: ya no es el *futuro* de la revolución socialista, sino el *presente* de la construcción del sujeto revolucionario, el presente de la lucha que despliega la negación afirmando el salto de las emancipaciones a la *revolución* que se abre al pluralismo de las *revoluciones*.

Cuando entramos en este tiempo, abandonamos la situación política ordinaria y las razones por las que teníamos necesidad de un saber específico, porque no basta el saber de la interseccionalidad (integrar las diferencias de clase, raza y sexo), como no basta el saber de la emancipación (formas de vida, relación consigo mismo). Un arte y una teoría de la revolución son necesarios porque la fuerza de la revuelta, el desarrollo de la insurrección es bloqueado por una fuerza que se le opone, que lo contrasta, que lo quiere debilitar, que quiere desplazarlo de las posiciones conquistadas. La dinámica expansiva de los movimientos se enfrenta a un obstáculo que puede dividirla, desviarla, pero también aniquilarla. El sujeto debe ser capaz de “impugnar la negación con la algarabía de una afirmación”. Porque el poder busca reducir a los diversos movimientos a su especificidad, a su “*identidad*”, a su “*libertad*”, neutralizando la pretensión

inaudita de atacar al conjunto de los dispositivos que lo constituyen.

En estos momentos de ruptura, en los que el tiempo y las relaciones de fuerza son puestos en vilo, ni siquiera el poder puede actuar “positivamente”, como quiere hacernos creer Foucault. Antes de afirmar la gubernamentalidad y la biopolítica, debe negar, reprimir, destruir (lo que siempre ha hecho y continuará haciendo).

En el hacerse de la lucha, en el despliegue del ataque al enemigo y en la constitución contemporánea del sujeto y su organización, emerge la “conciencia”, no como un saber, una comprensión abstracta de las relaciones de poder, sino como la necesidad política de desarrollar una *táctica* y una *estrategia* para romper el bloqueo de la fuerza enemiga, para remover el obstáculo al desplegarse la construcción del sujeto. La necesidad del momento *reflexivo* (una relación consigo mismo distinta de la relación consigo mismo de la emancipación) emerge en este preciso momento, y su resultado es un doble saber: un saber estratégico para derrotar al enemigo, un saber estratégico para la construcción del “sujeto” que no sacrifica la emancipación por la revolución. Saberes nuevos, impredecibles, no programables que nacen del enfrentamiento y en el enfrentamiento.

Muchas emancipaciones, ¿una revolución?

Insisto en una cosa: la revolución no es un deber, es una necesidad, no estoy describiendo un deseo, sino lo que requiere la situación real, la coyuntura actual,

es lo que la fase política impone a todos. Se nos necesita para luchar contra el sexismo, el racismo, para la huelga o la revuelta, como se necesitó a los insurgentes chilenos, egipcios, iraníes, o como se necesita la guerra en el capitalismo: "... si hemos llegado a la guerra, quiere decir que no pudimos hacer otra cosa" (Lenin). La acción solo puede moverse en este marco, que ha cambiado radicalmente con respecto a los tiempos de "paz". Dentro de esta necesidad emerge un punto de vista, una subjetividad, una estrategia adecuada a la situación. Por el momento, solo los Estados y los imperialismos, y las insurrecciones en el gran Sur, están respondiendo a la "necesidad", a la situación que ella determina. Los problemas han cambiado respecto de los tiempos de "paz", tanto para los movimientos como para las máquinas Estado-capital.

La lucha en esta nueva fase política implica una doble ruptura: la primera se refiere al rechazo de la sujeción (la condición y el "estatuto" de trabajador, de mujer, de colonizado). A partir de la "libertad" adquirida (emancipación), la propia dinámica del capitalismo, sus contradicciones, sus *impasses*, nos obligan a poner en discusión el sistema de poder en su conjunto, sin el cual, el primer proceso de ruptura queda mutilado, incompleto y corre el riesgo, en cualquier momento, de retroceder, de integrarse, de convertirse en una "diferencia" interna en el desarrollo del capitalismo, o en una fuerza impotente.

En este capítulo, hicimos uso y abuso de la palabra "libertad". Ahora bien, la *libertad de emancipación* (que debemos siempre vincular a su contrario,

a la coerción de la subordinación) *debe convertirse en una lucha por la liberación* en la que la elección, la decisión, la subjetivación no son una cuestión de “libre albedrío”, de libre voluntad. La elección, la decisión, la subjetivación están íntimamente ligadas a la necesidad de la lucha, a la necesidad de los tiempos del conflicto, a la necesidad de sus aceleraciones, de sus intensidades y a la necesidad de las formas de organización que estas temporalidades requieren.

La emancipación debe ejecutar un salto de calidad, una ruptura con sus certezas y sus “costumbres”. Solo bajo estas condiciones es posible pensar en ponerle fin a la convivencia de las dos caras de la emancipación: la libertad y la dominación. La emancipación no es suficiente en sí misma. Las emancipaciones son conflictuales, pero no incompatibles con el capitalismo.

Hay muchas emancipaciones, pero habrá una sola revolución. Este parece ser el problema. Para poder hacer de *las emancipaciones* otras tantas *revoluciones*, es necesario pasar por “la” revolución. Para hacer lo múltiple, es necesario pasar por el dualismo del poder. ¿Se puede prescindir de esta configuración hacia los extremos en la relación con el enemigo y con el conflicto que implica? Sin esta revolución, los diversos movimientos emancipatorios no podrán –como nos han enseñado los últimos cincuenta años– ni siquiera arañar la potencia de la contrarrevolución, que continuará, impertérrita, su camino de destrucción. Intentando pasar cada uno por sí mismo autónoma y linealmente, de la

emancipación a la revolución, quedarán siempre presos de la doble cara de la emancipación.

Las revueltas, insurrecciones, emancipaciones, para convertirse en revoluciones, deben enfrentarse con una serie de rompecabezas (la necesidad del dualismo del poder es tan indispensable como su superación) y de imposibilidades: la imposibilidad de totalizar y sintetizar las luchas y las emancipaciones, y la imposibilidad de permanecer en la dispersión y en la mera diferencia, imposibilidad de no sublevarse desafiando al poder e imposibilidad de tomar el poder, imposibilidad de organizar el tránsito de la multiplicidad al dualismo e imposibilidad de permanecer solo en la multiplicidad, imposibilidad de coordinación y centralización e imposibilidad de enfrentar al enemigo sin coordinación y centralización. Luchar contra estas imposibilidades es la condición para crear lo *posible* de la revolución. “La” revolución es lo imposible que se vuelve posible.

Las elecciones y las decisiones emergen como subjetivaciones, como *necesidades estratégicas* cuando uno se enfrenta a estas imposibilidades.

Pero la máquina de Estado-capital también se enfrenta a sus imposibilidades: la imposibilidad de lograr la mundialización y la imposibilidad de retornar al interior de las fronteras del Estado-nación, la imposibilidad de volverse cosmopolita y la imposibilidad de asumir una identidad nacional. El enfrentamiento revolucionario es el espacio-tiempo en el que estas imposibilidades y enigmas buscan solución.

La apuesta que se manifiesta ya no son las emancipaciones. En condiciones de guerra o de ruptura

revolucionaria, las luchas ya no se sitúan dentro de los límites del capitalismo, sino que empujan objetivamente más allá, piensen lo que piensen los insurgentes. En todo caso, así las interpretan los hombres en el poder, actuando en consecuencia (ver en este sentido las contrarrevoluciones en Egipto, Chile, Irán).

El desafío en la revolución se presenta en otro nivel: negar el poder enemigo y, al mismo tiempo, negar las clases de las mujeres, de los trabajadores, de los colonizados creadas por la máquina de Estado-capital a través de las guerras de sometimiento. Las clases deben ser suprimidas si se quiere salir del conflicto/integración que las emancipaciones, por cierto, implican.

La revolución parece ser aún hoy el problema. En cambio, la desaparición de la tradición revolucionaria ha llevado a otra oposición de nefastas consecuencias: la revuelta y la revolución ya no constituyen dos momentos, dos etapas, dos fases del *proceso revolucionario*, sino de la realidad por derecho propio.

En la tradición del movimiento revolucionario, las revueltas, las insurrecciones, los levantamientos nunca fueron considerados un fin en sí mismos como tendemos a hacer hoy. Se produce, así, una estetización de la revuelta y una exaltación romántica de las subjetividades insurgentes, que operan una separación entre la subjetividad de la revuelta (expresión de un tiempo insólito, inusual, un tiempo paragonable con el tiempo carnavalesco del derrocamiento de las jerarquías) y la subjetividad de la

revolución (expresión de una racionalidad consciente, de un proyecto obligado a evaluar las oportunidades y estrategias para aprovechar el “tiempo propicio”, el *Kairós*). La insurrección destella un tiempo fuera de sus goznes, mientras que la revolución se mantiene sabiamente dentro del “tiempo histórico”. La revuelta y la insurrección siempre fueron vistas como la apertura de una nueva fase de la revolución.

La separación de emancipación y revolución implica también la ruptura entre los saberes de la primera y los saberes de la segunda. El desarrollo teórico que acompañó el florecimiento de los nuevos movimientos fue de una riqueza comparable al surgimiento de las investigaciones y el análisis sobre y de la clase obrera entre finales del siglo XIX y principios del XX. Pero, mientras los revolucionarios se concentraron casi obsesivamente en la comprensión global del funcionamiento del sistema capitalista, estas teorías no se interesaron en el ciclo del capital, en la constitución de la máquina Estado-capital, en la evolución de las relaciones de fuerza sobre el mercado mundial. Ninguno ha elaborado una teoría de la crisis, ni se ha dotado de una concepción de la función de la guerra en el desarrollo y la reestructuración del capital y del Estado.

Los movimientos se han acostumbrado al conflicto sin revolución. El tiempo de la política parece ser vivido como infinito y lineal, cuando en cambio es discontinuo, permanentemente quebrado por la crisis que se ha transformado en guerra mundial cuatro veces en el transcurso de un solo siglo (1914-2022). Cuatro momentos de inflexión en los que las

relaciones de fuerza cambian radicalmente, en los que mueren sujetos políticos y nacen otros, en los que hay que estar preparados porque no se trata solo del “colapso” del capital, que se produce con una regularidad impresionante, sino también del “colapso” de las posibilidades de vida de la humanidad en este planeta.

Foucault dice que la “relación consigo mismo” es la principal forma de oposición al poder. Ya no hace falta, entonces, una teoría del capital y del Estado, ni de la revolución, ni de la guerra: basta un saber sobre las formas de vida, del cuidado, de las relaciones consigo mismo.

En cambio, estas transformaciones de la acumulación, de las crisis, del Estado, de sus relaciones, etc., cuentan –realmente cuentan–; actúan sobre las formas de vida, reconfigurando, ampliando o restringiendo el espacio político de las emancipaciones y de los procesos de subjetivación. La Primera Guerra Mundial modificó profundamente el capitalismo contemporáneo (imperialismo), pero también la revolución. Marx todavía creía que esta vendría de Europa y que el peligro de su represión vendría del mercado mundial. No estaba del todo equivocado, porque la Revolución Francesa de 1848 fue reprimida por el ejército colonial estacionado en Argelia; también la Guerra Civil Española fue vencida por el ejército colonial español, estacionado en Marruecos, comandado por Franco. Pero, desde la época de Lenin, hemos sido testigos de una inversión completa de la situación. Ahora, las revoluciones están estallando en los márgenes del capitalismo y en

todo el gran Sur, y las contrarrevoluciones llegan desde Europa. El siglo XX es el de la revolución mundial. Los bolcheviques son los primeros en captar el cambio: el pueblo oprimido entra en la lucha y juega el papel principal.

A partir de los años 1960 la revolución volvió a cambiar, las formas de las rupturas y los sujetos políticos mutan y acaban definitivamente con la centralidad de la clase obrera en el proceso revolucionario y afirman una nueva multiplicidad. Solo cincuenta años después de la ruptura soviética, las condiciones de la revolución han vuelto a cambiar, sin encontrar, no obstante, las fuerzas subjetivas capaces de actualizarla. La contrarrevolución, que hace estragos desde la década de 1970, parece haber interrumpido la continuidad de la revolución, qué desde la Revolución Francesa no conocía obstáculos. ¿Es el fin de la época de las revoluciones?

Dejemos, nuevamente, la palabra a Foucault, a quien anteriormente utilizamos como síntoma de las dificultades del pensamiento crítico frente a la situación de guerra contemporánea.

Podemos encontrar, además, la misma actitud contradictoria y ambigua que tuvo Foucault respecto de la guerra en su relación con la revolución. Aquí también se trata de puntos de vista muy difundidos en el pensamiento crítico: la revolución, como la guerra, es parte del pasado. Si bien Foucault acaba buscando en la Revolución Iraní un modelo alternativo no solo a la tradición revolucionaria, sino también a la “política” europea, no siempre pensó de este modo.

“Si la política existe desde el siglo XIX, es porque ha habido revolución. Esta no es una especie, una región de aquella. Es la política la que está siempre en función de la revolución”. Afirmación eliminada, cuando hubiera sido muy útil para entender cómo tanto el imperialismo como las técnicas auxiliares de la gubernamentalidad se relacionan siempre con la revolución que derrotaron en los años 1970 y cuyo retorno siempre temen.

En cambio, podemos estar plenamente de acuerdo con la siguiente frase: “El retorno de la revolución es nuestro problema”, el retorno de la política solo puede manifestarse con el retorno de la revolución.

Sin revolución no hay política, hay administración, hay gobernabilidad (del imperialismo), hay capitalismo y guerra. Nuestro problema: para recuperar la política, necesitamos reinventar la revolución; de lo contrario, el capitalismo y su gobernanza evolucionarán inexorablemente, como lo están haciendo, hacia nuevas formas de fascismo y de guerra en las que, sin revolución, seríamos aplastados.

Es con respecto a esta trágica situación que se trata de elaborar un concepto de guerra, sabiendo, no obstante, que la guerra, antes de ser un enfrentamiento armado, es una estrategia política que puede convertirse en un enfrentamiento violento entre fuerzas, pero no necesariamente.

Notas

1 Lenin, *La guerra y la revolución*, México, Roca, 1972.

2 Arrighi, Giovanni, *Adam Smith en Pekín. Orígenes y fundamentos del siglo XXI*, Madrid, Akal, 2007.

3 “Estos números por sí solos resumen la locura del momento. La crisis energética, las tensiones geopolíticas, la guerra de Ucrania en el contexto de la crisis climática están provocando colosales virajes financieros y una acumulación aún más gigantesca de capital en unas pocas manos, que se aprovechan de su posición de renta, sin que se les oponga ningún factor redistributivo. Una “suma de dinero disparatada”, para usar la expresión ya consagrada (el presidente Emmanuel Macron hablaba de “*un pognon de dingue*”, refiriéndose al financiamiento de las compañías de seguros), que se monopoliza en detrimento de todos en el corto y largo plazo”. (Véase artículo de Martine Orange en <https://www.mediapart.fr/>).

4 Hice referencia a la Primavera Árabe, a su fuerza y a su derrota, en ¿Te acuerdas de la revolución? Minorías y clase, *op. cit.*.

5 Quijano, Aníbal: “¡Qué tal raza!” en Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales, Vol. 6, 2000.

6 Comunicación personal con activistas e investigadoras que intervienen en la economía popular.

7 El proletariado no es un todo homogéneo (o idealizado como en el concepto de multitud). Los racializados, los *gilets jaunes*, los asalariados, los precarios no viven en el mismo espacio-tiempo, aunque juntos constituyan la “fuerza de trabajo” que el capitalismo explota. Lo mismo podemos decir de las mujeres. La diferencia no es solo con la burguesía blanca. Incluso dentro del proletariado, no todas las mujeres viven en el mismo tiempo. Aquí sería muy útil desempolvar el concepto de “no contemporaneidad” de Ernst Bloch (“No están todos presentes en el

mismo tiempo presente. No lo están sino en exterioridad, porque podemos verlos ahora. Pero no por esto viven en el mismo tiempo que los otros”: la generalización que niega las diferencias espacio-temporales, las costumbres, las subjetividades de capas sociales enteras estuvo, según Bloch, en el origen del fracaso del marxismo para comprender y combatir el nazismo. Y esto parece repetirse hoy. Muchas de estas “no-contemporaneidades” contradictorias son recuperadas y gestionadas por los nuevos fascismos y, probablemente, sean también una de las causas del fracaso del referéndum en Chile en septiembre de 2022. Las categorías de “subjetivamente no contemporáneo” y “objetivamente no contemporáneo” deben aplicarse no solo a las clases medias empobrecidas en “una época que ya no conoce la posición media”, sino también y sobre todo a los estratos proletarios donde el “racismo” y el “sexismo” todavía constituyen rasgos destacados de las subjetividades.

8 bell hooks, *Where We Stand: Class Matters*, Londres, Routledge, 2000.

9 Lo “común” es el último refugio de la dialéctica fuerzas productivas / relaciones de producción. Lo común representa aún la positividad de las fuerzas productivas, de su trabajo, de su cooperación, negada, reprimida, no reconocida por las relaciones de poder del capital y el Estado. Es lo positivo que ya está ahí y que se trata de liberar. En realidad, es la oposición de lo positivo (fuerzas productivas) y lo negativo (relaciones de producción) lo que ya no funciona, porque las fuerzas productivas son también y simultáneamente fuerzas destructivas. Afirmar que “toda la producción al proletariado y todo el mando al capital” no determina la “liberación de las fuerzas productivas de las relaciones de producción”, porque producción es igual a destrucción, aunque la primera estuviera enteramente en manos del proletariado.

10 El enemigo de clase se prepara para estos momentos, está

listo porque tiene la memoria histórica de las luchas de clases, una memoria de la que parecen carecer los movimientos. Sabe cómo actuar, qué estrategia adoptar. Parece que ha leído y aprendido de los textos de Rosa Luxemburgo o de Lenin: en una fase constituyente, es necesario actuar con rapidez, aconsejaba la primera, porque el poder sacudido por la insurrección no piensa en la constitución de un nuevo régimen político, sino solo en restablecer su poder que la acción de las “masas” ha atacado. Y, para esto, necesita tiempo. También aprendió algo de Lenin, quien dijo, después de la Revolución de Febrero, que los revolucionarios todavía no tenían nada en sus manos. Todo el poder militar, económico y político seguía en manos del enemigo. Y en Chile (con el tiempo necesario), utilizaron este aprendizaje para restablecer el orden.

11 La multiplicidad de resistencias en Foucault son “posibles, necesarias, improbables, espontáneas, salvajes, solitarias, concertadas, rastreras, violentas, irreconciliables, rápidas para la transacción, interesadas”. Para evitar esta lista romántica de resistencias, hay que volver a Nietzsche: a la fuerza hay que atribuirle una “voluntad interna”, un complemento, un elemento genético y diferencial. La fuerza es lo que puede, la voluntad es lo que quiere. Así pues, la resistencia/fuerza no es un simple *vis à vis* del poder, no es simplemente “el otro término” del poder, sino un punto de vista, una perspectiva, una voluntad de poder diferente, heterogénea, opuesta. De lo contrario, como sucede con Foucault, nunca se sale de la relación de subordinación al poder. La ética de la forma de vida, la estética de la vida como obra de arte no es todavía una alternativa política. Cuando va bien, estamos en la emancipación, nunca en la revolución.

Otros títulos de Tinta Limón

Serie ch'ixi

*Brasil autofágico. Aceleración y contención entre
Bolsonaro y Lula*

Daniel Feldman y Fabio Luis Barbosa dos Santos

*Una teoría marxista del valor-trabajo a la luz de la
industria petrolera*

George Caffentzis

*La casa como laboratorio. Finanzas, vivienda y
trabajo esencial.*

Luci Cavallero y Verónica Gago

Brujas. Caza de brujas y mujeres

Silvia Federici

*¿Quién le debe a quién? Ensayos transaccionales de
desobediencia financiera*

Silvia Federici, Verónica Gago y Luci Cavallero

*Una lectura feminista de la deuda. ¡Vivas, libres y
desendeudadas nos queremos!*

Luci Cavallero y Verónica Gago

La Internacional Feminista

VV. AA.

Los límites del capital. Deuda, moenda y lucha de clases

George Caffentzis

Estos 2000 ejemplares de *El imperialismo del dólar. Crisis de la hegemonía estadounidense y estrategia revolucionaria* se terminaron de imprimir en abril de 2023 en Imprenta Nuevo Offset, Viel 1444, Ciudad de Buenos Aires, Argentina